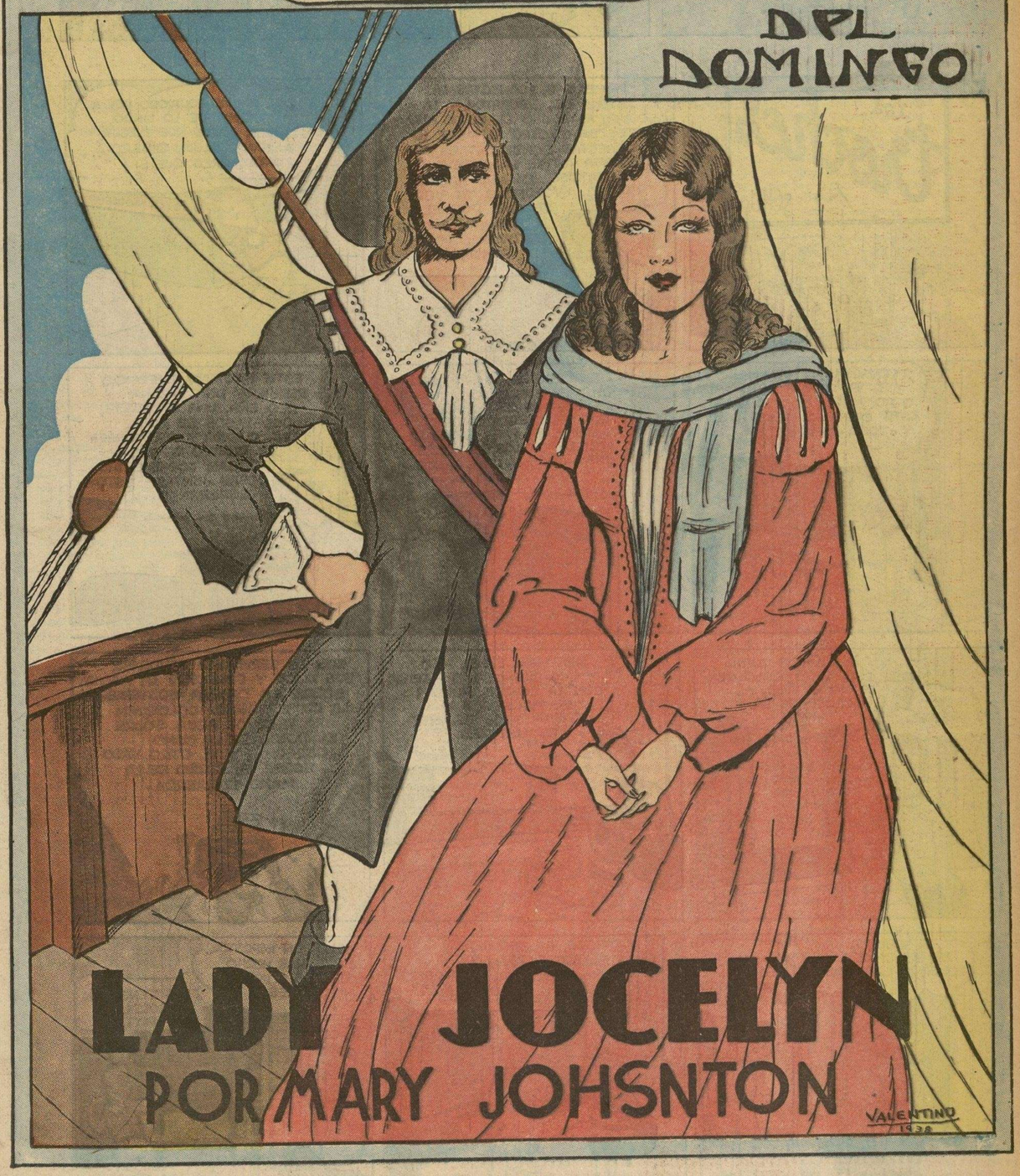
DIARIO DE LA MARINA
SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO
La Habana, 27 de marzo de 1938

DOMINIO PÚBLICO
MINISTERIO DE CULTURA
ARCHIVO NACIONAL DE PRENSA

SUPLEMENTO EN COLORES

LA NOVELA DEL DOMINGO



LADY JOCELYN

POR MARY JOHSNTON

VALENTINO 1938

JURADO NACIONAL DE MATERNIDAD

HOMICULTURA

Concurso Local de La Habana

POR CUANTO: la señora Clara Bast Kelton ha presentado en el Concurso Local de Maternidad de este Término esta fecha a su hijo Paul Kelton y Bast natural de Cuba de años de nacido, y cuyo niño, según dictamen del Jurado, desarrollo físico armónico y por condiciones de salud, belleza y buena crianza en que se encuentra, como hermoso modelo.

POR CUANTO: la antes mencionada señora diligentemente a su hijo y demostrado cuidado ordinario y exquisito en la observancia de las reglas higiénicas para alimentación y demás prácticas sanitarias relacionadas con los cuidados que deben observarse con los niños en

POR TANTO: el que suscribe, en vista de los correspondientes del Jurado Local, de lo dictaminado por ese organismo, expide a la señora Clara Bast de Kelton Habana, 1933 el presente

Estímulo

y le hace constar de manera solemne y pública la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, por sus meritorios y laudables esfuerzos para la apropiada alimentación de su y por el provechoso ejemplo que ofrece con esa su conducta, que se traduce en bienes incalculables para la infancia.

Habana, a 6 de Enero de 1933

SECRETARIO DEL JURADO.

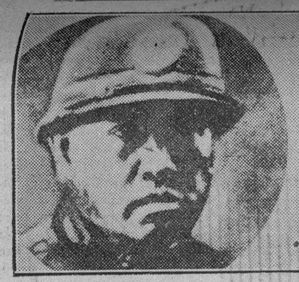
PRESIDENTE DEL JURADO.

Obsequio
LA TROPICAL
NUESTRA ETICA INDUSTRIAL ES COMPETIR CON CALIDAD
Premiado en el Concurso de Maternidad
Niño Paul Kelton fue el consumidor de MALTINA
Obsequio de LA TROPICAL
La MALTINA es un concentrado de VITAMINAS que además, contrarresta la anemia
M.E.C.D. 2016

LA VIDA ES ASÍ...

por FRED NEHER.

M.E.C.D. 2016



El coronel Fahol Folfayuha Sena, jefe del gobierno siamés, adicto al Japón

El puerto de Singapur, tras del cual ha completado la Gran Bretaña la poderosa base, inaugurada hace poco.

fluencia británica: el gobierno siamés ha prohibido a los aviones británicos de la Imperial Airways volar sobre su territorio y ha concedido a una empresa nipona el estudio de la construcción del canal de Kra. Así que todo permite suponer que Inglaterra ya ha perdido, antes de empeñarla, la contraofensiva diplomática para impedir la construcción del canal codiciado por los nipones.

¿VENDRA LA GUERRA?

¿Llegará Inglaterra hasta a provocar la guerra con Japón, con tal de impedir que se le derrumbe la llave de Singapur?

La contestación a esa pregunta es necesariamente compleja. No creo que por sí sola la controversia alrededor del itsmo de Kra sea suficiente para provocar una guerra anglojaponesa en Oriente; y una guerra nunca estalla por una cuestión única, sino por una acumulación de razonamientos entre dos o más naciones. Una controversia, en apariencia secundaria, determina finalmente la crisis, por cuanto hace rebosar el vaso ya lleno hasta el borde...

La novedad inquietante que en la situación del Oriente introduce la controversia anglonipona es esta: Inglaterra, decidida hasta hace cuatro meses a no intervenir en las rivalidades entre Estados Unidos y Japón y en la tirantez entre esta última nación y Rusia, ahora acepta o busca apuradamente acuerdos con las dos potencias en diferente grado enemigas de Japón; y resultan aumentadas las probabilidades de una guerra—que está latente—entre el imperialismo nipón y los Estados 'blancos' que se sienten amenazados.

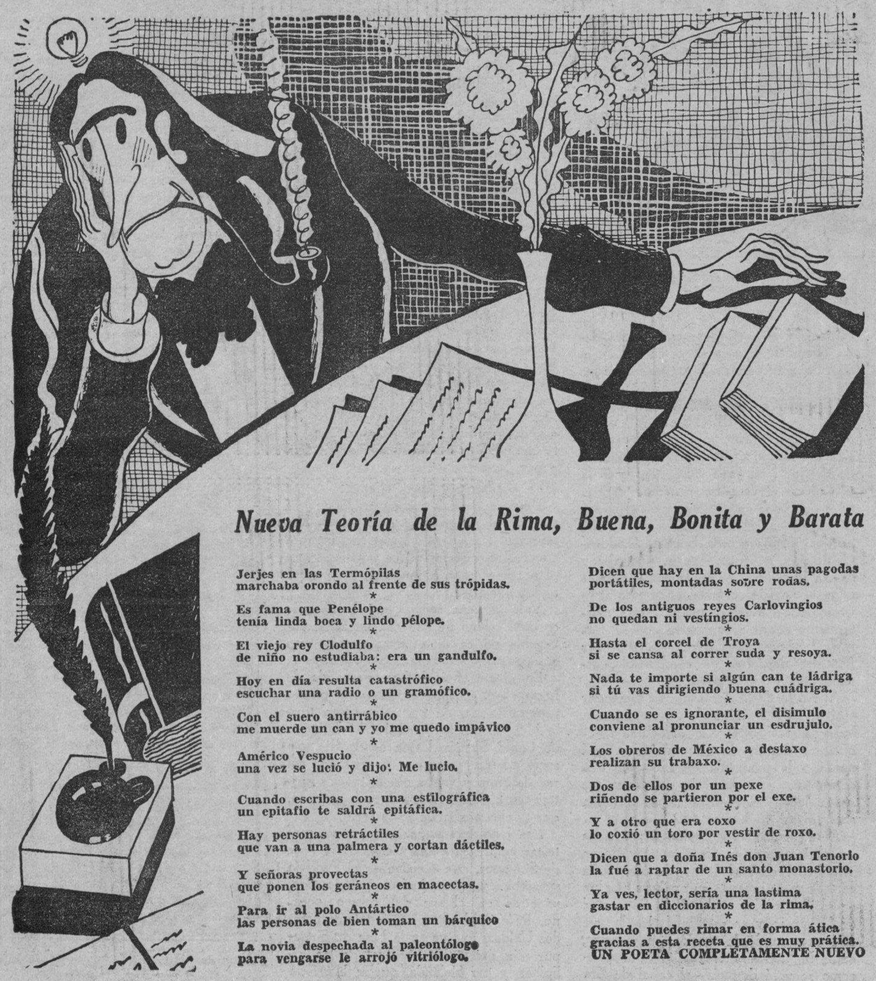
Por otro lado, el hecho de que Japón no ignora ni podría disimularse, la gravedad que representa para Inglaterra en Asia la inutilización de Singapur, y, sin embargo, se apura para hacer "caer", tomándola por las espaldas, la formidable base naval inglesa, significa que los japoneses—confiando, tal vez, en un éxito decisivo—no se detienen ante el peligro de una conflagración con los blancos a los cuales retan constantemente.

He aquí dilucidada una de las "zonas neurálgicas' menos conocida y, sin embargo, más peligrosa de la paz mundial en la hora presente.

Todo el mundo tiene en esta época fijas sus miradas en las grandes naciones europeas, recelando de cualquiera de ellas el estallido de la chispa que haya de producir la conflagración entre las cancillerías, traducida después en ríos de sangre en unos y otros pueblos.

Y pocos se preocupan de volver los ojos hacia Oriente, donde en silencio se está incubando el conflicto, que puede ser de mayor trascendencia todavía que ninguno de los que registra la historia, porque se convertiría fácilmente en guerra de razas, mucho más importante que la guerra entre pueblos.

El representante del Japón ante el gobierno del reino de Siam.

Una calle de Bangkok, capital de Siam, en cuyo provecho los japoneses harán el Canal de Kra.

Nueva Teoría de la Rima, Buena, Bonita y Barata

Jerjes en las Termópilas
marchaba orondo al frente de sus trópidas.

*

Es fama que Penélope
tenía linda boca y lindo pélope.

*

El viejo rey Clodulfo
de niño no estudiaba: era un gandulfo.

*

Hoy en día resulta catastrófico
escuchar una radio o un gramófico.

*

Con el suero antirrábico
me muerde un can y yo me quedo impávico

*

Américo Vespucio
una vez se lució y dijo: Me lucio.

*

Cuando escribas con una estilográfica
un epitafio te saldrá epitáfica.

*

Hay personas retráctiles
que van a una palmera y cortan dáctiles.

*

Y señoras provectas
que ponen los geráneos en macectas.

*

Para ir al polo Antártico
las personas de bien toman un bárquico

*

La novia despechada al paleontólogo
para vengarse le arrojó vitriólogo.

Dicen que hay en la China unas pagodas
portátiles, montadas sobre rodas.

*

De los antiguos reyes Carlovingios
no quedan ni vestingios.

*

Hasta el corcel de Troya
si se cansa al correr suda y resoya.

*

Nada te importe si algún can te ládriga
si tú vas dirigiendo buena cuádriga.

*

Cuando se es ignorante, el disimulo
conviene al pronunciar un esdrujulo.

*

Los obreros de México a destaxo
realizan su trabaxo.

*

Dos de ellos por un pexe
riñendo se partieron por el exe.

*

Y a otro que era coxo
lo coxió un toro por vestir de roxo.

*

Dicen que a doña Inés don Juan Tenorio
la fué a raptar de un santo monastorio.

*

Ya ves, lector, sería una lastima
gastar en diccionarios de la rima.

*

Cuando puedes rimar en forma ática
gracias a esta receta que es muy prática.

UN POETA COMPLETAMENTE NUEVO

LADY JOCELYN

por Mary Johnston

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En que se trata de guerra y amores

Concluído el trabajo del día, me hallaba fumando una pipa reparadora en la puerta de mi casa. El aire tenía una frescura exquisita, una frescura que sólo se disfruta en Virginia en cuanto desaparece el sol. Reinaba un silencio de reposo, y en el cielo se iban encendiendo una por una las estrellas, exparciendo una claridad dulce y familiar. Hacía ya tiempo que los pájaros habían dejado de cantar, y hasta las monstruosas ranas que pueblan las charcas del país habían renunciado al fin a turbar la paz nocturna. Dentro de pocas horas empezarían a aullar las panteras y los lobos a rugir. Por lo pronto, el único ruido perceptible era la queja del viento en las hojas y el murmullo arrullador de río que corría a mis pies.

Las ondas del río eran a la sazón de color de tinta, pero muy recientemente y durante muchas noches seguidas habían sido de rojo carmesí. Por la misma época había brillado en el cielo un cometa de cola desmesurada, iluminando todo el cielo con extraña claridad. Mientras duraba todavía este fenómeno, la luna se había alzado una noche en un océano de sangre, y en su disco habían distinguido, perfectamente, todos los habitantes del país una nube oscura que parecía exactamente una colosal cimatarra. Al día siguiente era domingo. En el sermón que pronunció aquel día el cura de Weyanoke, dió libre curso a su inquietud. Nos dijo que estuviésemos en guardia y en la ferviente imploración que dirigió al Cielo, suplicó al Señor que no permitiera que estallase una revolución entre los indios de los alrededores. Terminada la función religiosa, se reunieron los fieles alrededor de la iglesia. Entre los presentes había muchos, yo entre ellos, que recordábamos una época, no muy lejana, en que habíamos tenido que sostener una lucha encarnizada con los indios. ¿Iría a estallar nuevamente la guerra?

Opechancanough, jefe actual de los pieles rojas, tenía fama de adversario implacable de los blancos. Jamás había perdido la esperanza de echarnos de Virginia. Su vida no tenía más fin que éste. Nosotros, por nuestra parte, cerrando imprudentemente los ojos a los peligros de todas suertes que nos amenazaban, habíamos dejado que los indios se familiarizasen con nosotros, y en sus constantes relaciones con los blancos habían podido reunir todas las indicaciones útiles para una futura revuelta. Opechancanough nos abrumaba con mensajes halagadores y palabras de miel, pero mientras sus labios sonreían, sus ojos relampagueaban con malicia. Hubiera sido preciso estar ciego para no ver claro su doble juego. Yo no había tenido jamás confianza en él, y creía entonces menos que nunca en la sinceridad de su sumisión. Aquel domingo lo declaré en voz muy alta una vez más. Hasta expuse la opinión pesimista de que aquel verano del año de gracia de 1621 acabaría con fuego y con sangre.

Con mi larga pipa entre los dientes y mi mirada errante sobre el río, recapacitaba estos diversos asuntos de inquieutd, cuando apareció un jinete entre un grupo de árboles. Inmediatamente le conocí; era mi excelente amigo Juan Rolfe. En seguida abrí la puerta, ayudé a Juan a echar pie a tierra y metí el caballo en el cercado. Luego nos pusimos a charlar. Yo disimulé el motivo de mi preocupación y concluí diciendo:

—Antes de que se acabe el verano tendremos guerra con los pieles rojas de la región; lo aseguro.

Juan se echó a reir. Me tocó una rodilla con una mano fina y blanca, en la que brillaban preciosas sortijas, y exclamó:

—¡Sois el dios Marte encarnado que ha descendido a la tierra, creedme! Erais soldado, sois soldado y seguiréis siendo soldado ante todo y sobre todo. ¡Pobre capitán Percy! ¡Pobre héroe que no suena más que con la guerra! ¡Y yo que venía a hablaros de amor!... Vengo de Jamestown, capitán, y jamás he visto tanta gente reunida. Centenares de muchachas con trajes domingueros, cubiertos de cintas y de lazos recorrían las calles. He encontrado por allí a Tom, a Dick y a Harry. ¡Si vierais con qué aires de conquistadores y con qué caras más satisfechas! Acuden jóvenes de todas partes fascinados por la misma idea: ¡la esperanza de hallar una esposa!

¡Ah! ¡Ah! ¿Con que han llegado las muchachas?

—Sí— declaró Juan Rolfe—; acaban de llegar en un navío del Gobierno inglés. Hay ochenta, por lo menos, todas ellas criadas de servir o lecheras. Son encantadoras, mi querido amigo; las he visto y hablo con más conocimiento de causa que podéis figuraros.

—Encantadoras, tal vez— repliqué—, pero de todos modos su cuna no está a la altura de lo demás.

Estamos de acuerdo —declaró Rolfe—, pero ¿qué importa? ¿Para qué quiere un pueblo nuevo una nobleza antigua? Legaremos a nuestros hijos un suelo fértil; todavía no podemos darles antepasados. Cortemos los lazos demasiado estrechos que nos unen a Inglaterra, y para ello, fundemos una familia en Virginia. Sólo así llegaremos a olvidar lo que hemos dejado en Inglaterra. Porque nuestro gran error es acordarnos demasiado de ellas. Creedme, capitán; son los hijos y la esposa —poco importa que la esposa sea princesa o lechera— los que hacen un palacio de un desierto y los que nos sujetan con cadenas de oro al suelo que trabajamos para ellos. Si yo no poseyese el recuerdo de mi amada y difunta mujer, un refugio desde el cual desafío los trastornos de mi existencia actual, no podría vivir en Virginia.

Ralph, amigo mío, escuchad mis consejos. Tenéis ciento veinte libras de tabaco a vuestro alcance o su equivalente en dinero, sino, yo os prestaré lo necesario. ¡pero corred a buscar vuestra felicidad a Jamestown!

Rechacé, irónicamente, las tentadoras ofertas de Rolfe, pero cuando se hubo separado de mí me pareció más intensa que nunca la miseria de mi aislamiento. En presencia de Juan había fingido indiferencia y escepticismo, pero los razonamientos que acababa de escuchar, ¿cuántas veces no me los había hecho yo mismo? ¡Cuánto no había sufrido en la soledad de mi vasta casa de Weyanoke! ¡Qué poca compañía para un hombre de corazón mis criados, mis caballos y mis perros! Toda la noche la pasé recordando las quejas que me ofrecía mi género de vida, y no tardé en llegar a la conclusión de que debía salir sin tardanza para Jamestown. Después de todo aquel paseo no me comprometía a nada. ¡Había tantos competidores! ¿No era casi seguro que volvería soltero?

Aún brillaban las estrellas cuando desperté a mi fiel Diccon, jefe de mi servidumbre y le dí orden de preparar mi barca. Una fresca brisa favoreció mi viaje a Jamestown. Las orillas del río estaban excepcionalmente desiertas. En los campos no quedaban más que las mujeres y los ancianos. Los mozos habían corrido a la villa para asistir al desfile de las jóvenes llegadas de Inglaterra. Hasta los pueblos indios parecen abandonados. También habían emigrado en masa los pieles rojas para ir a Jamestown a ver las precipitadas bodas de los »rostros pálidos».

Al amarrar mi barca en el puerto de Jamestown, oí tocar las campanas y redoblar el tambor. Llegaba a punto. Iba a comenzar la ceremonia. Con rápido paso llegué a la Plaza Mayor. En mi camino me encontré a Pory, el presidente de nuestra Asamblea. Me saludó alegremente.

—Ralph Percy —me dijo—, vos y yo somos los dos únicos individuos inteligentes de la colonia. Ved esa muchedumbre de idiotas que se empujan por contraer matrimonio, semejantes a moscas precipitándose en una tela de araña.

—¡Nada de ironías!— exclamé riendo—, porque yo también voy a ese paso a engrosar las filas de esa masa de locos que provoca vuestro desprecio de hombre superior.

Pory creyó al pronto que me burlaba, pero no tardó en comprender por mi aire grave que hablaba en serio. Miróme de arriba abajo con aire desdeñoso.

—En ese caso, Ralph Percy, debias haberos cuidado un poco más de la indumentaria, como ha hecho todo el mundo. Los vaqueros han venido a Jamestown con trajes de fiesta, pero vos... Diríase que cifrais vuestra coqueteria en presentaros con un ropaje escandalosamente descuidado. Capitán Percy, vuestra ropa no atraerán los hermosos ojos de esas damas.

La observación, ¡ay!, era justa. En mi precipitación me había puesto el primer traje que había hallado a mano. Mi jubón de piel de búfalo estaba terriblemente rapado y una de mis altas botas conservaba todavía el barro de una charca en que me había metido la semana pasada. Pory tenía mil veces razón. Mi aspecto no prevenía en favor mío, pero fuera como fuera era demasiado tarde para remediarlo. Un redoble de tambor anunciaba ya la formación del cortejo, y afluían al lugar de la reunion las jóvenes inglesas que había pasado la noche alojadas en las casas de los habitantes de Jamestown. Unas se mostraban muy tímidas; con el rostro ruborizado y los ojos bajos guardaban silencio y observaban una inmovilidad hierática. Otras, por el contrario, se divertían extraordinariamente con la emoción que causaba su presencia; reían a carcajadas y dirigían miradas provocativas a los individuos que se alineaban a su paso, contemplándolas con aire pillo y tierno a a vez.

No tardaron en reunirse todas las recién llegadas. Las conté. Eran ciento, cien mujeres de menos de treinta años; altas y bajas, morenas y rubias; lindas unas, otras agraciadas, y otras presentables nada más. Las más ariscas sólo deseaban que las amansasen, y aún no habían transcurrido diez minutos cuando todo el mundo fraternizaba. Los más au-

M.E.C.D. 2016

daces cogían del brazo a su dama, mientras que los tímidos se contentaban con sujetar la mano de la elegida de su corazón y los románticos, arrodillados en el polvoriento suelo, dirigían a su Dulcinea palabras galantes con el estilo ampuloso que predominaba entonces en Inglaterra. Este espectáculo me divirtió tanto, que olvidé el objeto de mi viaje y permanecí en observación sin pensar en dirigirme a ninguna de aquellas dulces criaturas que Inglaterra nos enviaba y que Virginia iba a adoptar.

De pronto subió un hombre a la plataforma que se elevaba en el centro de la plaza. Era de una estatura colosal. Su enorme cabeza, coronada por una abundante cabellera gris, concluía de dar a su silueta cierto aspecto extraño. Aquel coloso era el nuevo pastor protestante de Jamestown: el reverendo Jeremías Sparrow. Entonó un salmo a voz en grito y mugió más que rezó una corta oracion. Realmente era un formidable campeón de la religión. Sonó un redoble de tambor y ante aquella señal convenida, las jóvenes volvieron a organizarse en forma de procesión y todo el mundo con las autoridades de Jamestown a la cabeza, se dirigieron a la iglesia donde se iba a celebrar una función en acción de gracias, preludio de las bodas que se contraerían en el curso del día.

Con mirada curiosa presencié el desfile de las jóvenes beldades y después hice lo que todo el mundo siguiendo instintivamente a la multitud que se dirigía al templo. Al apresurar el paso, temiendo llegar tarde, sonó en mis oídos una voz baja.

—¿El capitán Ralph Percy, según creo?

—El mismo— respondí volviéndome—. Y vos, ¿no sois Jeremías Sparrow, nuevo pastor protestante de este pueblo?

—Sí, señor; un pobre ministro del Evangelio... ¿Queréis venir conmigo al templo? Entraréis por la puertecita reservada; contraeréis todavía sitio, pues la nave debe da a los predicadores y de este modo en esta llena de fieles.

Dí las gracias al reverendo Jeremías Sparrow y echamos a andar juntos.

En el templo entrábamos cuando los fieles entonaban el primer cántico.

CAPITULO II

En el que me caso y lo siento

Hacía ya largo tiempo que había terminado la ceremonia de la iglesia cuando «la vi» por primera vez.

Hallábase apartada, lejos de sus alegres compañeras que recorrían, con menudo paso, la pradera aguardando las declaraciones de los jóvenes casaderos. Criadas de servir o lecheras, aquellas hijas de la Gran Bretaña tenían todas el mismo aspecto plebeyo, el mismo aire vulgar. ¿Cómo podía haber caído entre aquel rebaño de aldeanas la princesa que tenía ante mis ojos? Sus facciones eran de una pureza maravillosa, de una nobleza admirable. Respiraban energía, ingenio, orgullo y al mismo tiempo pudor y timidez. De repente, comprendió que le observaba y su expresión cambió por completo. De pálida que era su cara se tornó carmesí y bajó los ojos, pero solo fué para alzarlos en seguida y asestarme una mirada, en la que se descubría tanta indignación como desdén. Ante aquello y casi contra mi voluntad volví la espalda a la bella. Acudían a mi memoria las burlas de Pory. ¿No me había predicho que no alcanzaría ningún éxito y que mi rapada indumentaria haría que me tomasen poco menos que por un mozo de labranza?

Irritado y desconcertado, me dirigí al otro extremo del parque. Desde allí observaba de una mirada toda la escena. Veíase a los mozos en animado coloquio con las forasteras, mostrándolas con la mano sus respectivas casas y contando, por los dedos, sus riquezas. Las jóvenes aprobaban o hacían muecas, pero generalmente concluían por entenderse y dándose la mano, acudían las parejitas a la mesa de un escribano y se dirigían luego al altar rústico donde se casaban religiosamente.

De repente me sacaron de mis observaciones unos gritos que sonaron tras de mí.

—Dejadme— decía una voz de mujer.

—Dadme un beso y seamos buenos amigos— respondió un hombre.

Al diálogo siguió un ruido que no era precisamente de besos. Me volví y no me sorprendió ver un hombre tapándose la cara y una joven frotándose la mano.

—¡Maldita hechicera!—exclamaba el mozo—. ¡Me la habéis de pagar!

Y antes que me fuera posible intervenir, el atrevido abrazaba a la joven, a quien había tenido yo el triste privilegio de ruborizar. Porque la joven a quien molestaba el pretendiente con asiduidades importunas, no era sino mi princesa de pocos momentos antes.

De un puñetazo derribé al atrevido y le eché a rodar por el césped. Después le miré con aire de triunfo. Conocía muy bien a mi víctima. Se llamaba Eduardo Sharpless y había sido notario en Inglaterra. En Jamestown gozaba de pocas simpatías. La ocasión era buena para demostrarle el desprecio que me inspiraba y no la desperdicié. Con mucha delicadeza le cogí por la cintura y le zambullí un par de veces en el río que se deslizaba a pocos pasos de distancia.

—¡Tomad; así os refrescaréis la sangre!—le dije.

Sharpless se agitaba como un diablo, pero quieras que no, tomó un doble baño. Después, sin volver la cabeza, sin dirigirme la más leve provocación, que hubiera castigado en el acto, se alejó mientras que la princesa se reía alegremente.

Animado por aquella risa sonora, me atreví a mirar a la beldad que acababa de arrancar de las garras de un villano. Estaba apoyada en el tronco de un cedro, con la cabeza echada hacia atrás, insolentemente y las mejillas encendidas todavía por la emoción y la cólera. En mi vida había visto una mujer, mi suerte dependía de las frases que iban a cambiarse entre nosotros, y resolví dármelas de audaz.

—Señorita — dije ¿queréis casaros conmigo?

Me miró con aire extraño.

—¿Vivís aquí?— preguntó señalando a Jamestown con gesto desdeñoso.

—No— respondí—, vivo en Weyanoke.

La joven volvió a mirarme, reflexionó un momento y después dijo con tono de mando:

—¡Vamos!

Estaba tan turbado que no podía ni pensar. Hallábame bajo el hechizo que emanaba de mi compañera. Para volver a oír el timbre melodioso de su voz la pregunté su nombre.

Titubeó un momento y después me respondió con sencillez.

—Paciencia Worth.

Entramos en casa del tesorero y pagué la cantidad fijada. Al verme alinear las monedas de oro, mi princesa se mordió los labios y volvió a ponerse muy encarnada. Me pareció que aquel sistema de bodas la indignaba y que sentía vergüenza de verse comprada de aquel modo. Después buscamos un pastor que bendijese nuestra unión. El reverendo Jeremías Sparrow, que figuraba entre los oficiantes, reclamó el placer de unirnos. Abrió el libro del oficio del matrimonio.

—¿Cómo os llamáis?— me preguntó.

—Ralph Percy.

—¿Y vos?

—Jocelyn Leigh —declaró rotundamente mi esposa.

¡Jocelyn Leigh! ¿Por qué, pues, se había inscrito en casa del tesorero con el nombre de Paciencia Worth? ¿Qué significaba aquel misterio? No lo mi sorpresa, y el pastor que la notó tambien, repitió su pregunta.

—¿Cómo os llamáis, señorita?

—Jocelyn Leigh —repitió con tono que indicaba cierta irritación.

—La Compañía —continuó el pastor— ordena expresamente que los matrimonios que se celebren hoy sean contraídos a satisfacción de ambas partes. Jocelyn Leigh, ¿casáis de buen grado y de buena voluntad con el capitán Percy?

—Aparentemente— respondió con tono de suprema insolencia.

El pastor extendió las manos sobre nosotros, pronunció una fórmula de bendición, y después nos notificó que la ceremonia había terminado. Me despedí del reverendo Jeremías Sparrow, al cual no se digno de honrar con una sonrisa siquiera mi flamante esposa, y nos dirigimos al puerto donde debíamos embarcarnos para ir a Weyanoke. Trate de entablar conversación, pero Jocelyn Leigh o Paciencia Worth, no se tomó el trabajo de contestarme. Así, pues, seguí andando en silencio no sin concebir cierta inquietud por las consecuencias de la aventura en que me había metido tan estúpidamente.

En el banco más cómodo de mi barca, puse mis pieles y ofrecí el asiento a Jocelyn. Después desplegué las velas y la ligera brisa de la tarde nos empujo rápidamente hacia el domicilio conyugal.

Creí satisfacer a mi mujer llevando el barco por la orilla del río, a fin de que despertase su atención la vista de aquel país nuevo, pero mostró una perfecta indiferencia y no le merecían ningún interés los juguetecos de la luz sobre las ondas. Con la mano derecha en el timón, la señalé con la izquierda los lugares más pintorescos y la cité el nombre de las principales fincas.

—¿Os gustan las flores, señora? Las tengo soberbias en mi jardín, es decir, en el vuestro.

Acompañé esta frase con la más galante de mis sonrisas, pero no obtuve ninguna respuesta. Ligeramente molesto, decidí no hacer más el gasto. A media milla de allí, nos cruzamos con una barca cargada de frutas para la venta en Jamestown, y compré una cesta de las más suculentas y siempre con la sonrisa en los labios, la deposité a los pies de mi mujer.

—No tengo apetito— dijo—. Podéis tirarla.

Me mordí los labios y volví a sentarme en el timón. Decididamente, aquella rosa no carecía de espinas, y ya sentía sus pinchazos. ¿Cómo concluiría aquella aventura? ¿Conseguiría que mi princesa se tornase razonable? ¿Qué idea diabólica me había impulsado a unir su destino al mío? Las aves marinas de grandes alas blancas escoltaban nuestra barca; rozando unas veces la superficie del río y perdiéndose otras en el cielo con fuertes graznidos salvajes.

Cuando llegábamos era noche cerrada. A mi llegada acudió Diccon y su personal provistos de antorchas. Formaron dos filas a los lados y se inclinaban a nuestro paso. Diccon mantenía una rigurosa disciplina entre la servidumbre. Sin embargo, no dejé de notar la sorpresa que les causaba la presencia de una mujer a mi lado. Por eso cuando hubimos entrado en el comedor donde estaba servida una cena fría, di orden a Diccon de reunir a todos los criados y cerrar la puerta. Entonces tendí la mano derecha a mi mujer y declaré con voz fuerte:

—E ta señora es mi noble y legítima esposa, vuestra ama, a quien obedeceréis en adelante como a mí mismo... Con motivo de mi boda he dispuesto que mañana se suspenda el trabajo desde el mediodía, y que se os distribuya doble ración de ron.

Mi discurso fué acogido con vivas y hurras. Después hice una seña y el personal se retiró en buen orden, dejándome solo con mi joven esposa.

Desdeñosa siempre, y más bella que nunca, se sentó en mi butaca, en un extremo de la mesa. Yo cogí un silla e hice además de sentarme a su lado; pero corrió hacia atrás el sillón. Yo no insistí y me instalé en el otro extremo de la mesa. Al parecer le agradó esta muestra de respecto, y como tenía apetito acepto varios fiambres, una fruta y un vaso de agua. Pero su emoción podía mas que su apetito, y no podía tragar nada. Bruscamente, retiró el plato, y comprendiendo que era necesario una explicación se decidió al fin a hablar.

—¡Escuchad mi historia caballero y tened piedad de mí! No soy una criada ni una lechera, ni soy la mujer que vos creéis. Paciencia Worth es el hombre de mi camarista. En Londres me llamo realmente Jocelyn Leigh. He huído de Inglaterra bajo la amenaza de una boda a la cual se me quería obligar y a la cual prefiero y preferiré siempre la muerte. Por librarme de ella me embarqué con el nombre de mi doncella, con destino a Virginia. Estaba loca cuando tomé esta resolución. Después creí que el barco no llegaría jamás y que yo, por lo menos, no resistiría hasta el fin del viaje. ¡Todo el camino he venido pidiendo a Dios que me matase antes de desembarcar! Ya veis, caballero, que tengo fe en vos, puesto que os confío este terrible secreto. Sois el único que lo sabe en este país. Sois el único informado de la huída de Jocelyn Leigh.

Esta explicación no hacía sino agravar el misterio. Había perdido completamente de vista el mundo londinense, y el nombre de Jocelyn Leigh no me decía nada, ni me recordaba nada. Todo lo que distinguía con más claridad cada vez, era el callejón sin salida en que me había metido.

Rabiaba por dentro, con rabia reprimida, pero visible. Jocelyn lo notó y sintió miedo. Antes de que pudiera impedírselo se levantó y se postró a mis pies.

—¡Perdonadme, caballero, perdonadme! —gimió—. ¡Tened piedad de mí!

Trastornado ante aquella soberbia criatura así posternada, conmovido por la actitud suplicante de aquella mujer tan altanera hasta entonces, la levanté precipitadamente.

—Señora—protesté; yo soy un caballero y no tenéis nada que temer bajo mi techo.

Me dió las gracias llorando. ¡Un sentimiento humano podía, pues, animar a aquella estatua de mármol!

Desenvainé la espada y con la punta de la hoja fuí apagando una por una las luces. Después cogí un candelabro de encima de la chimenea y me ofrecí a acompañar a mi esposa hasta la puerta de su habitación. Al atravesar el vestíbulo se fijó en un puñal pequeño colgado en una panoplia de caza. Creyéndome distraído trató de apoderarse de él, pero no lo consiguió y continuó andando. Yo entonces volví sobre mis pasos, cogí el puñal y se lo entregué a mi esposa. Se puso encarnada y al parecer se disgustó algo, mas no por eso dejó de aceptar el presente. En la puerta de su cuarto la

La GUERRA por un ISTMO...

por FRANCISCO CICOTTI

El Istmo de Kra (en el círculo) donde los japoneses pretenden construir un canal, con el fin de neutralizar la base naval inglesa (recientemente inaugurada) de Singapur.

EL imperio británico está viviendo uno de los períodos más dramáticos de su historia. En la India, a despecho de la calma aparente, no se ha disipado la inquietud, y Egipto constituye su preocupación. Palestina se levanta mientras que Italia se sitúa frente a Aden, en el Mar Rojo, pone las manos sobre las fuentes del Nilo Azul (en Etiopía) y se acerca con sus columnas victoriosas a las fronteras del Sudán inglés en un estado de alma desprovisto de toda benevolencia.

Todas esas contrariedades son, más o menos, conocidas por el gran público y, al menos en apariencia, todavía no impiden a John Buli seguir fumando tranquilamente su pipa. Lo que el gran público no conoce, y, desde hace meses mantiene en zozobra al gobierno británico, es una nueva y grave amenaza que está concretándose en Asia, por obra de los pequeños e infatigables japoneses. No se trata solamente de la anexión de las provincias chinas—el Monchukuo, Hopei Oriental etc.—, por medio de las cuales se están acercando a las fronteras de la India. Se trata ahora de otra cosa, que podría anular de golpe la potencia naval británica en los mares de Asia y obstruirle las rutas marítimas de comunicación con Australia y Nueva Zelandia, anulando la eficacia de Singapur, que es ahora la llave estratégica del Imperio británico en Oriente.

Tenga el lector la paciencia de fijarse—con la ayuda del pequeño mapa que acompaña este estudio—en algunos datos geográficos, para darse cuenta de la enorme gravedad de la situación a que me refiero.

EL PAPEL DE SINGAPUR EN ORIENTE

El canal de Singapur, entre la península del mismo nombre y las grandes islas de Sumatra, Java y Borneo, es en la actualidad el corredor marítimo obligatorio que pone en comunicación el Océano Indico con el Pacífico. Para ir desde Europa, Africa y toda la parte Occidental de Asia a China, Japón, Australia y Nueva Zelandia, o desde estas últimas regiones hacia Occidente, es preciso atravesar el Canal de Singapur, que militarmente controla Inglaterra con su formidable base naval-aérea de dársenas flotantes depósitos de combustible, armamentos y municiones.

Al Norte de la península de Singapur está situado el reino de Siam, entre la India, a Occidente, y la Indochina francesa, al Oriente. El reino de Siam está unido a la península de Singapur mediante una estrecha faja de tierra que en la localidad de Kra tiene sólo una anchura de 40 kilómetros.

Ahora bien: el gobierno japonés ha realizado con el de Siam un acuerdo en virtud del cual el Itsmo de Kra sería cortado y atravesada su anchura por un canal navegable, como el de Suez y el de Panamá; y es esta iniciativa la que está preparando la tensión, muy grave, entre Inglaterra y el Japón, porque—como se verá después—el canal de Kra haría pasar el control de las comunicaciones entre el Océano Indico y el Pacífico, de las manos de los ingleses a las de los japoneses; y produciría el desmoronamiento del baluarte británico de Singapur.

Es suficiente en efecto, consultar el mapa para darse cuenta de la gravedad de la amenaza que se cierne sobre el imperio británico en Asia.

Ante todo, una vez construído el canal de Kra, una flota japonesa podría ir a amenazar las costas de la India, apoyándose en la base naval de Siam (Paknam) a menos de 10 horas de Siam vegación del Golfo de Calcuta. Además de Kra los cañones japoneses podrían tener bajo sus tiros la entrada del Canal de Singapur y la zona septentrional de esa península; y en último término, las comunicaciones británicas desde Europa, hacia la India, Australia y Nueva Zelandia serían controladas y podrían ser fácilmente cortadas por la flota japonesa que cruzara entre Singapur y la isla de Borneo.

Desde el punto de vista comercial las consecuencias no serían menos nefastas para Inglaterra. En la actualidad todo el tráfico con el extremo Oriente debe obligatoriamente pasar por el canal de Singapur y ser tributario del puerto homónimo para el abastecimiento de los buques. Si fuera construido el canal de Kra la navegación desde el Occidente hacia Indochina, China y Japón, resultaría abreviada en casi 300 millas marinas y desplazaría hacia el Norte las grandes actividades económicas que en la actualidad se distribuyen entre Singapur, Sumatra y Batavia.

¿Japón y Siam, aliados?

Después de haber demostrado en qué consiste el peligro que el canal de Kra representaría para Inglaterra, interesa conocer en qué forma los japoneses han planeado y están a punto de realizar su audaz iniciativa.

Vale la pena señalar que la idea de cortar el itsmo de Kra con un canal navegable no es de origen japonés, sino europeo.

En efecto, fué el gran Fernando de Lesseps—el mismo constructor y primer proyectista del de Panamá—quien tuvo la idea de construir, en 1882, el llamado Canal Siamés. Debía construirlo una sociedad francesa; pero la oposición del rey de Siam y varias circunstancias posteriores hicieron encarpetar el proyecto, que Japón acaba de exhumar.

Los japoneses nunca dejaron de protestar contra la construcción de la base de Singapur, que encierra en el Pacífico su ambicioso expansionismo y les impide, penetrar en el sur del mismo oceano. Pero, Inglaterra, apoyada por Estados Unidos, que ve en la base de Singapur una protección eventual de las Filipinas, y por Holanda, que se beneficia más directamente de la protección de la base naval inglesa, no cedieron a las frecuentes protestas niponas, a las que respondieron intensificando la potencia militar, terrestre y marítima de su ya poderosa base.

Entonces, Japón ha pensado en un desquite y, con su proverbial astucia diplomática y su actividad perseverante está a punto de realizarlo... si antes Inglaterra no logra impedírselo. Para impedirlo, tiene que organizar una contraofensiva diplomática, que ahora aparece de problemática eficiencia debido a la tirantez de relaciones; o provocar una guerra con Japón única salida que parece tener ahora todos los conflictos internacionales.

El objeto de la ofensiva diplomática, el terreno de esa maniobra incruenta, es el reino de Siam; y allí Japón se encuentra en una situación ventajosa con respecto a Inglaterra. Los japoneses empezaron por persuadir a los siameses de que su viejo puerto de Bangkok es insuficiente para el desarrollo del intercambio entre Siam y el resto de Asia y le ofrecieron construir un puerto comercial... en Kra, utilizando el amplio y cómodo estuario de Paknam. Luego, cuando se produjeron en Siam—en 1933—los motines contra la casa reinante, la flota japonesa, con el pretexto de ir a Bangkok a proteger a los súbditos de su propio país, ayudó mucho al gobierno siamés. Y, finalmente, Japón ha abierto sus puertos al arroz siamés, que constituye la riqueza principal de Siam.

En 1935, una misión siamesa visitó el Japón, que le tributó una acogida muy cordial; y, en marzo del año pasado, una misión japonesa retribuyó la visita a Siam, que le prodigó toda clase de atenciones. Y, finalmente, el dinero y las intrigas niponas han hecho llegar al gobierno de siam al coronel Talol Tolfayuka Sena, que es poco menos que un... apoderado del Japón.

Ya se ven las primeras consecuencias de esa lenta y perseverante penetración japonesa en Siam, en perjuicio de la in-

Damas de Siam, ataviadas con todo lujo, a la moda del país.

M.E.C.D. 2016

Tres estaciones de la religiosidad de Beethoven reconocemos por un análisis minucioso: el "Kyrie" y el "Gloria" marcan la esfera objetiva. Beethoven describe el poder de la divinidad adorándola con la humildad de un hombre aislado en el orbe inmenso. La segunda parte, el "Credo" y el "Sanctus", pintan los —vontaíé-o cmíwyp cmíwyp mfwypjp sentimientos religiosos del autor con subjetividad espontánea. La tercera parte describe en el "Benedictus" el milagro del derrame del Espíritu Santo y la redición definitiva en el combate, medio que caracteriza el luchador incansable. Beethoven transformó una interpretación muy libre del texto de la Iglesia en un cosmos de sonidos. Inconscientemente coloca en su obra el mundo de la Iglesia al lado de su propio éxtasis indómito. Cristo y Dionisio se encuentran en la "Misa solemnis". Los dos mundos del alga germana, la voz suave del "Cantique eclesiastique", como Beethoven lo llamó en sus bocetos citados, un mito griego y la adivinación inconmensurable son los contrapolos de la obra.

Religiosidad solemne es el ambiente de introducción: acordes tranquilos en re mayor; la cuerda, el órgano y sonidos esferales de instrumentos de madera pintan un espacio sobrehumanamente celestial. El "Kyrie" (Señor) se inicia en tónica y dominante. Los solistas repiten el llamamiento hasta que la contralto empieza la súplica del "Eleison" (Miserere). Nos encontramos en misteriosa soledad frente al Santísimo, cerca de la Divinidad, que aun no se revela. Las preces se intensifican, el coro se asocia, armonías amorfas de los solistas cantan el "Criste". El coro invisible repite el "Kyrie" que se atropella, colmando un pedal sobre el "la" de los bajos. Las súplicas se desvanecen con un "pianíssimo" devoto, como preces del hombre nato en la tierra del individuo, que se somete incondicionalmente.

Después del "Cantique eclesiastique" gregoriano sigue el júbilo dionisíaco del "Gloria in excelsis". Trompas y trompetas suenan como fanfarras, los coros entonan el mismo tema ascendente y terminan con un "sforzato" abrupto. De nuevo se diseña un contraste fuerte: el coro de los bajos balbucea su "et in terra pax", creando el ambiente de un crepúsculo místico. Las trompetas vuelven al tema heroico de la gloria: "Laudamus te, glorificamus te". La tonalidad gira en do mayor. Expresión constante de las victorias beethoveneanas. Un nuevo cataclismo se intercala en la declamación subjetiva del maestro. Las maderas cantan una pastoral tierna: el "gratias agimus tibi" en si bemol mayor. El tenor y los otros solistas pintan junto con el timbre de clarinetes y fagotes, del "pizzicato" de la cuerda y con trompas y violas un cuadro de Giovanni da Fiésole. De nuevo se acrecenta el éxtasis. Por primera vez suenan los trombones en la obra. Un grito conmovedor del coro ("omnipotens") es la anticipación afectiva más audaz en la historia de la música moderna. Nuevamente oímos la tonalidad de júbilo: do mayor.

Hay un contraste enorme de ahí al "larghetto" el fa mayor del "Qui tollis" Los trémulos de la cuerda subrayan el miedo de la humanidad delante del tribunal supremo. La catedral parece trasformarse en una visión celestial. Los seis si bemoles de las sopranos corales "Qui sedes ad dexteram patris", acordes templados de las cuerdas, la figura exhausta, peregrina y arrastrante del "Miserere" en la voz de la soprano solista, el ritmo marcial de la orquesta, el murmullo sombrío del coro son los medios sonoros del genial compositor para una sugestión convincente de su fuerza visionaria. De nuevo se acumulan armonizaciones audaces hasta un acorde de la cuarta sexta en fa sostenido menor. El "Miserere" se pierde en la oscuridad con notas plañideras del oboe. La voz varonil del tenor canta el "Quoniam" con un ritmo marcial. La fuga: "In gloria Dei patris" sobre un tema muy bien marcado de cuatro compases va creciendo hasta un apogeo majestuoso. Los solistas refuerzan el tema por encima de un canto firme

En la segunda parte, el hombre se presenta como creyente activo. El "Credo" nos dibuja un patriarca de los primeros siglos cristianos. Los trombones dan su colorido majestuoso al tema lapidar. Una enseñanza sacerdotal, un dogma inquebrantable se propaga. El mártir de la creencia, mil veces torturado, acaba de balbucear.

Fuertes cambios hacia el susurro del "et invisibilium" o del "ante omnia saecula" interrumpen la melodía compacta en si bemol mayor. La armonía se aparta en escala deslumbrante hacia re sostenido mayor. "Qui propter nos homines descendit de coelis'. En pasos verdaderamente gigantescos las sopranos del ccro expresan la esencia del descenso.

Sigue un cuadro bizantino. En melodías gregorianas, el tenor solista canta su "et incarnatus est". El oro macizo de uno de esos frisos bizantinos de Ravena forma marco al timbre opaco de la viola, que acompaña sola la voz del cantante. Los trémulos de la madera sugieren una exaltación muy moderna al lado de un estilo tan arcaico. El "adagio" del "Crucifixus" circunscribe con amargura el cuadro del Salvador torturado. La "Misa solemnis" anticipa el lamento lúgubre del Amfortas de "Parsifal".

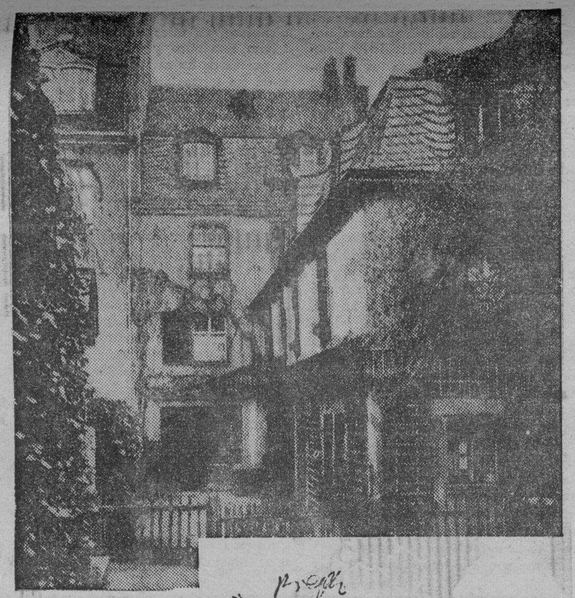
Beethoven cultiva los cambios arrebatadores en el dinamismo de su declamación musical. Un milagro nos sorprende. El cielo se abre, las escalas tonales ascienden. El "Resurrexit" difunde una luz incandescente por la tierra oscura. Una visión del juicio final nos ofusca. Los trombones claman" en acordes de inesperada tensión. Focos invisibles de Rembrandt proyectan su luz en una visión grandiosa del cuadro apocalíptico de Miguel Angel en la Capilla Sixtina. De nuevo estalla el "Credo", acompañado ahora por una instrumentación ardiente de éxtasis. La doble fuga: "et vita venturi saeculi" nos lleva con movimientos fantásticos a las alturas del universo. Flautas de sonidos trascendentes, pasajes de los violines hacia lejanías inverosímiles

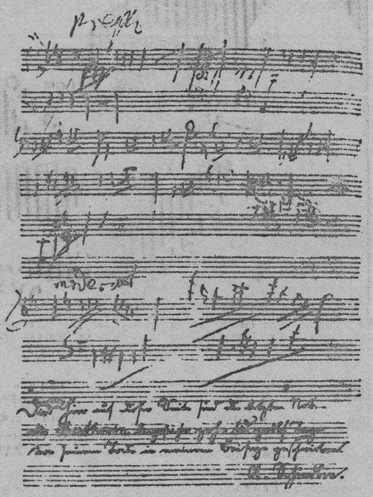
La tercera parte de la obra marca en forma muy clara la diferencia entre la música barroca y el espíritu moderno de Beethoven. Para Bach, el "Sanctus" era en su Misa en si menor un himno. Beethoven siente con la palabra "Sanctus" un estremecimiento íntimo. Las vibraciones de la cuerda cierran el pasaje. Un fugato enérgico: "Pleni sunt coeli" y el "Hosanna" con disonancias singulares de los trombones nos conducen a la introducción orquestal del "Benedictus", alternando siempre en contrastes inesperados: manera propia del estilo "subjetivo". El lirismo sobrepasa todo sentido dramático. De fondos abismales ascienden acordes de las violas y del órgano con solemnidad misteriosa. La adoración ferviente se eleva de la tierra hasta el cielo, y con una gracia angelical baja el solo de violón desde un sol cuádruple, tiernamente sostenido por dos flautas. Entonces es cuando aparece el Espíritu Santo y se acerca con lenta majestad al pío peregrino que le espera arrodillado en el suelo. La melodía más bella que Beethoven creó, reservada para el violín solista, irradia, como el Santo Graal en el "Parsifal" de Wágner, su santísimo esplendor

En el "Agnus Dei", se extingue la lub divina. De nuevo la soledad horrorosa rodea al hombre que tiembla. El "Miserere" nos revela todo el dolor y toda la nostalgia que nos conduce a una rendición definitiva. Beethoven se desvía mucho desde su "Dona nobis pacem", de la tradición musical. Anota en la partitura las palabras "súplica para la paz interna y externa", e interrumpe el salmo solemne de la paz con golpes de una batalla cuyo fragor se traduce en estridentes exaltaciones de trompetas y timbales, como imagen fiel de un combate de los tiempos de Napoleón. El "Agnus Dei" revolotea sobre la escena como un ave sin rumbo. La melodía de la paz logra salvar momentáneamente los obstáculos. Una fuga monumental sobre un tema de Haendel prepara el estallido verdadero de un combate que se desencadena en un "presto fugato", que presenciamos con emoción. Cuando el 'Agnus Dei" burbujea una vez más a través de las voces del coro, el miedo terrible del hombre solitario se acrecienta. Pero el tema de la paz se intensifica con acordes majestuosos en las trompas, que llevan esa idea musical hasta su culminación.

Beethoven predica el evangelio de su rendición por sí mismo, que se asemeja en su esencia a la del cosmos de Goethe en la segunda parte de su "Fausto". El héroe del drama germano se libra del contrato con Mefistófeles por el trabajo, que crea nuevos campos; tarea generosa en favor de otros. Así gana el perdón de Dios. Beethoven se convierte en su propio redentor por el combate heroico.

El heroísmo triunfa sobre la cobardía hasta en la religión. Beethoven, que trabaja simultáneamente en dos partituras inmortales—la de su Misa y la de su Novena sinfonía—, puede escribir ahora el final grandioso del coro con la melodía del júbilo inmenso valiéndose de las palabras de Schiller, abrazando a toda la humanidad. La voluntad férrea del hombre es la única fuerza que nos abre los Campos Elíseos y nos libra de los males en nuestra vida de miserias. La misma voluntad férrea que da en la "Misa solemnis" como ley suprema del hombre fástico.



Arriba: casa donde nació Beethoven, en la ciudad de Bonn (Renania).

He aquí el final de la última composición del genial músico alemán, que constituye un documento poco conocido, particularmente en Cuba

besé la mano y le dí las buenas noches. Ella entró precipitadamente y la oí echar el pestillo.

CAPITULO III

En que me busco un enemigo mortal.

Hacía dos semanas que estaba casado y no sabía más que el primer día. ¿Quién era realmente mi mujer y cuál su verdadero nombre? Suponiendo que dijese la verdad, ¿por qué había huído de Inglaterra bajo el disfraz de criada?

Todos estos eran enigmas que no podía poner en claro. Su mismo carácter seguía siendo incomprensible. Podía ser sonriente y alegre como la mañana, sombría como la noche, melancólica como el crepúsculo. En ella se mezclaban y luchaban una infinidad de almas diferentes. Seguía rechazando mis atenciones como esposo y vivíamos como dos personas extrañas.

Considerando que la sentaría bien una distracción la propuse que me acompañara a Jamestown, a la Asamblea anual, a la que me llamaban mis funciones de delegado del cantón de Weyanoke. Consintió en ello, pero sin entusiasmo. Fingí no notar el poco interés que tenía en venir conmigo, y una mañana tomamos el camino de la población. Yo iba delante montado en mi caballo; Jocelyn me seguía en una yegua baya que había puesto a su disposición. Diccon cerraba la marcha. Durante todo el camino Jocelyn dió muestra de una alegría de excelente agüero. Habló conmigo de muchas cosas, cantó y rió. Cuando veía en el camino alguna flor hermosa o algún fruto apetitoso, mandaba a Diccon que los cogiese. Ya en las puertas de Jamestown vimos a lo lejos la amplia silueta del reverendo Jeremías Sparrow. Al vernos corrió a nuestro encuentro con la más viva alegría y nos ofreció alojamiento en el vasto caserón que el Gobierno le concedía para su residencia. Mi esposa aceptó con entusiasmo la invitación, sin consultar conmigo.

Aún no nos habíamos posesionado de las habitaciones que el bueno del pastor nos destinaba, cuando nos atrajo a las ventanas un rumor insólito. Por las calles de Jamestown pasaba una multitud de gente inquieta y vocinglera, en dirección del puerto. Interrogamos a los transeúntes, pero todos ignoraban la causa de aquel tumulto. Sólo sabían que acababa de entrar en el puerto un navío de guerra enarbolando el pabellón inglés. Debía traer un personaje de nota y ser portador de un mensaje importante, porque no se explicaba de otro modo su llegada en aquellos momentos. Decidí ir a saber noticias en compañía de Jeremías, y mi mujer hizo presente su resolución de acompañarnos.

En el puerto se agolpaba una multitud ante la casa del gobernador, y todo el mundo gritaba, gesticulaba y discutía con motivo del navío inglés que con todas las velas desplegadas avanzaba rápidamente, agrandándose por momentos y que se hallaba ya a un tiro de fusil. Era un buque de guerra de quinientas toneladas por lo menos, armado de cañones de grueso calibre, y que debía de llevar en sus costados una numerosa escolta. Indudablemente teníamos ante la vista un barco de la armada del rey Jacobo; pero, ¿qué viento favorable o funesto le traía a nuestros parajes, y qué sorpresa nos reservaría?

Nuestro gobernador, Sir Jorge Yeardley, nuestro secretario Pory (el solterón inveterado, a quien había dado tanta pena mi defección de la soltería), se hacían iguales preguntas que yo, y sentían las mismas inquietudes. Mi mujer, que mientras nosotros trabajábamos enérgicamente con los codos para hacernos paso, se había deslizado hasta la primera fila, abrigándose tras de la ósea armazón del reverendo Jeremías Sparrow, se mostraba también muy interesada. Nuestra espera no debía durar mucho tiempo: el «Santa Teresa acababa de echar el ancla.

Cinco minutos después, desembarcaba en el muelle un desconocido. Miró en torno suyo, y con paso mesurado se dirigió a nosotros. Como marchaba lentamente, pudimos admirar a nuestro sabor sus ropas suntuosas, su jubón de terciopelo y su capa de seda escarlata, que realzaban de un modo singular la esbeltez de su cuerpo y la belleza de sus facciones.

Pory, que se hallaba entre el gobernador y yo, se estremeció de repente, y a media voz dijo a Sir Jorge Yeardely.

—A fe mía ese caballero no me es desconocido. ¡Juraría, como me llamo Pory, que es el lord Carnal, el favorito del rey Jacobo!

En Virginia estábamos bastante más informados de las intrigas que dividían la corte de Inglaterra. Nuestras preocupaciones tenían generalmente más noble objeto. En Jamestown no había quien conociese siquiera el nombre de lord Carnal, nuevo favorito del rey y afortunado sucesor de Buckingham después de haber sido su adversario implacable. Yo me puse a contemplar con curiosidad mezclada de desprecio a aquel poderoso personaje.

De repente sentí caer una mano en mi hombro. Volví la cabeza y me encontré a mi lado a mi mujer, pálida como una muerta, pero con los ojos encendidos y la boca contraída por la cólera.

—Acordaos—murmuró a mi oído—que soy vuestra esposa. Ya me habéis arrancado de los brazos de un notario insolente.

brero de plumas.

—¿Tengo el honor de dirigirme al honorable gobernador de Virginia?—preguntó.

—Habláis con Jorge Yeardley, a las órdenes de milord Carnal.

El favorito le dirigió una sonrisa llena de fatuidad.

—Por lo que veo—repuso—no tengo necesidad de hacer mi presentación. Tanto mejor: así podremos ocuparnos en seguida de asuntos serios. Tomad, de parte del rey—añadió tendiendo un pergamino al gobernador—. Leed esta carta. Su majestad os encarga que me ayudéis en una investigación que tengo que hacer en Virginia.

—La voluntad del monarca es ley para nosotros—repuso el gobernador tomando respetuosamente el pliego que le tendía lord Carnal—. Todo lo que podamos hacer en vuestro favor, lo haremos, milord. Todo lo que pidáis está concedido, siempre que no exijáis dinero en metálico, porque en Virginia no somos ricos.

Lord Carnal volvió a sonreírse con aquella sonrisa arrogante que comenzaba a axasperarme. Sin saber por qué aborrecía ya con toda mi alma a aquel hombre tan guapo y tan pretencioso.

—Señor gobernador—dijo—, vengo a Virginia a buscar un objeto más precioso que todo el oro de la tierra. Ese objeto no le cedería por todas las perlas de la India, por todos los diamantes de América y por todas las riquezas de El Dorado. Ese tesoro, que estoy resuelto

M.E.C.D. 2016

a conquistar, lo conquistaré, aunque tenga que entrar a sangre y fuego en Virginia.

Al pronunciar estas palabras se mostraba singularmente animado. Su tez sonrosada se había tornado púrpura y su mirada había tomado una expresión cruel.

—El cielo es testigo—declaró Sir Jorge Yeardley sorprendido, pero siempre cortés—de que no entiendo ese lenguaje. Todo el mundo está dispuesto aquí a diferir a los deseos de lord Carnal, obrando en nombre del rey. Y para atestiguarnos desde luego mi buena voluntad, os ruego, millord, que me dispenséis el honor de alojaros en mi modesta casa todo el tiempo que permanecáis en Jamestown. ¿Pero qué os sucede millord?

El rostro del recién llegado se había puesto más rojo todavía. Se leían en él a la vez la alegría, la sorpresa y el odio. Lord Carnal tenía los ojos obstinadamente clavados en la misma dirección, en la mía. Todo el mundo se inclinaba tratando de ver qué contemplaba con tanta atención. Por mi parte, habíame dado en seguida cuenta de la causa de la sorpresa. El reverendo Jeremías Sparrow se había apartado un poco, dejando ver lo que hasta entonces había ocultado con su gigantesco cuerpo a las miradas del favorito, es decir, a Mrs. Jocelyn Percy.

Con gran precipitación acercóse a ella con el sombrero en la mano.

—¡He aquí terminada mi investigación cuando aún no la creía comenzada!—exclamó triunfante—. He hallado mi tesoro antes de buscarlo. ¿No tenéis, milady, una palabra de bienvenida para vuestro prometido?

Mi esposa se inclinó profundamente, pero se irguió en seguida altanera e indignada y le asestó una mirada despreciativa.

—¡Bah!—exclamó con tono irónico—. ¿Cómo queréis que os dé la bienvenida en los términos que esperáis, milord? Si vais en busca de un tesoro salid cuanto antes de Virginia. Creed en mi experiencia. Es este un país pobre que sólo reserva decepciones a los nobles de vuestra clase... ~~Creo~~, milord, que no conocéis a mi esposo. Permitidme que os lo presente: ¡el capitán Ralph Percy...! Indudablemente habéis conocido en la corte a un primo de mi esposo, a lord Northumberland.

De rojo que era hacía un momento el rostro de lord Carnal se tornó de repente pálido, de una palidez de cera. Pero esta palidez no duró. Sus ojos se hundieron en los míos y nuestras miradas se entrechocaron como espadas. Con un mismo gesto arrojamos nuestro guante.

—¡Lo recojo!—grité bien fuerte.

—¡Y yo también!

—¿Sin duda será hasta la muerte, caballero?

—¡Hasta la muerte!

Había recobrado toda su sangre fría y sus labios dibujaban una sonrisa pérfida. Con voz perfectamente firme, prosiguió, dirigiéndose al gobernador:

—Hace algunas semanas desapareció de repente sin que se supiese qué había sido de él, un diamante de gran precio, un diamante que siempre había brillado en la corte de Inglaterra, arrebatando todas las miradas. Ese diamante era, en cierto modo, de la propiedad del rey. Pero su majestad, con su inagotable bondad, había prometido dar esa joya a uno de sus gentilhombres, y el gentilhombre agraciado que no permite que se burlen de él impunemente, juró encontrar el diamante perdido. Una casualidad le indicó el lugar donde se había extraviado la joya y partió en su busca para reclamarla como una propiedad suya, con la que podía adornarse triunfalmente. ¿Dónde creeréis, señor gobernador, que se había perdido esa alhaja? Yo lo sé ya.

Sir Jorge Yeardley movió la cabeza con duda.

—Yo soy—repuso—, un hombre sencillo. Si deseáis que os entienda, milord, habéis de hablar con más sencillez.

Lord Carnal se echó a reir y sus ojos se fijaron nuevamente con más insolencia en mi mujer.

—¿Queréis decirme, señor gobernador, quién es esa dama?

—Vino a bordo del «Buenaventura» con todo un convoy de jóvenes inglesas, actualmente casadas en la colonia.

Lord Carnal se rió con más ganas.

—¡No me habían engañado mis emisarios!—exclamó—. De suerte que Lady Jocelyn Leigh está casada con el capitán Ralph Percy.., un gentilhombre, sin duda, digno de tan gran honor—después interpelando a sir Jorge Yeardley continuó—: Señor gobernador, vos debéis estar enterado de todo en Jamestown. Decidme, pues, ¿tiene noble ascendencia, tiene un pasado ese cap..

No le dejé acabar. Se me había agotado la paciencia.

—En Virginia milord—repuse—vivimos en el presente. Y por tanto, en el presente, milord, no me gusta el color de vuestra capa.

Me miró furioso.

—Poco importa puesto que no está sobre vuestros hombros.

—Tampoco me gustan—continué—las cuchilladas de vuestro jubón. Yo os cortaré otras.

Y con mi espada acaricié el rico terciopelo de Génova.

—¿Habéis perdido la razón, capitán Percy?—me dijo el gobernador.

—Jamás he estado más cuerdo, sir Jorge—repliqué—; pero no me gustan las modas francesas, sobre todo cuando las usa un inglés. En este caso me parece que tiene algo de ilegítimo.

Este epigrama hirió en lo vivo. Todo el mundo sabía que existían sospechas acerca del nacimiento de lord Carnal. Por las filas de los circunstantes corrió un murmullo y hasta se oyeron algunas risas ahogadas. Lord Carnal no pudo soportarlo más. Ciego de rabia, desenvainó la espada y sin previo aviso, vilmente, se precipitó sobre mí. Si no hubiese estado cegado por la cólera mi enemigo, creo que pude haberme contado entre los muertos. Pero paré el golpe friamente e inmediatamente después con un golpe inesperado, eché a rodar la espada de mi adversario, la cual cayó a los pies del gobernador.

El lord y yo quedamos frente a frente como dos gallos de pelea.

—¿Quiéres volver a empezar el combate?—pregunté.

—No ignoraréis—respondí—que según las reglas del duelo tengo derecho a negar ese favor después de vuestra vil agresión.

Se estremeció de ira, pero se reprimió, y afectando una especie de hombría de bien, completamente soldadesca, explicó:

—Es vuestro sol de Virginia lo que me ha hecho perder la cabeza. Os creí en guardia y reconozco la incorrección de mi conducta. ¿Qué más queréis?

—¡Oh, milord!—repuse saludando con la espada—. Volveremos a encontrarnos. Estoy a la disposición de su señoría. Me hospedo en casa del reverendo Jeremías Sparrow, donde su señoría podrá encontrarme o enviarme recado cuando guste. Mas por ahora voy a llevar a mi señora a casa, porque está un poco cansada.

Envainé la espada y ofrecí la mano a Jocelyn. A nuestro paso se separaba respetuosamente la gente y escuchamos murmullos halagüeños. Era indudable que la opinión pública aprobaba mi conducta. Silenciosamente, y sin volver la cabeza, llegamos a la casa del pastor.

CAPITULO IV

En el que dos personas beben en la misma copa.

El reverendo Jeremías Sparrow nos esperaba en el vestíbulo con un gran ramo de rosas en la mano. Ofrecióselo a mi mujer, quien, contra su costumbre, le dió las gracias efusivamente. Después nuestro amigo nos llevó a las habitaciones que nos tenía preparadas. Componíase de tres espaciosos aposentos algo desamueblados, en verdad, pero limpios y alegres. En la mesa estaba servida la comida, compuesta de un fiambre de venado y una botella de vino. Jeremías Sparrow nos mostró la mesa con ademán de invitación y desapareció.

—¿No tenéis nada que preguntarme?—me dijo Jocelyn al quedarnos solos.

—No, señora, nada.

—Soy pupila del rey.

Hice una reverencia sin pronunciar una palabra.

—Si queréis—continuó después de una pausa—os contaré cómo he llegado a causaros tantos disgustos.

—Os escucho señora.

Mi mujer estaba sentada a contra luz, con sus obscuros ojos finos en los míos y la cabeza echada hacia atrás, en la actitud que le era habitual. Jugueteaba maquinalmente con las rosas que le había regalado Mr. Sparrow. Pero su agitación era visible. Después de recobrar la calma comenzó:

—Mi madre murió al darme a luz, y mi padre sucumbió a consecuencia de una herida que recibió en la guerra cuando yo no contaba más que dos años. Fuí recogida por la Corte y el rey me adoptó como pupila. Mientras vivió la reina, la seguí a todas partes. Me quería. Yo era feliz. El rey también me quería y disfrutaba grandemente oyéndome cantar. Pasaba el tiempo y Su Majestad seguía dispensándome su aprecio cuando un día lord Carnal logró penetrar en el círculo de amigos del rey. El monarca simpatizó con él y Bukingham perdió el real afecto. Algunos meses después la voluntad de Carnal era la voluntad soberana. El rey sacrificaba todo al nuevo favorito hasta sus afectos de antaño. Habiendo expresado lord Carnal su deseo de casarse conmigo, mi real tutor declaró que sería su esposa. Ni mis súplicas, ni mis lágrimas lograron conmoverle. Fijóse la fecha de la boda y ya comenzaban los preparativos..

Jocelyn había hablado hasta entonces con calma relativa, pero al llegar a este punto de su discurso, renunció a seguir conteniéndose. Trémula de indignación y de odio, continuó:

—¡El rey es el rey! ¿Qué es la voluntad de un súbdito para oponerse a los designios del amo? El príncipe había decido que fuera yo lady Carnal. Nada del mundo podía impedir que mi destino se consumase. Por otra parte, en la corte, cada cual se colocaba en el bando de mis poderosos enemigos. Sola contra todos, ¿qué podría intentar? Sin embargo, con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi voluntad detestaba y detesto todavía al hombre que acaba de traer a Jamestown el «Santa Teresa». Resolví huir. Ya sabéis cómo realicé mi propósito. Salí de Inglaterra con la ropa y el nombre de una criada y me dejé poner a precio en este pueblo. Vos os aproximasteis a mí con respeto. Por eso acepté vuestro nombre, el nombre de un desconocido para mí. Por eso os he confiado mi honor y por eso sigo teniendo fe en vos... ¡Oh! Despreciadme, si queréis. No me despreciaréis más que me desprecio yo misma.

Cerró los ojos y se dejó caer en una butaca, mientras que se escapaba de sus manos el ramo de rosas. Estaba desmayada. Tuve que dejarla al cuidado de Angela, su suegra, porque quería hablarme un mensajero de lord Carnal. El portador del cartel de desafío no era sino Pory. El secretario del Gobierno se excusó de servir de testigo a mi adversario, pero no se había atrevido a negarle el servicio. Corté en seco sus explicaciones y con la punta de la espada cogí el cartel de lord Carnal. Estaba concebido en estos términos: «Caballero: ¿Qué hora y qué lugar escogéis para morir mañana? ¿Qué arma usaré para

Continua en la Pagina 11

La "MISA SOLEMNIS" de LUDGWIG VAN BEETHOVEN

Por Johannes Franzen

SIETE años después de concluir su séptima y octava sinfonías, hacia 1818-1819, Beethoven proyecta una novena en re menor, y simultáneamente una décima. En sus bocetos circunscribe la idea de colocar a Cristo al lado de Baco o de Dionisio, de reunir la música gregoriana con el Olimpo griego. Nótase la igualdad con Goethe, el verdadero "olímpico" del arte germano, que desde el año 1825 hace habitar a su Elena, reina griega, en un castillo gótico del príncipe germano Fausto y transpone el cavilador renacentista a los Campos Elíseos de la filosofía ideada por Swedenborg. La décima sinfonía de Beethoven quedó en proyecto. Entre la octava y novena sinfonías se intercala la "Misa solemnis", la conquista definitiva del sentido poético trascendental en la música. Le habían cansado los problemas de la vida diaria, que llenaron sus ocho sinfonías concluídas. En adelante Beethoven penetra en la región de lo invisible, se hunde en el misticismo cristiano y se recluye, inspirado por el texto de la misa latina, en la esfera de visiones eternas, terminando una segunda etapa en su desarrollo artístico. La primera fué marcada por la "Heroica": el combate varonil, el heroísmo terrenal, la rendición de los males que le torturaban, obtenida por audacia, virilidad, éxtasis heroico o dionisíaco, en otras sinfonías por panteísmo romántico y la admiración por la pureza de los arroyos, de los bosques y de las tormentas. Beethoven vivía en un mundo concreto. Con la "Misa solemnis" deshoja su idea creadora de toda índole mundana. La ocasión para una trasfiguración tan espiritual se ofreció por la fiesta de la entronización de un alumno de Beethoven, el archiduque Rodolfo de Habsburgo, que fué elegido obispo-príncipe de Olmuetz en el año 1820. Empero la obra no maduró hasta 1823, tres años después de la fecha solemne. Fué cantada una sola vez durante la vida del autor, en el año 1824 en San Petersburgo, por iniciativa del príncipe Galitzin, que había pedido los últimos cuartetos del maestro. En presencia del compositor resonaron tres fragmentos de la misa, simultáneamente con el estreno de la novena sinfonía el siete de mayo de 1824 en Viena. La "Misa solemnis" permaneció desconocida hasta que uno de esos organistas valientes de las provincias alemanas, J. V. Richter en Warmsdorf (Lausitz), la estrenó en suelo alemán en el año 1930. En una fiesta renana de música alemana del año 1844 la obra fué descubierta por Enrique Dorn para el mundo musical. Lentamente se conquistó su actual posición.

Nunca vivió Beethoven tan fuera del mundo real como durante su trabajo en la gran "Misa". Schindler, el "alumno" y "amigo" del maestro nos relata: "En una de sus piezas oímos, tras la puerta cerrada, cantar, aullar y patalear al maestro sobre la fuga del "Credo". Después de haber escuchado por largo tiempo esa escena casi horrorosa y al retirarse, la puerta fué abierta y Beethoven se presentó con cara de personalidad desdoblada, capaz de infundirnos miedo. Parecía haber vencido, un momento antes, en un combate a vida o muerte. Sus primeras palabras eran confusas".

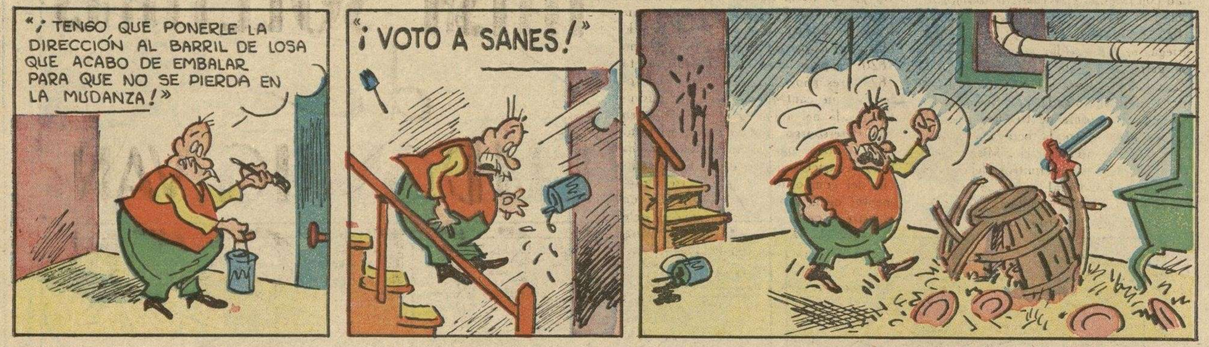
Las palabras: "Manando del corazón infíltra de nuevo en el corazón", forman el lema de la partitura. El motivo social de su entrega a la religión fué su sordera, casi completa desde 1815. Beethoven pudo conversar con el mundo exterior sólo por ayuda de un cuaderno de conversación. El enojo que le causó su sobrino Carlos, de quien era tutor, la lucha contra la liviandad de la suegra, las eternas querellas con las amas de casa, enfermedades frecuentes, trámites aburridos ante los tribunales por su sobrino, las mudanzas de siempre, le obligaron al retiro absoluto a su esfera de eremita involuntario. El destino quiso ese aislamiento completo de Beethoven para que el más acentuado de los Faustos musicales cumpliera sin obstáculo alguno con su misión. Beethoven trabaja simultáneamente para su "Misa" y su "Novena". La casa en la calle principal de Moedlingen fué la "arena" de sus combates con los diablos del mundo real, que le interrumpían su inspiración. Por su aversión invencible contra el mundo se aturdió con su trabajo, defendiéndose contra las espinas de la vida. El dueño de la casa le anula el contrato de alquiler, porque Beethoven patalea el compás de su música con los pies día y noche. De una "música ocasional" se reveló una "confusión musical". El pobre sordo se construye una catedral gigantesca sobre sí mismo, inmensa como la misma naturaleza, llena de misterios, para vivir sólo con su éxtasis delirante. En el encantamiento de su irritabilidad religiosa, el divino maestro balbucea oraciones y se arrodilla ante el Santísimo.

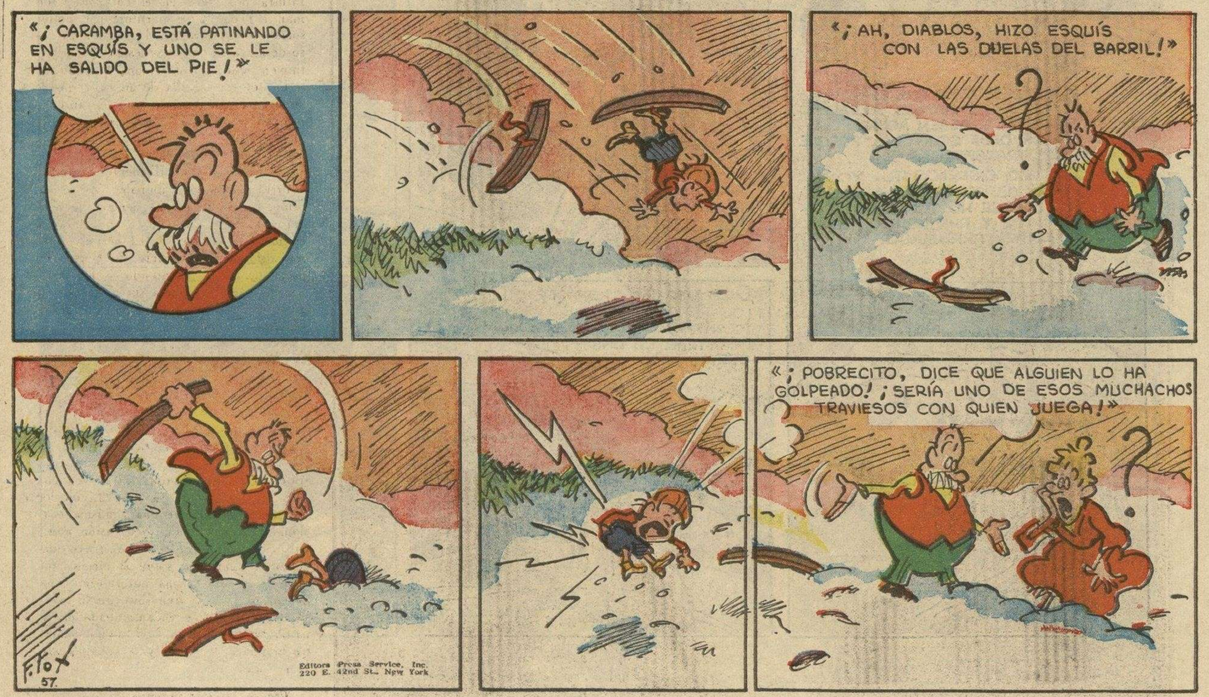
Uno de los más famosos retratos de Ludwig Van Beethoven

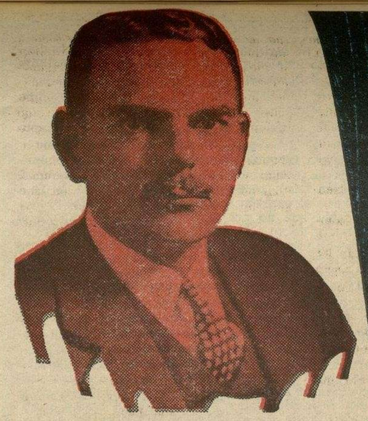
M.E.C.D. 2016

EL LOCOCARRIL
POR FONTAINE FOX

EL TERRIBLE NICOMEDES







Thomas E. Dewey, Fiscal de Nueva York

EL HOMBRE QUE VENCIO A los PISTOLEROS de NUEVA YORK

Por Max de Abad

Nueva York.

HACE escasamente cuatro años, en el 1933, esta ciudad era la capital del hampa internacional, el **rendez-vous** más seguro para los individuos que en los Estados Unidos viven al margen de la ley. Desde el encarcelamiento de Al Capone en el presidio de Alcatraz, los pistoleros de todas las grandes ciudades norteamericanas empezaron a emigrar hacia Nueva York, porque ya Chicago, con la paralización de las actividades ilegales de aquel genio del crimen, había dejado de ser la mina de oro de la época prohibicionista.

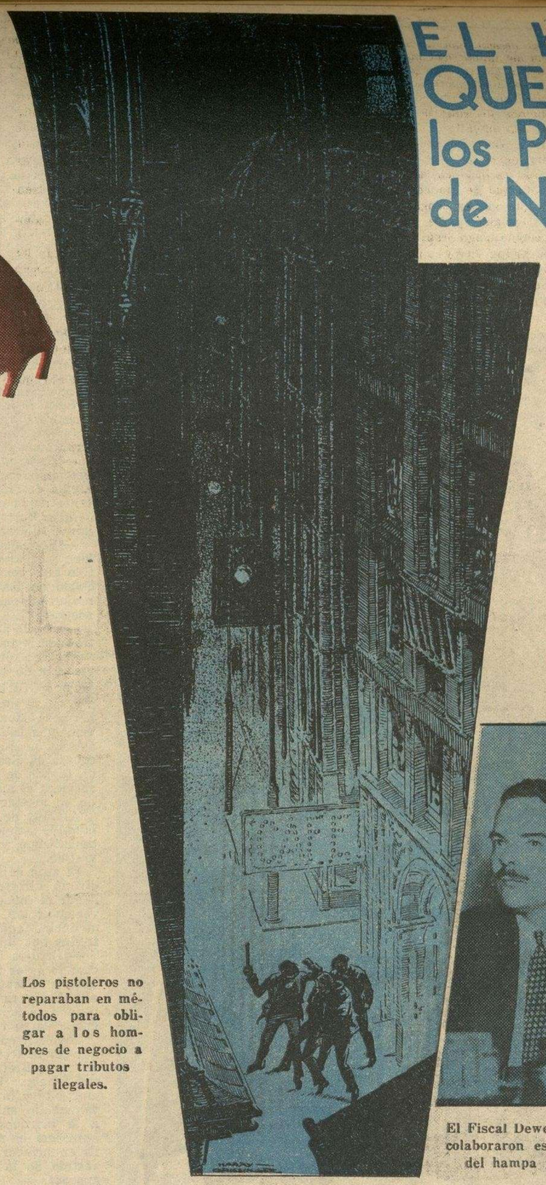
Nueva York, en cambio, les ofrecía una oportunidad única en la historia. Los criminales más notorios de la nación, y los cerebros del chantagismo industrial y comercial, habían logrado ponerse en contacto con figuras influyentes de la política local, que podían impedir la acción policíaca hasta cierto punto y estaban preparadas para subordinar los intereses de la justicia a las conveniencias de su negocio ilícito con los cabecillas del hampa.

En aquel entonces eran raros los negocios de Nueva York que podían escapar a las amenazas del hampa. En el ramo de camiones de transporte, media docena de pistoleros dominaban por completo las actividades de las empresas particulares, sin reparar en los medios para imponer su voluntad, recurriendo a la intimidación armada y al asesinato cada vez que alguna de las víctimas intentaba oponerles resistencia.

HOY día, la situación ha cambiado radicalmente. Desde que tomó posesión de su cargo de Fiscal del Condado de Nueva York a principios de año, Thomas E. Dewey ha puesto al hampa en polvorosa. Los cabecillas supremos del bajo mundo han sido mandados a la cárcel o están huyendo por otros países, aunque perseguidos de cerca por los oficiales investigadores de la fiscalía, que durante varias décadas, bajo el dominio de los politicastros de Tammany Hall, había caído en la más abyecta sumisión al poderío de los fascinerosos.

Cualquiera que hubiese visitado un restaurante de la famosa Vía Blanca después del mes de julio de 1932, se habría dado cuenta de que los precios del menú eran exagerados. La razón de este aumento era que en aquella fecha el caudillo máximo del hampa newyorquina, Dutch Schultz, había organizado la Asociación Metropolitana de Propietarios de Restaurantes y Fondas, con el propósito de "proteger" a los asociados contra las huelgas obreras y contra cualesquiera otra clase de perturbaciones.

El método de Schultz era muy sencillo. Abordaba, por medio de sus lugartenientes, al propietario de un restaurante para que éste se hiciera miembro de la Asociación, pagando una cantidad que variaba entre 200 y 5,000 dólares, según la categoría del establecimiento. Si el individuo rechazaba la proposición, al otro día aparecían frente al restaurante varios hombres de armas tomadas haciendo fila "obrera" y denunciando un estado de explotación inicua de los empleados por parte de los patronos. La intimidación no paraba ahí, sino que hacían añicos las vidrieras y estallaban bombas apestosas en el interior del establecimiento, con el objeto de ahuyentar a la clientela y paralizar el negocio.



Los pistoleros no reparaban en métodos para obligar a los hombres de negocio a pagar tributos ilegales.

Había un individuo llamado Abe Finkel que poseía un pequeño restaurante en Broadway y que había pagado una cuota de iniciación de 250 dólares para hacerse socio del gremio de Dutch Schultz. Además de esta cantidad, Finkel pagó las cuotas de seis meses por adelantado, a razón de cinco dólares mensuales, y la suma de 1,500 dólares de contado para que le dieran "protección". Cuando los investigadores de Dewey examinaron los libros de contabilidad de Finkel descubrieron que los 1,500 dólares habían sido cargados a "gastos de cuotas", un renglón cuyo significado era bien conocido del enérgico y joven Fiscal.

Al comparecer ante el Gran Jurado, Finkel hizo una serie de declaraciones fantásticas. En los cinco interrogatorios que dicho cuerpo judicial condujo para examinar a este hombrecito, su testimonio varió fundamentalmente, dejando perplejas a las autoridades. Finalmente, se resolvió que aquello equivalía a una negativa a declarar y se le procesó por descacato, acusándosele de dar respuestas contradictorias y evasivas al Gran Jurado. El Tribunal de Apelaciones de Nueva York ratificó la causa instituida por Dewey, e inmediatamente Finkel, comprendiendo que iría a la cárcel, confesó los verdaderos fines del desembolso de los 1,500 dólares. Otros propietarios de restaurantes se apresuraron a ofrecerle al Fiscal su cooperación.

Como resultado de esto, fueron procesados los abogados de la Asociación, Harry A. Vogelstein y Abraham Cohen; el gerente, Philip Crossell, y cuatro funcionarios de varios gremios de obreros de restaurantes y fondas. Louis Beitcher se declaró culpable del delito de actuar como cobrador y representante de los extorsionistas. Dutch Schultz y su arrestando a 71 mujeres y 17 hombres. Pocas horas después, Dewey tenía en su poder más de 120 cómplices y sospechosos.

Los detenidos fueron tratados con cortesía por las autoridades. Dewey les prometió protegerlos contra las amenazas del hampa si le informaban los nombres de los que dirigían el sindicato. Las mujeres estaban aterrorizadas, pero uno de los agentes de Luciano reveló el nombre de éste como el cabecilla supremo. En seguida, las mujeres empezaron a dar informes más concretos. El primero de abril Luciano fué arrestado mientras pasaba unas vacaciones en Hot Springs, estado de Arkansas.

EL proceso contra Lucky Luciano ha sido uno de los más sensacionales que ha tenido lugar en Nueva York. Entre los acusados junto con él figuraban un tal Little Davy Betillo, clasificado como el hombre más peligroso de la ciudad; Pennochio "Tommy the Bull", individuo de armas tomadas, ratero y traficante de narcóticos; Abie Wahrman, el mejor tirador y pistolero del grupo; y Jimmy Federico, un buen cobrador de las ganancias del vicio, que a veces le daba de bofetadas a las víctimas para que no le hicieran "perder su buen humor."

El Jurado que entendió en este caso deliberó durante una noche antes de rendir su veredicto. Cada uno de los acusados resultó culpable de 62 delitos. Luciano fué condenado a un encarcelamiento máximo de 50 años. Su principal ayudante, Davy Betillo, tiene que cumplir de 25 a 40 años de presidio.

En otros procesos contra los pistoleros que chantajaban en diversos ramos de los negocios, Dewey ha obtenido sentencias de culpabilidad en setenta y dos de 73 casos. Los chantajistas y extorsionistas de Nueva York, que se calcula le arrebataban al comercio y la industria alrededor de diez mil millones de dólares al año—$10,000,000,000—, han sido eliminados por el brillante Fiscal, con la ayuda y el respaldo moral del Alcalde Fiorello H. La Guardia.

El Fiscal Dewey y el Alcalde Fiorello H. La Guardia, quienes colaboraron estrechamente para eliminar los extorsionistas del hampa y mandar a la cárcel a los cabecillas de los pistoleros de Nueva York.

M.E.C.D. 2016

El Vestido de Satín

Cuento Breve

Por Michael Crowley

Al llegar a la marquesina, el locutor elogió el vestido de Mona y luego le acercó el micrófono para que hablara...

JOAN MARTIN, la principal diseñadora de ropas de los estudios cinemáticos Supreme Films, trabajaba en su mesa de dibujo, dándole los últimos toques a una de las creaciones que le habían pedido en los últimos días.

De pronto, sobre la mesa se proyectó una sombra inmóvil. Ella tornó a ver quién era y se encontró con la mirada afectuosa y la sonrisa dulce de su marido Brett. Joan se llenaba de alegría cada vez que Brett venía a buscarla. Vivía dedicada a su trabajo y a él.

Brett le quitó el lápiz de la mano y comenzó a jugar con él.

—Mira, Joan, los jefes del estudio quieren que acompañe a Mona Vance al estreno de la película nuestra en el Teatro Carthay Circle. Dicen que somos las estrellas y que se necesita hacer publicidad.

Joan dejó de sonreir. Seguramente, pensó, aquello era una idea de Mona Vance, y no de los jefes de la compañía.

Desde las dos últimas películas que había filmado con Brett, venía intentando subyugarlo y arrebatárselo a Joan.

Poco a poco, Brett Martin se había ido dejando influenciar por los hechizos de la actriz. Hasta la fecha, el affaire se desarrollaba solamente en los terrenos del estudio. Joan había notado cómo Brett abría los ojos cuando llegaba Mona, y el total abandono de su alma en las escenas importantes.

Brett era un hombre culto, silencioso, amante de los libros y del hogar. Odiaba el tipo de mujer de Mona, jactanciosa y siempre lista para adelantarse al proscenio y figurar. Pero ella era astuta y perspicaz, y había simulado a la perfección los ideales y las cualidades que Brett más admiraba en una mujer.

EN EL DESEMPEÑO de sus labores como diseñadora de modas de la compañía, Joan pudo estudiar de cerca el carácter de su rival y conocía las debilidades de que adolecía. En primer término, los vestidos regios la volvían loca, y no cesaba de inventar ideas aparatosas para lucir prendas únicas. Su fanatismo por la exclusividad en materia de elegancia no permitía ni la más leve semejanza, en los trajes que vestía, con la indumentaria de las demás estrellas. Si alguien llevaba un vestido que tuviera los botones iguales que los de Mona, eso era bastante para que ésta se pusiera furiosa.

Brett Martin desconocía este aspecto del carácter de Mona, y Joan no podía explicárselo por temor a una polémica en la cual él se pusiera de parte de la celebrada actriz. Así pues, cuando él le informó a su esposa lo del estreno, Joan le contestó sonriente:

—¡Es una magnífica idea, Brett! ¡Lo más importante es la publicidad! ¿Quieres que la invitemos?

Brett la miró, asombrado. Joan esperaba la respuesta con el corazón queriendo saltársele del pecho, pues sabía que no era su intención ir acompañado de Mona y de su esposa a la vez. Si insistía en ir solo con la otra, todo habría terminado entre los dos, y Mona sería la victoriosa en la contienda. Turbado ante el dilema, Brett le contestó:

—¡Yo la invitaré para que nos acompañe!

APENAS se marchó el marido, Joan inclinó su hermosa cabeza sobre la mesa de dibujo y empezó a llorar. No estaba acostumbrada a llorar por nada en el mundo, pero esta vez le fué imposible contenerse. Tenía que buscar desahogo en alguna forma. Después que se calmara, daría los pasos necesarios para defender su amor.

Secadas las lágrimas y empolvado el rostro, salió presurosa hacia las oficinas del jefe principal de los estudios, Mike Burton. Habló con él unos minutos, explicándole el proyecto que tenía, y luego añadió:

—¡Sería un golpe maestro de publicidad! Debe ir vestida con el traje de satén blanco, bordado en mostacilla de cristal, que usó para la escena más importante de la cinta. Se veía divina, ¿verdad?

Mike Burton se rascó la cabeza y gruñó unas frases ininteligibles.

—¡Realmente, Joan, no sé nada de modas, pero la idea me parece excelente! Si mona va con ese vestido tan costoso que usted le diseñó, podemos anunciarlo en los periódicos y esto atraerá a miles de mujeres la noche del estreno. ¿Cree usted que ella aceptará?

—¡Eso lo deja de mi cuenta, amigo Burke! El contrato de Mona expirará dentro de poco y ella no puede negarse a obedecer. Para mí será facilísimo convencerla de que se ponga ese vestido...

LA NOCHE del estreno, Brett Martin iba sentado en su limousine, en medio de las dos mujeres, la hermosa Mona, y su esposa Joan. Miss Vance se veía más bella que nunca. Los rizos de su peinado clásico, negros como el azabache, coronaban aquella cabeza de diosa como un turbante de ébano. Llevaba un tapado de piel de visón abierto al frente para que se viera el magnífico vestido de satén blanco, bordado en mostacilla de cristal.

Al lado de Mona, la esposa de Brett parecía una humilde campesina. Llevaba un abrigo de terciopelo, sencillísimo, y cerrado hasta el cuello para ocultar su vestido.

El auto dejó atrás la sección de Beverly Hills y se dirigió directamente al teatro Carthay Circle. Al llegar al coliseo, hubo de detenerse, porque el tráfico vehicular era tremendo, y la muchedumbre se arremolinaba fanática para echarle un vistazo a las estrellas que llegaban.

—¡Esto es terrible!—dijo Mona. ¡Lo que se sufre cuando se es una mujer famosa! Si pudiéramos llegarnos al teatro por la puerta de atrás, sin que nadie nos observara...

Joan se mordió los labios, indignada ante la hipocrecía de su rival.

Tuvieron que bajarse del coche y empezar a caminar por la acera principal, hasta la entrada del teatro. Al ver a Brett y a Mona, la multitud vociferaba entusiasmada. Un vendabal de aplausos sacudió el ambiente y la pareja, acompañada de Joan, continuó caminando entre los vítores del pueblo. Al llegar a la marquesina del coliseo, el locutor del radio aproximó el micrófono al sitio donde estaba Mona. El anunciador dijo unas palabras elogiosas sobre el vestido de la actriz, y entonces ésta se acercó al aparato.

—¡Sácate el tapado, Mona!, le dijo Joan. Está bueno el aire y debes mostrarle tu vestido al público.

Mona le dió su abrigo y entonces Joan se quitó el de ella. El pueblo aplaudía frenéticamente. De pronto, Mona se volvió hacia Joan y le gritó, indignada:

—¡Infame! ¡Quisiera matarte! ¡Hiciste esto deliberadamente!

El locutor desconectó el micrófono para que las palabras hirientes no se oyeran. La gente contemplaba la escena con extrañeza. Mona le arrebató el abrigo a Joan, como si fuera a desgarrarlo. El público se apiñaba a la entrada, sin que los policías pudieran contenerlo.

BRETT MARTIN no salía de su estupor. Le echó el brazo a su esposa y la sacó del torbellino. Cuando estuvieron en la calle de atrás del teatro, él exclamó:

—¡Esto es increíble! ¿Qué le sucedió a esa mujer, que se puso tan furiosa? Tú fuiste muy cortés y la ayudaste a sacarse el tapado... Debe haberse vuelto loca, cuando te ofendió como lo hizo...

—¡Por supuesto, sin razón!, repuso Joan.

—¡Es una mujer de lo más vulgar que he conocido! Gritaba para que la oyeran en todo el pueblo. ¡Nunca sospeché que fuera así! Tú estuviste muy correcta, querida. Me siento orgulloso de ser tu marido. Nadie podrá explicarse el motivo de su histerismo...

—¡Claro, hijo, nunca te lo explicarás!, le contestó su mujer.

La alegría le rebosaba el corazón. Sonriendo secretamente, contempló su bello vestido de satén blanco, bordado en mostacilla de cristal, exactamente igual al que llevaba Mona Vance...

M.E.C.D. 2016

ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA —

Paul H Gipson

Myra la Intrépida

JACK Y MYRA HAN LOGRADO ESCAPAR DEL SUBTERRÁNEO DE LING SIN, JUNTO CON LEW WEN, Y SE APRESURAN A DAR LOS PASOS NECESARIOS PARA IMPEDIR LOS PLANES SOMBRÍOS DE LA MISTERIOSA ORIENTAL.

MIENTRAS TANTO, JACK Y MYRA, REUNIDOS EN LA HABITACIÓN DE UN HOTEL, ESTÁN BUSCANDO LA MANERA DE ATACAR A LING SIN.

AL AVANZAR SOBRE LING SIN, ÉSTA DISPARA UN LÍQUIDO AMARILLO DE SU PISTOLA AL ROSTRO DE JACK.

Emily Post, maestra de urbanidad y buenos modales, cuyas opiniones sobre las modas actuales se dan a conocer en el presente artículo.

EMILY POST y las MODAS

La Famosa Autora del Tratado Sobre la Urbanidad Habla de los Ideales de la Elegancia femenina.

Por Isabel Taves

Nueva York.

EMILY POST no es solamente la primera autoridad de los Estados Unidos en cuestiones de urbanidad. Además de haberle enseñado a millones de personas los secretos del comportamiento social y de los buenos modales, es una mujer de refinado gusto que conoce mucho de modas.

Ella misma confiesa que en la época en que hubo de presentársele por primera vez el problema de ganarse el sustento, pudo haberlo resuelto trabajando en cualesquiera de los talleres más importantes de costura de esta ciudad. "Siempre que veo un vestido,—me confía en la intimidad—puedo devolverme a casa y cortarlo exactamente igual. Toda mi vida me la he pasado cosiendo infinidad de efectos, desde trajes hasta forros de muebles."

En la actualidad, la señora Post no cose debido a que padece de la vista desde hace años. Durante dos años estuvo completamente ciega, y en ese período realizó la última revisión de su obra sobre urbanidad y buenos modales, dictando los cambios que deseaba introducir y haciendo que le leyeran las pruebas corregidas.

Dicta sus artículos en un dictáfono, a veces mientras está acostada. Ello no quiere decir que sea un inválida, pues difícilmente se encuentra una mujer que tenga un corazón tan joven y que se conserve tan alerta como ésta en el plano mental.

LLEGUE al hogar de la distinguida escritora, y tan pronto estuve acomodada en una butaca, la señora Post acercó una mesita y me ofreció un cigarrillo, aunque ella no fuma. En seguida me preguntó qué aspecto de las modas deseaba que sirviera de tema a nuestra conversación, y sugirió que tal vez yo querría saber las modas que le desagradaban.

Nada más lejos de mi mente que esta idea negativa, pero comprendí que mi entrevistada había estado reflexionando sobre el punto y que quizás estaría dispuesta a revelarnos sus opiniones. Como sabía que Mrs. Post es una persona de convicciones firmes, decidí escucharla y la insté a que continuara hablando sobre las cosas que no le gustan.

"En primer lugar—dijo—no me agradan los pies al descubierto ni las desnudeces en los vestidos de noche. Muy pocas mujeres son suficientemente bellas para exhibir sus carnes y ninguna tiene los pies tan hermosos que valga la pena contemplarlos. A mí me parece que debemos dejarle algo a la imaginación de los espectadores, aparte de que esos modelos de vestidos ceñidos y precarios, con descotes exagerados, se aproximan más a la vulgaridad que a la elegancia."

Le pregunté sobre los estilos de sombreros, temerosa de que analizara demasiado severamente el alto modelo de piel de visón que yo llevaba puesto. Lo examinó nerviosamente y luego sonrió.

"¿Cómo se sujeta usted el sombrero?"—me preguntó

"¡No me lo sujeto! ¡Quisiera usted verme caminando por la Quinta Avenida cuando el viento es fuerte!"

"¡Bueno, quizás ustedes tengan razón,—repuso—pero yo creo que la mayor parte de los sombreros que se usan hoy son horrorosos! No lucen bien; no son prácticos; y a los hombres no les gustan."

Movió la cabeza en señal de desaprobación y poco después empezó a hablar en contra de los velos. Opina que los velos que estamos usando en la actualidad—con motas, cruzados, sueltos, o enrollados en la cabeza—son accesorios horribles.

"Estos velos — comentó — impiden ver con claridad y ocultan los ojos, que constituyen el rasgo más encantador del rostro femenino. Los velos para de noche están bien, porque protegen el peinado. Los velos para señoras de edad también son adaptables, porque suavizan la presencia. Pero las mujeres jóvenes se ven verdaderamente ridículas con velos. ¡Seguramente usted supone que yo soy muy anticuada!"

Sonreí ingenuamente para darle a comprender que sí, pero continuamos la charla, esta vez tocando el punto del cabello. Mrs. Post se expresó con la misma ingenuidad y firmeza:

"No me gusta el cabello largo y suelto, que hace aparecer a una mujer como si se estuviera preparando para acostarse a dormir, y creo que únicamente se ve bien en muchachas muy jovencitas y candorosas. Prefiero el cabello corto y graciosamente recogido, que disminuye tamaño de la cabeza. Fíjese y verá que muchas de las artistas del cine son mujeres desproporcionadas. Sus cabezas son demasiado grandes para sus cuerpos, porque han olvidado el ideal clásico de los griegos que exige que la cabeza guarde una proporción de 1 a 8 en relación con el resto del cuerpo."

SEGUN la señora Post, no hay razón para que las damas de mayor edad no puedan lucir tan atractivas y elegantes como las más jóvenes. Opina, sin embargo, que las mujeres maduras, y generalmente más voluminosas, no deben poner atención a los vestidos confeccionados de materiales de superficie suave y muy adornados, como tampoco deben vestir ropas de colores brillantes que sólo le sientan bien a las muchachas de cuties impecable. Cree que las mujeres morenas se ven mejor cuando usan materiales que tengan algo de rojo o amarillo, y que a las mujeres de edad les lucen bien los matices rosados y orquídea.

La tarde que le hice esta visita, Emily Post lucía un vestido negro, muy elegante, con borde de brocado de un color rojo suave alrededor del cuello. Armonizaba este detalle rojo con un precioso rubí en su sortija y con las uñas exquisitamente pintadas del mismo color.

Piensa que entre las ropas más amenas que se están usando hoy por las generaciones jóvenes hay que citar en primer término los modelos sport. Los pantaloncitos cortos están bien en las muchachas jóvenes y delgadas, pero no en las mujeres de edad ni en las gruesas. Le encantan los pantalones slacks, si tienen un corte correcto y sus líneas son lisas y rectas en los lados y atrás. Prefiere los alegres trajes de baño confeccionados de tela de algodón, pero detesta los que exhiben las desnudeces demasiado. La indumentaria para el golf y el deporte de los esquís la encuentra aceptable; en cambio afirma que las mujeres aun no han aprendido a adaptar la indumentaria de equitación al verdadero concepto de la elegancia.

"Cuando se corre a caballo,—dice—no se debe dejar el cabello suelto. Si la cabellera es corta, debe sujetarse firmemente en la cabeza con una redecilla. Ninguna mujer debe usar cosas que el hombre no usa cuando hace el deporte de correr a caballo."

La señora Post es partidaria de los sombreros sujetados por medio de cintas para que no se los lleve el viento. Le gusta el sombrero de la izquierda (arriba) diseñado para Marlene Dietrich, pero no el de la derecha, que le parece torcido. El vestido más correcto para de noche es el de líneas graciosas (izquierda), mientras que el modelo exótico de la derecha sólo revela los rasgos desagradables de la silueta. En cuanto al calzado, detesta de los pies desnudos y los dedos visibles.

M.E.C.D. 2016

Febrero: el Mes Tragico Entre los Confinados de Arizona

Por N. Serrot Vidal

Florence, EE. UU.

NADIE sabe a ciencia cierta lo que había sucedido en el pasado mes de febrero en la penitenciaría del estado de Arizona, pero sí puede decirse que desde fines de enero los guardias penales destacados en dicha institución, situada en el desierto en las inmediaciones de esta ciudad, aguardaban acontecimientos tenebrosos e inexplicables.

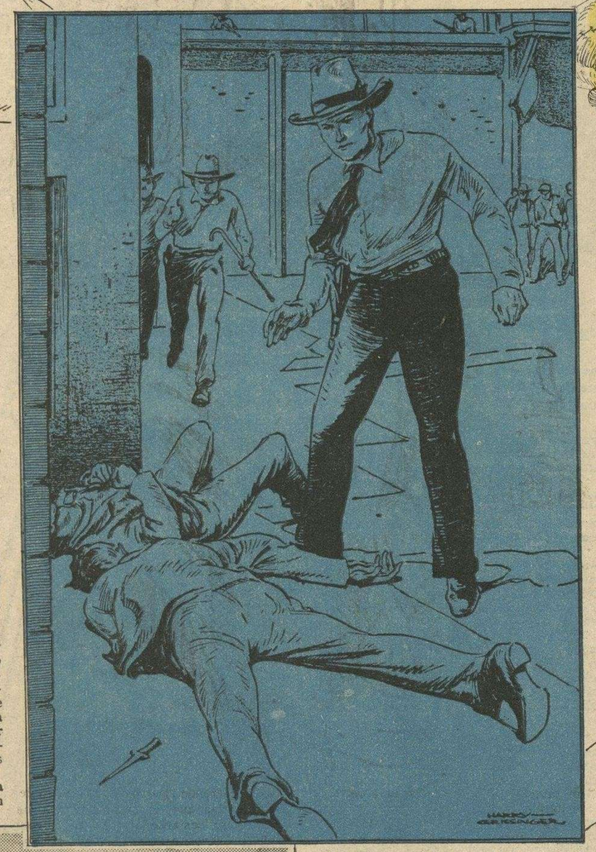
Febrero es el mes de las tragedias en la penitenciaría, que desde hace cuatro años parece estar sufriendo de una extraña maldición. Durante esos cuatro años no ha transcurrido un mes de febrero en la historia del penal en que algún confinado no haya perdido la vida como resultado de una de las supersticiones más increíbles y fantásticas.

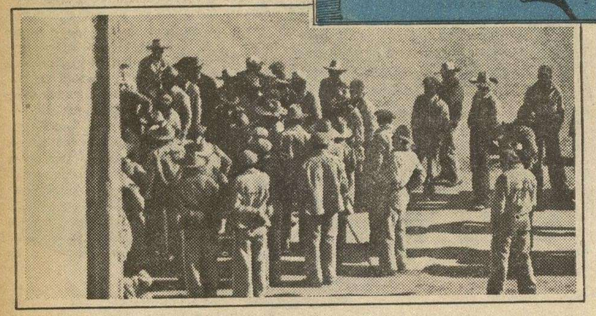
Cuenta la leyenda que los confinados de la penitenciaría creen en la visita anual del dios azteca de la muerte, que pide sangre para saciar sus apetitos de venganza, y que generalmente necesita que le ofrenden el cuerpo de un confinado con el corazón atravesado por un puñal.

LOS guardias todavía recuerdan con espanto aquella lúgubre tarde de febrero, hace tres años, cuando los presos asistieron a la exhibición de una película en el teatrillo de la penitenciaría.

Daban muestras de estar muy contentos con las excentricidades de un actor cómico que aparecía en la pantalla, pero en el alborozo de sus carcajadas se descubría una nota de ominosa desesperación. Los guardias, presintiendo que algo terrible iba a suceder, corrieron a encender las luces, pero antes de tocar el interruptor eléctrico, un grito desgarrador hendió el aire y le puso los pelos de punta a todo el mundo.

Los cientos de confinados que hasta entonces habían permanecido sentados en





Un grupo de confinados en el patio de la penitenciaría de Arizona. Jack Hunter fué asesinado mientras formaba parte de uno de estos grupos de desesperados.

las butacas se levantaron como movidos por un resorte y avanzaron, dominados por el terror, hacia la estrecha puerta que daba al patio de la prisión. Nada podía detenerlos en su huida, porque cada cual temía ser la víctima escogida por la deidad azteca para saciar su sed de sangre. Los vigilantes, apostados en las altas murallas del presidio, hicieron varios disparos al aire para calmarlos, mientras un par de guardias investigaban lo sucedido en el salón. Allí hallaron el cuerpo exánime de un confinado llamado F. W. Morrow, asesinado por una puñalada en el corazón.

Al día siguiente comenzaron a circular rumores extraños entre los prisioneros. Decían que un confinado de nacionalidad mejicana les había estado contando a sus compañeros de infortunio historias acerca de los antiguos sacrificios de los aztecas, y que les aconsejó que en el mes de febrero debían darle muerte al presidiario menos leal y que durante el año se hubiera dedicado a "soplarle" a los guardias penales lo que hacían los demás individuos encerrados en la penitenciaría.

Un día después del crimen del teatrillo, los guardias hallaron en el patio el puñal homicida, que no era otra cosa que una lima afilada en el taller de la penitenciaría, con el mango forrado de cuero. La investigación del caso se extendió hasta el mes de febrero del año anterior, en que un condenado a cadena perpetua, llamado Stephen Rozema, dió muerte a Jack Hunter, también recluído

El dios azteca de la muerte, al que los presidiarios de Arizona atribuyen los asesinatos del mes de febrero en la prisión estadual.

sabían que era un foragido capaz de las cosas más terribles. Lo condenaron por robo y acostumbraba ufanarse de su valor como bandido. Apenas lo sometieron a un interrogatorio, confesó que había matado a Morrow porque éste le había pisado un pie.

LA tradición sanguinaria del presidio fué nuevamente confirmada al año siguiente del asesinato de Morrow. Esta vez le tocó el turno a Clemmie Brown, pocas horas después de haber ingresado en la penitenciaría.

Los guardias le habían entregado el uniforme de presidiario para que se lo pusiera y le habían asignado una celda. Serían las cuatro de la tarde cuando el nuevo confinado entró a formar parte de la población del penal. A las seis se dirigió al comedor, donde cenó junto con los demás prisioneros, y terminada la comida salió entre un grupo que iba para el salón de recreo. Pocos minutos más tarde, uno de los presos sacó un puñal, causando pánico entre los ca-

Dos hombres estaban tendidos en el suelo, uno muerto, y el otro lanzando alaridos de dolor.

en el penal. En esta ocasión, los presos estaban gozando de un rato de recreo al aire libre, cuando Hunter se dirigió a Rozema. Ambos hablaron en voz baja y luego el diálogo subió de tono. Los demás presidiarios se fueron reuniendo alrededor de los del altercado, a pesar de que los guardias les ordenaban que se dispersaran y hasta llegaron a hacer varios disparos para amedrentarlos. De pronto, un hombre lanzó un grito desgarrador y otro daba ayes desesperantes sobre el tumulto de los prisioneros.

Una vez que los guardias lograron dispersarlos y mantenerlos alejados y quietos a punta de rifle, pudieron ver que en el suelo estaban tirados dos individuos, uno de los cuales se revolcaba lanzando alaridos de dolor. Hunter había muerto apuñaleado, y Rozema fué llevado al hospital, gravemente herido. Según declaraciones de los testigos, Hunter había intentado asesinar a Rozema, pero éste fué más rápido y logró repeler el ataque matando a su enemigo.

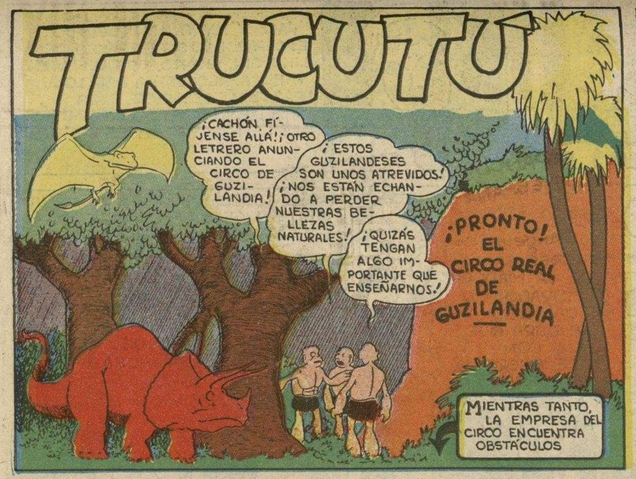
Interrogado sobre la muerte de Morrow, Rozema probó que al ocurrir el crimen no se hallaba presente en el teatrillo de la prisión. Hubo necesidad de mandar al calabozo subterráneo del penal a los sujetos más sospechosos, hasta conseguir que uno de ellos hablara y le dijera a las autoridades que el culpable de la muerte de Morrow era James L. Smith.

Smith era un muchacho joven y de buena apariencia, que parecía más bien un actor de cine que un presidiario. Tenía una sonrisa que desarmaba a cualquiera, y sin embargo, las autoridades marcadas que estaban agrupados cerca de él. Como en anteriores ocasiones, hubo gritos de espanto y cientos de individuos que se apiñaban en la puerta, deseosos de evadir el peligro. Cuando los guardias llegaron al salón, encontraron muerto al infeliz Brown. Le habían atravesado el corazón de una puñalada. El autor del crimen fué el confinado L. T. Washington.

De acuerdo con las declaraciones prestadas, los condenados a cadena perpetua nombraron al asesino de Brown como el "sacerdote" encargado de oficiar en el sacrificio correspondiente a aquel mes de febrero. El Alcaide Walker, sin embargo, pudo averiguar que la víctima le había "soplado" a la policía contra Washington en una fecha anterior, contribuyendo a que lo mandaran a presidio. Entre los criminales, el individuo que traiciona a sus colegas, denunciándolos a la policía, tiene que morir.

En el mes de febrero de 1936, la víctima fué Albert Dereay, un hombre de mediana edad que cumplía una larga condena por robo. Le asestaron varias puñaladas, y aunque vivió lo suficiente para poder revelar el nombre del asaltante, prefirió guardar silencio y cumplir la ley no escrita del hampa, que consiste en no darle informes a las autoridades sobre los hechos de sangre que se producen entre los malhechores.

M.E.C.D. 2016



AUNQUE PAREZCA INCREIBLE

POR JOHN HIX

57.

¡POR supuesto! La Cafiaspirina es una gran defensa contra el ataque inesperado de dolores de cabeza, neurálgicos o reumáticos, porque siempre alivia y reanima.

Pida las tabletas de Cafiaspirina protegidas en papel CELLOPHANE.

CAFIASPIRINA

alivia y reanima

BAYER

ra mataros?» Tiré la hoja de papel sobre la mesa, encogiéndome de hombros, y declaré friamente a Pory:

—Decid a lord Carnal que siempre ne considerado el momento de aparecer la aurora como una hora agradable entre todas para morir. En cuanto al lugar del combate, ¿no es un lugar muy conveniente para expirar el terreno situado detrás de la iglesia, en atención a su proximidad al cementerio? Por último, he oído decir que lord Carnal no carece de destreza con la espada, siempre que no le ciegue el sol de Virginia. Me gustaría verlo de cerca, tanto más cuanto que yo, como sabéis, amigo Pory tengo reputación de usar hábilmente esa arma.

Pory se inclinó. Después me comunicó las decisiones tomadas por el Consejo de la Corona con referencia a mí.

—Vuestra situación, capitán, no es envidiable, pero en cambio es clara. El rey Jacobo ordena que lady Jocelyn regrese lo más pronto posible a Inglaterra y lord Carnal exige que se embarque a bordo del «Santa Teresa» en el cual embarcará él también. En su misiva el rey declara que no puede imaginarse que su pupila haya podido olvidar su rango hasta el punto de casarse efectivamente en Virginia. De todas suertes, si este fuera el caso, el marido de Jocelyn deberá ser apresado inmediatamente y conducido a Inglaterra a bordo del «Santa Teresa». En Inglaterra se someterá su caso a los tribunales. Si el delincuente ha pecado por ignorancia, será enviado nuevamente a Virginia en seguida. Pero si ha pecado conscientemente, se reunirá para juzgarle el Tribunal de la Alta Comisión. Es una condena a muerte, capitán Percy. Podéis creerme. Por tanto, os aconsejo que en caso de salir sano y salvo del duelo de mañana, os inclinéis sin prolongar una resistencia inútil ante la omnipotencia de lord Carnal.

Pory se me iba haciendo sospechoso y le declaré secamente:

—No os pido consejo, Pory, sino antecedentes y hechos. ¿Qué piensa de todo esto sir Jorge Yeardley?

—¡Oh! Como podéis figuraros el gobernador está de vuestra parte y para ganar tiempo ha encontrado un expediente legal; mañana al despertar la aurora saldrá de Jamestown con destino a Londres un navío del Gobierno. A bordo de este navío irá un embajador encargado de declarar respetuosamente al rey Jacobo que en virtud de la carta conferida por Su Majestad misma, el Gobierno de Virginia sólo puede obedecer órdenes transmitidas por el tesorero de la Compañía. Por consecuencia, nuestro embajador rogará a Su Majestad que tenga a bien confirmar por un mensajero dirigido al mencionado tesorero las órdenes contenidas en la carta entregada por lord Carnal. De este modo siempre se ganarán unos meses. Procurad aprovecharos. En cuanto al duelo de mañana, nadie sabe nada en Jamestown. He aquí, con toda exactitud, capitán Percy, dónde estamos y dónde estáis. No me negueis que la situación es crítica.

—¿Y qué piensa lord Carnal de la decisión del Consejo?

—Podéis adivinar capitán, hasta qué punto le contraría este retraso. Ha jurado y ha gritado. En mi vida he visto un hombre más enfadado. Pensaba hacerse a la vela mañana llevándose a Londres a lady Jocelyn para casarse allí, mientras os ahorcaban a vos. La ejecución de su plan queda terriblemente aplazada. Se niega a partir sin la joven en cuya busca ha venido y ha declarado que permanecerá en Virginia hasta la vuelta del barco que ha de zarpar mañana. Pero el retraso le irrita tanto cuanto que Buckingham intriga furiosamente contra él en la corte y aprovecha la ausencia de su rival para recobrar el favor del rey. ¡Oh, os lo juro! Lord Carnal es hoy el hombre más preocupado del mundo.

Pory se echó a reir. Le acompañé hasta la puerta y fuí a adquirir noticias de mi mujer. Había vuelto en sí y corrió a recibirme.

—Lo he oído todo—dijo—. He estado escuchando en la puerta. ¡Pero no quiero que os batáis!—exclamó—. He sido una loca arrrastrandoos a una querella que no interesa a nadie más que a mí. No quiero vuestra ayuda ni vuestra espada. Caería sobre mi cabeza vuestra sangre. Prefiero acabar todo de una vez.

Oprimió con mano febril el puñalito que le había regalado y del cual no se separaba jamás.

Con brusco ademán le arrebaté el arma. Después, viendo encima de la mesa el frasco de vino que nos había preparado el piadoso y gigante Jeremías Sparrow, me acerqué, llené una copa hasta el borde y se la ofrecí a Jocelyn.

—Bebed, señora.

—Os estoy muy agradecida. Sois valiente y sois generoso. Podéis creer que mis palabras no encierran nada contra vos. Podéis creer que no olvidaré jamás vuestra heroica conducta.

—Bebed, señora—repetí con aire imperioso.

Humedeció los labios en el líquido con gesto de sorpresa. De un trago bebí el resto del vino, y aproximándome a mi mujer y hundiendo mis ojos en los suyos, dije lentamente:

—Hemos bebido en la misma copa. De ahora en adelante nuestras suertes están estrechamente enlazadas. Queda entre nosotros la vida o la muerte...

—Después, cambiando de tono, añadí:

—Ahora señora venid a visitar el jardín del reverendo Sparrow. Estoy harto de las tonterías que he escuchado. Ya he oído hablar bastante del rey, de la corte, de los favoritos y de sus duelos. ¡Mirad! Hay flores magníficas en el parque y el sol ríe alegre entre ramaje...

CAPITULO V

En el que conozco más ampliamente al amo y al servidor.

Como Mr. Juan Rolfe figuraba entre los habitantes más notables de Jamestown y entre los miembros más influyentes del Consejo, le rogué que me sirviese de testigo en mi duelo con lord Carnal.

Un cuarto de hora antes de levantarse el sol nos encontramos en el prado detrás de la iglesia, en el lugar señalado para el combate. Cuando los primeros rayos del astro doraban los fustes de los pinos que rodeaban el campo, vimos llegar a lord Carnal acompañado de Pory y del doctor Lorenzo Bohn.

Cambiamos saludos ceremoniosos y nuestros testigos se pusieron a medir las distancias.

Lord Carnal seguía la operación con aire impaciente. Llevaba un traje más suntuoso aún que el de la víspera, pero seguía dominando el terciopelo negro y la seda escarlata. Con la sombría belleza de su rostro y su expresión arrogante, el favorito del rey tenía buena figura, debo reconocerlo. Lo cual no impediría que a los pocos momentos procurara agujerear aquel terciopelo, lacerar aquella seda y hacer palidecer de dolor aquella faz orgullosa.

Mientras tanto, Rolfe y el secretario Pory seguían examinando y midiendo el terreno.

—No me gusta este sitio—declaró el secretario—. Está lleno de agujeros de topo.

—¿De toperas?—preguntó Ralfe—. No las veo. Esta pradera parece tersa como un espejo. Pero no hay que hablar más; busquemos otro sitio. Bajo los cedros, allá abajo, el terreno me parece igualmente favorable. ¿Qué pensáis?

El padrino de lord Carnal inspeccionó detenidamente el lugar.

—Hay muchas raíces a flor de tierra y eso es peligrosísimo para la lucha—declaró.

Rolfe se encogió de hombros, pero siguió a Pory, que le llevó más lejos.

—Aquí—declaró el secretario—tendrá que luchar uno de los adversarios cara al sol. Decididamente vale más volver al sitio de antes.

Rolfe dejó escuchar un murmullo de impaciencia y lord Carnal, que seguía de lejos las idas y venidas de los testigos, dió una patada en el suelo al verlos volver sobre sus pasos.

—¡Qué locura!—exclamó—. El terreno, sea el que sea, siempre es bueno para morir.

Perfectamente——dijo Pory con aire resignado—, quedémonos aquí, puesto que los adversarios consienten.

Aún no había acabado la frase, cuando estábamos en guardia esperando la señal para comenzar el ataque. Pero el secretario había jurado volvernos locos.

—¡Alto!—exclamó—. ¡Oh, milord, perdón! No me había fijado en las cintas y en los nudos de vuestros zapatos. ¿No teméis enredaros con esos ornamentos? Permitid que os los quite. Pueden jugaros una mala pasada...

Y el padrino de lord Carnal cayó de rodillas. Sacó del bolsillo una navaja y se puso a cortar las cintas que adornaban los zapatos de mi adversario. Observé que ejecutaba esta formalidad con una rara falta de destreza y con insigne lentitud. Indudablemente su atención estaba en otra parte. Sus miradas se fijaba obstinadamente en dirección de la iglesia de la población. ¿Esperáis una intervención? ¿Nos habría hecho traición?

Con gesto brutal, el lord rechazó a su padrino; vivamente se arrancó las cintas de los zapatos y las arrojó lejos de sí.

—¡Señor Pory—exclamó—, acabemos de una vez.

Pory dirigió una mirada de desesperación a la ciudad. Viendo su incertidumbre y su mala voluntad manifiestas, Juan Rolfe se acercó y, después de habernos consultado con la mirada, tomó a su cargo la dirección del combate.

—¡En guardia, caballeros!—ordenó.

Lord Carnal se precipitó sobre mí en un arranque frenético. Dos o tres veces llegó a rozarme el jubón. Un momento temí haber dado con un hombre superior a mí en destreza. Pero no duró esta mala impresión. Lord Carnal luchaba como vivía: con una pasión desenfrenada y con una intensidad irreflexiva. Se gastaba y se prodigaba sin medida. No tardé en ver que le reduciría fácilmente, comenzando por fatigarle. Uno de sus primeros golpes me había alcanzado al hombro y manchaba mi manga un hilo de sangre. Siempre dueño de mí, pero molestado por haber sido tocado el primero me tiré a fondo y mi espada penetró en el hombro derecho de mi adversario, en el mismo sitio próximamente donde había sido tocado yo. Tuvo un momento de dolor, pero se rehizo enseguida y el combate continuó. Ya no existía el mundo exterior. Toda nuestra alma estaba concentrada en la lucha que sosteníamos y que no debía cesar más que con la muerte de uno de nosotros. De repente sonó un grito en nuestros oídos:

M.E.C.D. 2016

—¡En el nombre del rey, caballeros: Miramos de reojo. Sir Jorge Yeardley, seguido del jefe de los comerciantes y del comandante de la guardia, nos exigía que dejásemos el combate. Pory, con un suspiro de satisfacción, se enjugaba la frente e iba a reunirse con el médico al pie de un cedro.

—Caballeros—declaró el gobernador—, estáis heridos de sangre ambos. Basta ya.

Lord Carnal dirigió una terrible mirada a sir Jorge Yeardley.

—¡Atrás!—aulló—. ¡Seguid vuestro camino vos y vuestros lacayos! Yo entiendo que somos libres para ventilar nuestra querella. ¡Por el infierno! ¡Estoy harto de dejarme dictar órdenes y no habrá quien me impida castigar a este ridículo marido que pretende oponerse a mis proyectos!... ¡En guardia, capitán Percy!

A riesgo de recibir una estocada de lord Carnal, sir Jorge Yeardley se precipitó entre nosotros.

—Milord—clamó—, y vos, capitán Percy, escuchadme. Os juro que tomaré las medidas que estoy resuelto a tomar contra vos. Una de dos: o envaináis ambos las espadas y me dais palabra de honor de no sacarlas antes de conocer la voluntad formal del rey o permaneceréis encerrados entre cuatro paredes hasta que regrese el barco que acaba de hacerse a la vela para traernos órdenes precisas. Vos, capitán Percy, seréis encarcelado, y vos, milord, quedaréis secuestrado en mi modesta casa, donde, aparte de todo, haré lo posible por procuraros distracciones y proporcionaros comodidades. Escoged. He dicho, caballeros.

Sir Jorge Yeardley hablaba con la razón misma. Era imposible no acceder. Cambiamos una mirada de odio y después, con brusco ademán, envainamos los aceros.

—Perfectamente, caballeros—dijo el gobernador—. Ahora os ruego que os déis la mano.

En medio de un profundo silencio, milord y yo alargamos la mano derecha y nuestros dedos se rozaron apenas.

Con la cabeza baja llegué a casa de Sparrow. Mi padrino me había dado el brazo y trataba de distraerme hablando de Jocelyn. Pero yo, furioso por no haber podido castigar a lord Carnal, no pensaba más que en mi venganza. Mataría a Pory y a sir Jorge Yeardley. En mi vida podría perdonar al primero su traición y al segundo su pacífica intervención. El rumor de nuestro duelo interrumpido no tardaría en extenderse, y, ¿no hay siempre algo de ridículo en las aventuras de esta suerte?

Pasé los días siguientes en un retiro absoluto. Pero habiéndome asegurado Jeremías Sparrow que no movía a nadie a risa mi duelo con lord Carnal, volví a aparecer en público y a mezclarme con los que paseaban por el puerto al caer la tarde. Todos los días llegaban numerosos navíos ingleses, pero en su mayoría eran buques mercantes. Habiendo zarpado de Londres antes que el «Santa Teresa», llegaban al término de su viaje mucho después y no nos traían ninguna noticia interesante. Por fin, el «Flor del Mar», que había salido del puerto de Londres quince días después del navío de guerra, y que por efecto de una tempestad desastrosa había sufrido un retraso de muchas semanas, trajo una carta del diputado-tesorero para sir Jorge Yeardley. Yo me enteré de su contenido por Rolfe. Anunciaba la imprevista escapatoria del favorito y enumeraba las razones posibles.

Según unos, lord Carnal había salido del reino por temor de acabar sus días en la Torre de Londres; según otros, había sido enviado con una misión secreta cerca del rey de España, y según otros, había ido a América a fin de explotar ciertas minas de oro sólo conocidas por él.

«El atractivo vuestro territorio—escribía el diputado-tesorero—, recibió a lord Carnal con atención y deferencia. Es muy sensible a los honores y no desdeña la adulación. La Compañía encontrará en él un amigo poderoso, de los que se encuentran pocas veces. En cuanto a enemigos poderosos, bien sabéis que en Virginia no faltan».

En las últimas líneas de su carta, el diputado-tesorero resumía las noticias más importantes de la villa y de la corte, contando entre otros hechos menudos la desaparición de una pupila del rey, lady Jocelyn Leigh. Minuciosas investigaciones no habían dado ningún resultado. Se desesperaba de aclarar el misterio. Decíase en voz baja que lady Jocelyn se había suicidado para librarse de un matrimonio que el rey la obligaba a contraer.

Trancurrió el verano, y las órdenes de Su Majestad no llegaban. Yo seguía tascando el freno y esperando, a pesar de todo, con toda esperanza. El gobernador y el Consejo estaban de mi parte. Podía contar con ellos. En muchas ocasiones había prestado servicios a la Colonia, y todo el mundo me apreciaba. ¿Pero me sería de alguna utilidad el apoyo platónico de mis amigos en la lucha desigual que tenía trazada? ¿Podría sir Jorge Yeardley conseguir algún favor para mí, aparte del retraso de unas semanas en la consumación de mi ruina? ¿Pero no era esto arriesgarme a caer en manos de enemigos no menos crueles? Opechancanough, cuya conducta era cada día más sospechosa, no había dejado de vengar en los Rostros Pálidos los ultrajes sufridos por los hombres de su raza.

Nuestras relaciones con los indios constituyeron el asunto principal de las deliberaciones de la Asamblea, de la cual formaba parte en calidad de diputado por Weyanoke, donde tenía mi residencia habitual. Reconocíase generalmente mi competencia en esta cuestión. Había dirigido más de una expedición contra los pieles rojas y precisamente sabía los resultados obtenidos. En estas circunstancias debía él haber sido elegido por los plantadores de Weyanoke para representarlos en la Asamblea de Jamestown. En esta ocasión cumplí mi deber a conciencia y desempeñé mi papel acostumbrado. Recomendé a mis compatriotas que estuviesen en guardia y les di testimonios probatorios de la efervescencia que reinaba entre los pieles rojas citándoles pruebas irrecusables del odio sordo de Opechancanough. Insistí en que se esforzasen las empalizadas en todos los puntos del territorio, en que se aumentase el número de fuertes y en que se doblase el efectivo de las guarniciones.

Por último, me alcé contra la perniciosa costumbre establecida de entregar a nuestros enemigos armas de fuego a cambio de pieles y de piedras preciosas. Sir Jorge Yeardley, sentado en su sillón presidencial, con la barbilla apoyada en la mano derecha, me escuchaba con marcado favor. Mis discursos le convencieron, así como a la mayoría de la Asamblea. Decidióse activar las obras de defensa comenzadas en toda la extensión de la Colonia y se puso en vigor la ley prohibiendo entregar armas de fuego a los indígenas.

Dos días después de nuestro duelo interrumpido, lord Carnal había dejado, con gran estrépito, la casa del gobernador y había ido a instalarse con toda su comitiva, sus ayudas de cámara franceses y un médico italiano en uno de los hoteles particulares más hermosos de Jamestown. Tenía la mesa puesta para todo el mundo y trataba de atraer a los personajes importantes de la Colonia. Virginia, decía muy alto el lord, marcharía muy bien si yo estuviese aquí. Alabábase de ser bastante influyente en la corte para obtener la reducción del enorme impuesto que gravaba al tabaco y la prohibición absoluta de toda importación española. Gracias a estas promesas no tardó en contar con numerosos partidarios. No sin dolor vi antiguos amigos, a quienes profesaba un verdadero afecto, volverme las espaldas y hacer acto de pública adhesión al partido de mi adversario.

En tan tristes circunstancias, la compañía de mi mujer me resultaba cada vez más agradable. Buscaba en su presencia una distracción a mi inmenso disgusto. Me acompañaba rara vez y cuando aparecía a mi lado por las calles de Jamestown, saludaba nuestro paso un murmullo de simpatía. Con grandes trabajos había conseguido que la mejor modista de la villa la confeccionase trajes suntuosos semejantes a los que llevaba en la corte y había adquirido una porción de encajes y telas traídas a Virginia por un navío mercante de Southampton. ¡Qué aires de gran señora tenía con aquellos magníficos vestidos! Reinaba en todos los corazones. ¿Quién no hubiera dado la vida por una mirada de sus ojos? Seguida de su doncella negra, pasaba por las calles como una reina de Oriente o como una maga de cuento de hadas de poder fatal y misterioso. Todos los transeúntes se inclinaban admirados y respetuosos, pero ¡ay! la adversidad no había hecho más fácil su carácter: Sparrow y yo sufríamos constantemente con sus bruscos cambios de humor.

Una noche estando tomando el fresco en el jardín del pastor, estalló una vez más en quejas amargas.

—¡El cielo es injusto!—exclamó—. ¡No merezco mi desdicha! Al menos en Weyanoke podía correr por los prados y los bosques bajo la guardia de Angela y de Diccon. ¡Ah! ¿Por qué os habéis dejado arrancar la promesa de no salir de Jamestown mientras no lleguen las órdenes del rey? Me aburro soberanamente en esta villa. ¿Creéis que es divertido pasar la vida en un jardín del tamaño de un pañuelo y ser mirada como un objeto de curiosidad si me aventuro a salir a la calle? ¡Oh! Dejadme llegar hasta los bosques de las puertas de Jamestown. La selva, dorada por el otoño, ofrece en este momento un espectáculo admirable. Ardo en deseos de ver más que casa y huertas.

—No iréis sola tan lejos—repuse con calma—, pero mañana, si lo deseáis, os acompañaremos Sparrow, Diccon y yo.

Al escuchar estas palabras se puso a palmotear como una niña y a lanzar gritos de alegría.

—Es cosa convenida—dijo—. Iréis armados hasta los dientes y me serviréis de guardias de Corps.

Su alegría me encantó.

—Es cosa convenida—repetí—, mañana iremos al bosque.

Y como en aquel momento nos llamaban para cenar, ofrecí la mano a Jocelyn, pero de repente cambié de propósito y la rogué que fuera sola al comedor.

—En seguida me reuniré con vos—dije en voz muy alta—. Veo allí, en el seto del jardín, una asquerosa serpiente y quiero matarla en el acto.. Perdonadme que lo haga antes de comer.

Corrí hacia el seto y lo traspuse de un salto. Había detrás un individuo acechando. Le cogí por el cuello. Era el médico de lord Carnal, un lacayo digno de su amo, que tenía fama de envenenador a sueldo del favorito. Con su rostro estrecho e inquieto, con sus ojos vivos y sus labios blancos, tenía el aspecto repugnante de un reptil.

—¿Seguramente estaréis buscando hierbas medicinales?—le pregunté con tono irónico—. No las encontraréis en este jardín. Del seto para afuera las hay en abundancia y buscando bien, palabra de honor, encontraréis hasta plantas venenosas.

El maldito botánico hizo una mueca que quería ser una sonrisa y fingió no comprenderme. Irritado yo, le sacudí más fuerte, tanto, que empecé a hacerle daño. Retorciéndose como una anguila hizo protestas de sus buenos sentimientos en italiano. Con mano firme le sujeté por el cuello y le arrojé lejos de mí, no sin apoyar la acción en un puntapié magníficamente administrado. Le oí gemir. Me dirigí al comedor. Mi esposa me preguntó el resultado de mi caza y le declaré que había matado a la serpiente.

¿Estaba bien muerto e incapacitado de hacer daño el reptil? Seguramente, no. Había hablado así para tranquilizar a mi mujer, pero abrigaba el convencimiento de encontrar un día u otro, en mi camino al envenenador a sueldo de lord Carnal. Un obscuro instinto me impulsaba a desconfiar de aquel sujeto. La idea de que rondaba mi domicilio espiando mis idas y venidas y las de mi mujer, me inquietaba. Casi contra mi voluntad volví después de cenar al lugar donde momentos antes le había aplicado el correctivo. Junto al seto no había nadie, pero al acercarme de puntillas, sorprendí ruido de hojas rozadas y de ramas rotas. ¿Habría tenido la audacia de volver, el insolente? Me precipité sobre los arbustos y las plantas sacudiéndolos furiosamente con la espada. Vanos esfuerzos. Sin embargo, al alejarse, despacio, descubrí volviéndome de pronto, una forma obscura que se deslizaba entre las altas hierbas. Reconocí a la víbora italiana. Nos hallábamos demasiado distanciados para alcanzarle a la carrera antes de llegar a la villa y me repugnaba provocar un escándalo en las calles de Jamestown. Por lo tanto, me volví a mi cuarto, disgustado, furioso y bastante inquieto. ¿Qué estarían fraguando lord Carnal y su lacayo? ¿Qué interés podían tener para ellos mis conversaciones con Jocelyn y las disposición de los lugares donde vivíamos? Más que nunca importaba velar rigurosamente por mi bien. Me acosté y no tardé en quedarme traspuesto pero sin dormir profundamente.

Maklakoff ha declarado que la responsabilidad que se le confiaba constituía el mayor honor de su vida, y ellos le han hecho plena confianza.

Un punto quedaba todavía oscuro; ¿cómo había rehusado el gran duque Nicolás el asumir la custodia de los restos del zar y de los expedientes de la investigación de Sokoloff?

—No sabemos, me respondieron mis interlocutores, cuál era el pensamiento íntimo del gran duque, pero verosímilmente obraba bajo la influencia de una creencia mística en la supervivencia del zar. Hasta su muerte, la misma emperatriz viuda no creyó en la realidad del asesinato, y las pruebas materiales de la averiguación no lograron destruir su fe.

Nada tiene ello de extraño. ¿Acaso todavía hoy, no se dice entre el pueblo ruso, ante el cual el racionalismo occidental se asombra a veces que el zar se ha retirado a Siberia de donde volverá, pasando algún tiempo, para arrojar a los bolsheviques como la luz hace huir a las tinieblas?...

La oración de la gran duquesa Olga terminamos esta larga evocación de sangrientos crímenes con una oración escrita poco antes de su muerte por una de las víctimas, la gran duquesa Olga, hija mayor del zar. M. Botkine, antiguo ministro de Rusia hoy desaparecido, hermano del doctor Botkine, asesinado en Ekaterimburgo, la ha conservado felizmente para la posteridad en su libro «Muertos sin tumba».

Esa oración de la gran duquesa Olga es un testamento. El precioso mensaje nos llega mucho tiempo después de su muerte, cuando de su cuerpo incinerado no quedan ya sino cenizas, pero la voz de la princesa muerta, viniendo desde tan lejos, resuena clara como si ella se encontrara entre nosotros.

Guardemos silencio y escuchemos:

Dios todopoderoso del Universo,
Que tu oración nos sostenga
Y calme nuestra alma martirizada
En la hora de angustia y de terror.

Ante la tumba entreabierta,
Sintiendo su aliento sobre nuestros labios,
Danos la fuerza sobrehumana
De perdonar, rogando por ellos.

Cuando sonó la hora temida, la gran duquesa estaba preparada. Hizo el signo de la cruz y fortalecida por su oración, se desplomó a los pies de su padre inanimado. La oración fué transmitida por la condesa Hendrikova. Esta formaba parte de un grupo de personas, (Treinta y seis en total) que acompañaron al zar a Siberia y no lo dejaron sino para ser hechos prisioneros en Perm, en tanto que el zar era internado en Katerimburgo. Todos los componentes de ese grupo fueron sucesivamente asesinados, salvo el ayuda de cámara del zar, Volkov, quien escapó por milagro.

La condesa Hendrikova fué asesinada el 3 de septiembre en Perm, con ocho de sus compañeros de cautiverio; sus restos espantosamente mutilados fueron encontrados por Koltchak, siguiendo las indicaciones de Volkov(y enterrados dignamente.

El nombre de todas esas ilustres víctimas perdurará en la Historia por haber llevado su fidelidad hasta la muerte.

(Versión española de J. M. C.)

La CONSPIRACION Contra LOS DUQUES DE WINDSOR

1—El Dr. Blunt, Obispo de Bradford. 2 y 3—Las fotografías que escandalizaron al Obispo de Bermuda. 4—El Obispo de Bermuda.

EL LIO DE ENLACES Y DIVORCIOS EN TORNO DE LOS DUQUES DE WINDSOR COMO CAMPO DE ESTUDIO ACERCA DE LA ESTABILIDAD DE LOS MATRIMONIOS. EL ARREPENTIMIENTO DEL OBISPO DE BERMUDA Y LA NEUROSIS DEL OBISPO DE BRADFORD

EL «impulso súbito» que movió hace poco tiempo al Obispo de Bermuda, Muy Reverendo Arthur Herber Browne, a arrancar de la pared en las oficinas de un periódico las fotografías del Duque y la Duquesa de Windsor, fué sin duda el que movió al Obispo de Bradford a denunciar el camino de frivolidad porque se iba deslizando la Corte; fué este sermón del Obispo de Bradford el que trajo a la luz pública el affaire Simpson y precipitó en unos cuantos días la crisis constitucional que aventó a Eduardo del trono para posarlo en los brazos de Wallis en Cande. Ese mismo debe haber sido el impulso que alentó al Arzobispo de Canterbury a denunciar como contrario a los buenos hábitos británicos el sistema de vida del grupo cosmópolita que rodeaba al hoy Duque de Windsor.

Cuando algún «Octaviano» escriba la historia del derrocamiento de Eduardo VIII, como ellos lo llaman, bien puede que la titule «La Conspiración de los Obispos»; y acaso al historiador imparcial tendrá que destacar considerablemente también el papel que la Iglesia jugó en la tragomedia de hace poco más de un año. Pocos países hay en el mundo hoy día donde la Iglesia ejerza una influencia mayor a la vez política en el gobierno moral sobre la masa de la población y desde que la Iglesia Anglicana dijo «anatema» en el affaire Simpson podía darse por descontado que el Rey siendo Rey no se casaría con la señora Simpson.

Los «Octavianos» son ese grupo insignificante y a ratos patético que han tomado a su cargo la tarea de mantener vivo en el alma nacional el recuerdo de Eduardo. Acaban de reunirse para celebrar el 22 de enero, el segundo aniversario del acceso de Eduardo al trono del cual nunca salió para coronarse; eran 150 y no había más cara conocida que la del Reverendo Anderson Jardine, el oscuro clérigo de aldea que fué a oficiar en el matrimonio de Cande. Estos «Octavianos» soportan las burlas hoy; están seguros de que el «día llegará» en que Inglaterra tendrá que llamar a Eduardo a regir otra vez sus destinos.

«Estoy convencido de todo corazón,—dijo el Reverendo Jardine en el mitin octaviano—de que si hubo jamás una mujer que pudo haberse sentado en el trono de Inglaterra, esa fué la Duquesa de Windsor; ella habría mantenido las más altas tradiciones». Ahí está la discrepancia entre el modesto cura de aldea y la alta jerarquía anglicana. A los obispos no les parece que una dama divorciada dos veces y con dos ex-maridos vivos y los dos casados por tercera vez como ella misma, fuera exactamente la tradición a menos que el sencillo Reverendo Jardine esté pensando en la de Enrique VIII.

«La fantástica cuenta de matrimonios y divorcios entrelazados que siguieron y produjeron al tumultoso enlace de Wallis Warfield con el Duque de Windsor,—escribe Ruth Reynolds—es una rica veta para los que se ocupan de estudiar las causas de los fracasos matrimoniales. La Duquesa y dos de sus maridos Eral Winfield Spencer y Ernest Simpson han tenido tres cónyuges cada uno. No menos de una docena de otros hombres y mujeres en esta jaula de ardillas de matrimonios y divorcios han sido casados a lo menos dos veces. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre con estos hombres y mujeres que les impide contentarse con un matrimonio? ¿Qué vida es la que esta gente ha hecho? ¿Qué clase de gentes son? ¿Qué clase de vida matrimonial han hecho? ¿Son todos víctimas de ese adagio sobre la fruta del cercado ajeno, puesto que todas las parejas envueltas en este lío matrimonial han sido amigas de mucho tiempo ¿Cualquiera que sea la explicación, estos hechos se destacan: Casi todos los matrimonios fueron sin hijos; los contrayentes o no podían o no querían tenerlos. Todos eran de alta cultura y educación. Casi todas las mujeres eran inclinadas a la vida de sociedad; no creyeron necesario o conveniente trabajar en el hogar o fuera del hogar. Todas ellas se movían en el mundo joven, alegre y cosmopolita; se consideraban gente bien. La mayoría de las actuantes en busca de lo que creían su felicidad han sido desgraciados. Todos fluctúan ahora entre los 40 y los 50 años de edad. Las tres familias principales, los Simpson, los Spencer y los Raffray, fueron en un tiempo amigas íntimas. La baraja de corazones que ha habido entre ellos los ha dejado corteses unos con otros pero en condiciones que apenas se hablan».

Este es el cuadro que Miss Reynold ofrece a los investigadores del régimen matrimonial, y es sin duda en el que tuvo la mente la Iglesia Anglicana para oponerse a que este grupo de gente llegará a ser el grupo de la Corte de Buckingham. A ratos los militantes Obispos admiten que han llegado a límites no muy cristianos en esta cruzada. El Arzobispo de Canterbury dió públicas explicaciones cuando en un sermón se pasó de palabras; el doctor A. W. F. Blunt, Obispo de Bradford, que encendió la mecha del episodio histórico, está enfermo con sus nervios deshechos por efecto de sus deudas de conciencia. En una reciente visita al Canadá dijo sin embargo: «Tomé el riesgo en razón del peligro que el silencio sobre este asunto estaba envolviendo para la Corte y para el Imperio». Y el Obispo de Bermuda acaba de enviar a los diarios «Royal Gazette» y «Clonist» (Bermuda) en cuyas oficinas cogió las fotografías que lo escandalizaron una carta que es una joya de arrepentimiento y de humilde contrición. El Obispo arrancó las fotografías de la pared de la oficina de una Miss Stowell donde estaban bajo el letrero: «Ahora son felices». La muchacha dueña de las fotografías siguió al Obispo protestando hasta su propia casa donde el dignatario le dijo: «Estas fotografías son una vergüenza».

La declaración oficial del Obispado dice: «El (el Obispo) se da cuenta de que no tenía derecho alguno para este acto arbitrario y que el propio procedimiento habría sido llamar la atención de los Directores del diario sobre la impropiedad de que tales cosas se exhibieran en las oficinas de un periódico que tiene un gran sitio en la vida de la Colonia y que además se distingue con el título de Real «Royal». Pero si se necesitaba una protesta no hay excusa posible por la forma en que se llevó a cabo, especialmente tratándose de una persona de quien debe esperarse que de un ejemplo de conducta ordenada y correcta y el Obispo puede decir que se condena a sí mismo con tanta severidad como otra persona alguna ha podido condenarlo».

¿HUMANITARISMO o COSTUMBRE?

Los bomberos voluntarios de Orofino, Estado norteamericano de Idaho, votaron el mes pasado una huelga con «sit-down», esto es, con ocupación del cuartel, a raíz de que una reunión de contribuyentes había rechazado un proyecto de empréstito municipal para comprar nuevo equipo al cuerpo.

Sin embargo, dos días después se produjo un principio de incendio en el hospital local y en cuanto sonó en medio de la noche la sirena llamando a los bomberos, que, como suele en los cuerpos voluntarios, se encontraban entregados al descanso, ni uno solo dejó de responder instantáneamente, y cinco minutos después del toque estaban los huelguistas en el cuartel listos para salir hacia el lugar del siniestro.

La prensa elogió mucho ese rasgo de humanitarismo, pero a nosotros se nos ocurre que quizás un psicólogo especializado en la influencia de los hábitos en la conducta diría que los huelguistas no hicieron más que responder a la fuerza de la costumbre.

M.E.C.D. 2016

Una foto histórica de un destacamento del ejército blanco avanzando por los campos del Caucaso durante la guerra civil.

Gobierno. Este hombre, dotado de cualidades excepcionales y poseyendo una experiencia considerable en la materia, logró llegar a descifrarlo. Yo le entregué el telegrama el 25 de agosto de 1920, y él me lo devolvió descifrado el 15 de septiembre».

He aquí el texto, al cual hemos ya antes hecho referencia: «Haced saber a Sverdloff que toda la familia ha corrido la misma suerte que el jefe de ella. Oficialmente habrá perecido durante la evacuación.» Dada la importancia extrema de este telegrama que constituye la confesión oficial del crimen, Sokoloff ha expuesto minuciosamente el mecanismo empleado para descifrarlo. Contentémonos con dar aquí el resultado que completaba definitivamente la investigación de Ekaterimburgo.

Ya era tiempo de que así sucediera. El ejército soviético se hallaba a las puertas de Ekaterimburgo y el hundimiento del frente Koltchak era inminente. En efecto; poco tiempo después se producía, y al mismo tiempo Koltchak caía en manos de los bolcheviques y era fusilado.

Nicolás Sokoloff se encontró entonces en una situación terrible, y sólo mediante prodigios de energía logró llegar a Kharbin. Queriendo a toda costa salvar los expedientes de la investigación y los restos de la familia imperial, se dirigió, en febrero de 1920 al embajador de Inglaterra en Pekín. Mr. Lampson, pidiéndole que se encargara de hacerlos transportar a Europa. El embajador juzgó el asunto demasiado grave para tomarlo bajo su exclusiva responsabilidad, y telegrafió a Londres pidiendo instrucciones. El 19 de marzo, Mr. Sley, cónsul británico en Kharbin, comunicó la respuetsa a Sokoloff: el Gobierno inglés rehusaba. Esta respuesta incomprensible es el primero de una serie de extraños acontecimientos a través de los cuales han atravesado desde entonces esas trágicas reliquias.

El mismo día, Sokoloff y el general Dietrich, comandante en jefe de las tropas rusas, se presentaron ante el general francés Janin, quien acababa de atravesar la Siberia en revolución, con veinte mil hombres de tropas aliadas y checoslovacas, haciéndole la misma petición al embajador de Inglaterra. El general Janin respondió inmediatamente que consideraba la misión que se le confiaba como una deuda de honor para con un aliado fiel. Gracias a él, todo fué puesto en salvo y transportado a Francia, vía Shanghai, a bordo del barco francés «Armand Behic».

Tres valijas llenas de documentos y un cofre conteniendo las reliquias de la familia imperial, le fueron entregados en Kharbin por Nicolás Sokoloff, en presencia del general Dietrich, y de M. Gilliard, antiguo preceptor del zarevich, para ser depositados en las propias manos del gran duque Nicolás, tío del zar.

La llegada de las reliquias a Francia

Llegado a Europa en junio de 1920, el general Janin dió parte al gran duque Nicolás de la misión que se le había confiado. Este último, envió al general su ayuda de campo Dimitrieff, antiguo agregado de la embajada imperial en París, para decirle que se consideraba como una persona privada y que no se creía calificado para aceptar aquel depósito, que era un asunto de Estado Esta respuesta puede ser calificada, al menos, como extraña, dado que el gran duque era el tío del zar, que había sido comandante en jefe en el frente ruso y que era el jefe tácito de los emigrados rusos.

El general Janin respondió que el había recibido instrucciones precisas de entregar los documentos al gran duque personalmente, y que no podía entregarlos a otra persona, sin instrucciones al respecto del mismo gran duque. El general instaló, pues, en su casa, en Serre-Izard, cerca de Grenoble, una pequeña capilla ardiente en la que fueron depositados los restos imperiales Después esperó.

Al cabo de cinco meses recibió del gran duque Nicolás las instrucciones necesarias para entregar todo a M. de Giers, antiguo embajador en Roma. El gran duque estimaba que se trataba de un asunto de Estado en el cual él, simple particular, no tenía derecho de mezclarse, en tanto que M. de Giers, decano del cuerpo diplomático imperial y a quien se podía considerar como estando todavía en funciones, parecía el más indicado para ocuparse de ello.

Secreto impenetrable

Partir de este momento, el general Janin ignora lo que ha sucedido con los documentos y las reliquias imperiales, y por todas partes el misterio se hace más denso.

En septiembre de 1920, Robert Wilton, que, junto con Mr. Gilliard, había colaborado en la investigación de Sokoloff, publicó los primeros resultados de ella en un libro intitulado «Los últimos días de los Romanoff» («The last days of the Romanoffs»). Robert Wilton era corresponsal del «Times» en Rusia. Este libro puso fin a su carrera de periodista, sin que se sepan exactamente las razones, y en 1925 murió en París en difíciles circunstancias económicas.

De vuelta a Francia, Nicolás Sokoloff fué albergado en Salbris, pequeña comuna del Loire, por el príncipe Orloff, pariente por parte de su mujer, de la familia imperial. Gracias a él la investigación oficial pudo ser publicada. Sokoloff murió en 1924 y pudo ser enterrado en el pequeño cementerio de Salbris. Sobre su tumba están escritas estas palabras conmovedoras: «Tu verdad es la verdad eterna».

Según un artículo publicado en la Prensa parisiense, el capitán Elwin, del «Intelligence Service» inglés, interceptó en Salónica un despacho dirigido a un importante Banco de Roma, despacho que se refería a la revolución bolshevique y al drama de Ekaterimburgo. Dicho oficial fué arrestado poco después por orden de sus jefes y dejado en libertad, gracias a la intervención de lord Methuen, Gobernador de Malta. Tales hechos han sido revelados más tarde por Lord Davol lo cual le valió casi una acusación de alta traición. Los secretos de Estado son temibles y pesadas sus consecuencias.

Más la sombría odisea no se acaba todavía ahí.

El silencio de M. de Giers

M. de Giers recibió en depósito, como antes hemos dicho, las preciosas reliquias, y hasta su muerte nadie supo lo que había pasado con ellas. M. de Giers se negó siempre formalmente a entregarlas a los parientes cercanos del zar que se las reclamaban. Reconocía haber recibido las reliquias de la familia imperial, pero rehuía toda explicación complementaria y se rehusaba a confirmar su autenticidad.

Dicha declaración podría dejar subsistir dudas acerca del valor de la investigación de Sokoloff. Pero, basta a cualquiera con leer el texto, para darse cuenta de que ha sido llevada a cabo con absoluta seriedad y que es un modelo de precisión y de objetividad. Así lo han reconocido personas momo el general Dietrich, exgeneralísimo en Siberia; Robert Wilton, corresponsal del «Times» y M. Gillard, antiguo preceptor del zarevich.

El general Denikin, jefe supremo de los ejércitos blancos, después exilado en Paris

Sokoloff ha ignorado hasta su muerte la suerte que habían corrido los objetos entregados a M. de Giers. «Un pesar profundo, escribe el príncipe Orloff, minaba, devoraba a este desgraciado. El y yo hemos hecho lo imposible por saber lo que había sucedido con los restos, pero hemos tropezado con una infranqueable muralla de silencio». Entonces el juez Sokoloff ha escrito su libro. Lo ha escrito para que la posteridad sepa, al menos, de una manera cierta, lo que las nobles víctimas han sufrido en los sótanos de esa horrible y lejana «casa de destinación especial», de la antigua Ekaterimburgo.

Durante varios años el misterio permaneció impenetrable. Corrían extraños rumores: se decía que M. de Giers guardaba las preciosas reliquias en los sótanos de su casa entre una damajuana de vino y una cubeta de carbón. Otros temían que estuviese afiliado a la Francmasonería, y sospechaban que hubiera hecho desaparecer todas las pruebas del Crimen de Ekaterimburgo para borrar hasta el recuerdo de la tradición imperial rusa. Los supervivientes de este drama histórico murieron unos después de otros, y el fin de M. de Giers, sobrevenido en diciembre de 1932, pareció poner término a toda esperanza de solución del enigma.

Quedaba por resolver el problema final: ¿Qué ha sucedido con los restos de la familia imperial y los expedientes de la investigación confiados a M. de Giers? ¿Han sido destruídos como algunos temían? ¿Existen todavía y se les conserva con la veneración que conviene a las reliquias de mártires históricos? Si es así, ¿quién los guarda y en dónde?

La solución del enigma, las reliquias están todavía en Francia

Para llegar a elucidar esos puntos, fueron necesarias largas y difíciles investigaciones que duraron varios meses, y que fueron hechas en Francia y en el extranjero. Yo he interrogado personalmente a la mayor parte de los que se han hallado mezclados a esta tragedia y que viven todavía. Poco a poco fuí eliminando a los que nada sabían; aquellos, en cambio, que poseían algún hilo conductor que pudiera serme útil, me lo participaban de buena gana, deseosos ellos mismos de llegar a descubrir la verdad.

En definitiva, la declaración siguiente, que estoy autorizado para reproducir, me ha sido hecha por uno de los más altos personajes de la emigración monarquista rusa, en presencia de dos testigos, de los cuales uno ostenta un nombre de los más antiguos e ilustres de la historia de Rusia: «Los restos del asesinato de Ekaterimburgo no ha sido destruídos» no se hallan ni en un sótano, ni en la caja de seguridad de un Banco, como se ha dicho: Se hallan guardados en un recinto con la veneración que conviene. Tres personas en total conocen el secreto. El que tiene la custodia oficial de las reliquias de la familia imperial es S. E. M. Maklakoff, el último de los embajadores de Rusia en Francia quien sucedió a M. de Girs, bajo el Gobierno provisional de Kerensky. En caso de muerte de M. Maklakoff se han tomado todas las precauciones para que sea uno de los otros dos quien lo suceda: y varias copias fotográficas de los expedientes de la investigación se encuentran depositadas en lugar seguro en Francia y en el extranjero. M. X..., «aquí presente, es una de las tres personas».

El testimonio de quienes así me hablaban tiene tanto más peso, cuanto que se cuentan entre los dirigentes del partido monarquista ruso, y que no comparten las ideas políticas de M. Maklakoff, representante en Francia

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En el que me ausento a destiempo

Al amanecer me despertó un individuo de la guardia.

—Capitán Percy, el gobernador desea veros. Es asunto urgente.

En un abrir y cerrar los ojos me vestí y acudí a la llamada de Sir Jorge Yeardley. Mi amigo Rolfe y Mr. Pory habían llegado antes que yo.

—Capitán Percy—me dijo el gobernador—. Vuestra mala opinión sobre los pieles-rojas es muy justificada. Acaba de llegar un correo enviado por los plantadores blancos establecidos en el territorio de los Paspheghs. Por un motivo de los más fútiles, esos miserables han asesinado a uno de los nuestros. Los parientes de la víctima quisieron vengar inmediatamente el tentado, han corrido ríos de sangre india y hay gran efervescencia entre los pieles-rojas. A veces habéis conseguido hacerlos venirse a razones. Prestad una vez más ese servicio a la Colonia. Tomad doce hombres, rogad a nuestro común amigo Rolfe, que os acompañe y marchad en busca de Opechancanough. Aunque manda una tribu de Chickakominis, los Paspheghs reverencian su nombre y reconocen su autoridad. Rogad al poderoso jefe que intervenga en favor de la paz. Pero apresuraros. El correo llegado esta mañana ha sorprendido en el camino unos grupos de guerreros Paspheghs, pintándose el cuerpo de negro y amarillo, cosa, que como sabéis, es señal de guerra sin cuartel... Si los Paspheghs se ponen en campaña, les imitarán todos los pieles-rojas de Virginia y ¡figuraos las calamidades que sobrevendrán! Por lo tanto, capitán Percy, obrad con diligencia. La misión es digna de vos.

Me incliné sin preguntar más detalles y convine una reunión con Rolfe. Al volver a mi casa, a toda prisa, me encontré a Pory. Le tenía mala voluntad desde que vi su extraño comportamiento en el duelo con Lord Carnal, pero, no obstante, aguanté su compañía. Marchábamos en silencio. De pronto, al doblar una esquina, se ofreció un trozo de mar a nuestra vista. El «Santa Teresa», empequeñeciendo con su masa la de los navíos que le rodeaban, parecía ocupar todo el puerto. El espectáculo nos hubiera traído a la memoria el recuerdo de Lord Carnal, si hubiera sido preciso, pero ¡ay! hacía seis meses que aquel noble era mi única preocupación. Pory me miró y al llegar o la puerta de su casa me puso una mano en el hombro diciendo:

—Capitán Percy, sé que me guardáis rencor y que me consideráis como un adversario. Sin embargo, permitidme que os dé un consejo precioso que os demostrará que mi afecto hacia vos no ha decaído.

Tendió la mano en dirección del puerto y señalando la casa habitada por el «mignon» del rey, añadió:

—¡Capitán Percy, tened cuidado con el gentilhomebre inglés y tener cuidado con el doctor italiano!

Llegué a toda prisa al domicilio de Sparrow. Todo el mundo estaba durmiendo, menos Diccon a quien encontré en la cuadra echando el pienso a mi caballo.

—Ensilla en seguida—ordené—. Han llegado malas noticias del interior. Los Paspaheghs se agitan y voy con mister Rolfe a llamarles al orden.

—¿Me llevaréis, mi amo?—preguntó Diccon, cuyos ojos se escandilaban ante la idea de una expedición belicosa.

—No—repuse resueltamente—. Hoy no te llevo. Además, mi ausencia será corta. Te dejo en Jamestown, pero con una misión de confianza. Cuidarás de mi esposa como de mi bien más preciado, recordando que su vida me importa cien veces más que mi propia existencia. Ayer por la noche la prometí llevarla al bosque, pero durante mi ausencia no quiero que salga de casa. Los Paspaheghs no son en este país mis únicos adversarios. En el mismo Jamestown, esta mi esposa rodeada de peligros. Acuérdate, Diccon, de que me respondes de ella con tu cabeza. Te doy una gran prueba de confianza encargándote de velar por su existencia.

Diccon se puso rojo de satisfacción. Irguióse y llevándose la mano a la frente hizo nuestro antiguo saludo militar.

—Sabré justificar esa confianza, mi capitán—respondió.

Subí a mi cuarto y me equipé de pies a cabeza.

Interrogué a Angela, la doncella negra de mi esposa. Con su lengua, mitad inglesa y mitad española, me dijo que su ama dormía aún. Hubiera sido cruel despertarla. Encargué a Angela que la explicase la causa de mi precipitada marcha y fuí en busca de Sparrow. No estaba. Había sido llamado durante la noche para asistir a un enfermo que agonizaba de fiebre en una aldea a pocas leguas de Jamestown. Volvería, según me dijeron, aquel mismo día. De este modo se abreviaba considerablemente la escena de despedida. Volví a recomendar cariñosamente a Diccon que velase por mi tesoro, monté a caballo y llegué a trote largo a la plaza donde debía encontrar a mi amigo Rolfe con los doce hombres de la escolta.

Para llegar al pueblo indio donde reinaba Opechancanough con toda su gloria, tenía que seguir un camino que serpenteaba entre el bosque. Las selvas de Virginia se componen de árboles rectos y de mucho follaje, pero muy espaciados, por cuya razón se puede correr mucho sin peligro. Rolfe y yo nos pusimos a la cabeza del pelotón y emprendimos el galope. Alrededor de nosotros, sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies donde las hojas caídas formaban una gruesa alfombra, la selva, en nuestra vertiginosa carrera parecía una masa confusa de amarillo y rojo de sangre.

Aquella misma mañana llegamos al fin de nuestro viaje.

El «emperador» Openchancanough, como le llamaban sus fieles guerros, nos hizo saber que recibiría nuestro mensaje al mediodía. Mientras esperábamos ordenó que se nos sirviese de comer y de beber y mandó que se ejecutase en nuestro honor una danza guerrera. Doce soldados empenachados danzaron al son de una orquesta estrepitosa. Al pie de

un gomero estaban las tres mujeres del jefe pintadas, tatuadas y cargadas de collares y de brazaletes.

Concluída la comida, vino a saludarnos Nautauquas, sobrino de Opechancanough. Tenía una figura rara y al mismo tiempo simpática. Yo había tratado muchas veces con él, en nombre del Gobierno de Virginia, en el curso de las incesantes dificultades que surgían entre los indios y nosotros. Contra lo que me ocurría con Opechancanough, Nautauquas me había parecido siempre un hombre de lealtad perfecta y de absoluta buena fe. Este salvaje poseía la bravura, la cortesía y la caballerosidad de un cristiano del tiempo de las Cruzadas.

Nos saludó con cordialidad.

—Openchacanough—dijo con su aire solemne habitual—espera a mis hermanos blancos en su vivienda. Voy a conducirlos ante él.

Echó a andar delante de nosotros, y cuando hubimos llegado ante la morada del jefe, separó la manta que cerraba la puerta y nos guió a través de un dédalo de pequeñas habitaciones sombrías. Al descorrer la última cortina nos encontramos en presencia de Opechancanough.

El emperador se hallaba medio echado en un lecho cubierto de pieles y de telas raras. Llevaba al cuello tres sartas de piedras preciosas y sobre los hombros un rico manto de piel de nutria. En honor nuestro se había puesto sus armas de ceremonia. En su cintura relucía una larga hacha y unos finos cuchillos con el mango lleno de piedras preciosas| Levantóse para darnos la bienvenida. Lucía sobre la frente una corona de plumas. Su estatura era de coloso. Verdaderamente el emperador tenía aire de gran señor. Pero su mirada no había ganado en franqueza desde nuestra última entrevista y resolví estar más alerta que nunca.

En un lenguaje muy mesurado, pero perfectamente claro y preciso, Rolfe expuso al gran jefe el último crimen de los Paspaheghs y le rogó emplease su influencia para mantener la paz entre sus súbditos y nuestros compatriotas. Con una sonrisa indefinible, Opechancanough respondió:

—Mis amigos blancos pueden irse tranquilos. Los Paspaheghs han depuesto sus armas y lavado sus cuerpos que habían comenzado a pintarse para la guerra. Si mis hermanos blancos atraviesan el territorio Paspaheghs encontrarán por todas partes indios dispuestos a ofrecerles la pipa de paz.

Rolfe se volvió hacia mí con expresión de asombro.

—He enviado mensajeros a mis vecinos—continuó el emperador—, y los Paspaheghs han escuchado mi voz. Sus pueblos están en estos momentos tan tranquilos como esta fiera que tengo a mis pies

Y Opechancanough señalaba con el dedo una pantera echada sobre una alalfombra.

La comparación me pareció más exacta de lo que él pensaba.

Rolfe dió las gracias al emperador por su intervención pacificadora.

—¿No es Opechancanough amigo de los blancos?—preguntó el jefe piel-roja con aquel aire ambiguo que me llenaba de inquietud—. Algún día hará Opechancanough más todavía por sus hermanos blancos de Virginia.

Nos retiramos acompañados de Nautauquas. Nuestra escolta nos esperaba a la salida del pueblo. Montamos a caballo y tomamos el camino de Jamestown con el mismo trote rápido que habíamos sa ido. A dos leguas de la villa torcimos a la izquierda e hicimos un breve alto en el fuerte que se había construído allí, precisamente para vigilar a los indios. Se nos confirmó la noticia dada por Opechancanough. Los Paspaheghs habían enviado mensajeros de paz a los alrededores y todo estaba tranquilo.

Mi misión se terminaba más pronto de lo que me hubiera atrevido a esperar. No se me esperaba tan pronto en Jamestown y sir Jorge Yeardley se mostró muy sorprendido al recibir tan buenas noticias. Al salir de casa del gobernador vi a lord Carnal pocos pasos delante de mí. Tosí, volvió la cabeza y vi claramente que mi presencia en aquellos lugares y a aquellas horas le causaba gran sorpresa. Apoderóse de mi mente una vaga inquietud y me dirigí rápidamente a casa del pastor. El reverendo Jeremías Sparrow salió a mi encuentro.

—¿Qué?—me preguntó—. ¿Se ha restablecido el orden entre los pieles-rojas...? ¿Sí...? ¡Vamos, me alegro! No dejaba de inquietarme. Mi querido capitán, vos sois mejor juez que yo de los actos de vuestra esposa, pero en verdad yo en vuestro sitio la hubiese negado el permiso para aventurarse en la selva en días tan poco tranquilos.

—¡Cómo!—exclamé—. ¿No está en casa mi esposa?

—No—declaró Sparrom—. Salió antes del mediodía acompañada de Diccon y de Angela. Iban a pasar el día en el bosque.

Humedeció mi frente un sudor de angustia. Los objetos bailaban ante mis ojos.

—¡A caballo, Sparrow, a caballo! Presiento una desgracia. Había ordenado a Diccon que no permitiese salir de casa a mi esposa.

El pastor alzó sus grandes brazos al cielo. Le ayudé a ensillar una yegua a toda prisa, monté en mi caballo y nos dirigimos a la selva al galope. Examiné ansiosamente el horizonte. Al mirar hacia atrás desde lo alto de una colina me llené de terror. ¡El «Santa Teresa»

M.E.C.D. 2016

no estaba en el puerto de Jamestown! Comuniqué esta observación al pastor sin ocultarle que la desaparición del navío inglés redoblaba mis inquietudes.

—El «Santa Tesera»—repuso—remontó el río esta mañana. Le ví avanzar con lentitud y prudencia contra la corriente. No debe de estar lejos de aquí.

—¿Mas, por qué ha salido de Jamestown?—pregunté.

El pastor no supo qué contestarme, pero de común acuerdo espoleamos a los caballos.

CAUITULO II

En el que recorremos una selva llena de sorpresas

Ante nosotros se extendía la selva hasta perderse de vista. ¿Hacia qué punto dirigíamos nuestras investigaciones? Conocía bastante a Jocelyn para saber que temía los caminos penosos, el barro que mancha y las espinas que desgarran la ropa. Por lo tanto, decidimos seguir el camino principal y la casualidad facilitó nuestra empresa. Llevábamos un cuarto de hora cabalgando bajo los árboles cuando se ofreció a nuestra vista un espectáculo revelador. Bajo un macizo de zumaques, la alfombra de musgo presentaba rastros de lucha reciente. El suelo estaba lleno de huellas de pesados zapatos y cubierto de hojas de zumaque arrancadas y rotas. Mirando más de cerca ví una mancha de sangre en una rama y por último, a pocos pasos de distancia encostré un broche roto que conocí en seguida por haberlo visto muchas veces en el cuerpo del vestido de Jocelyn. No era posible la duda. Mi mujer había caído en una trampa.

Con el corazón oprimido di parte de mi descubrimiento a Sparrow, pero el pastor, poniéndose un dedo en la boca, me mostró un claro del bosque a unos cincuenta metros de distancia. No había yo vivido en vano trece años en un país de selvas. Sabía escuchar y sabía ver. Me incliné y ví a Lord Carnal que parecía acechar, con los ojos fijos en una senda, la llegada de un cómplice. Avanzamos lentamente llevando de la brida los caballos. Al legar a unos diez pasos del favorito, hicimos alto. Acariciamos a los caballos en la cruz, según la costumbre en Virginia, para que no relinchasen. Reinaba un silencio de muerte. Dominaban mi corazón la angustia y el odio, pero me dominé y tanto mi compañero como yo permanecimos inmóviles, escondidos detrás de los troncos de los árboles. Aun no habían transcurrido diez minutos cuando vino el lacayo a reunirse con su amo.

El doctor Nicolo llegaba de puntillas casi, deslizándose entre los árboles.

—Milord—dijo—el doctor Nicolo felicita a Vuestra Señoría por el nuevo éxito que acaba de alcanzar.

—Habla pronto—repuso el milord—y háblame de ella.

—A tres millas de aquí—respondió Nicolo—a lo largo del río y con un ancho de unas dos millas se extiende un pinar. Los árboles crecen allí tan apretados que reina un crepúsculo eterno. Hace diez años fué asesinado en ese pinar un plantador. Sir Thomas Dale el gran justiciero de Virginia descubrió al asesino, le mandó encadenar a un árbol en el lugar mismo del crimen y lo dejo perecer de hambre y de frío en la soledad. Esta ejecución sumaria aterrorizo en otro tiempo a todos los habitantes de Jamestown. Cuéntase que los espíritus de la víctima y del asesino vagan al caer la tarde por el fúnebre bosque y no hay quien se atreva a penetrar en él. Allí está, Joselyn estrechamente vigilada por cuatro hombres de la tripulación de «Santa Teresa» esperando que llegue un bote para ir a bordo.

Lord Carnal se echó a reir.

Nicolo, mi querido Nicolo, eres un hombre entre diez mil.

Después se tornó silbante su voz al añadir:

—*Pero ese bello cuadro tiene una fea sombra. El marido, el odioso marido, ha regresado antes de lo que esperábamos. Lo encontré en la villa saliendo de casa del maldito Yeardley, a quien el diablo se lleve. A estas horas se habrá enterado el capitán Percy de la ausencia de su mujer y debe de andar buscándola. Daría mis más bellos rubíes por saber si está todavía en Jamestown o si ha venido ya a la selva.*

—Ha venido a la selva—dije presentándome.

Lord Carnal, al verme, se quedó como una piedra. El rostro de su cómplice permaneció impasible, pero aun cuando no soplaba un pelo de aire, la pluma de su sombrero temblaba visiblemente. Era la única muestra que traicionaba el estado de su alma.

Sparrow se arrojó sobre Nicolo, le tiró al suelo y después, con admirable serenidad, le ató de piez y manos con las bridas del caballo. Lord Carnal puso mano a la espada.

—He jurado, milord—declaré—no esgrimir mi espada contra vos y cumpliré mi palabra, pero nada nos impide luchar de otra manera.

Al decir esto, cogí a Lord Carnal y traté de hacerle caer de rodilla, pero durante unos minutos me opuso una resistencia desesperada. Sin embargo, conseguí dominarle y Sparrow me tendió las bridas de mi caballo con las cuales maniaté sólidamente a mi adversario. Después le puse de pie con infinitas precauciones. Por sus labios exangües se desbordaba una espuma blanca. Si aquel hombre me hubiese mordido hubiera tomado mis precauciones. Le oligué a apoyarse en un árbol y le até solidamente al tronco. Después le desenvainé la espada y la clavé en el suelo ante él.

—No soy Thomas Dale—declaré—ni quiero mataros. Bastante tenemos en este país con un bosque trágico. Por toda venganza me contento con atar a Vuestra Señoría a este árbol y para colmo de generosidad le pongo al alcance de la mano el nudo. Vuestra Señoría puede entretenerse en deshacerlo. Ese nudo me lo enseñó a hacer un indio. Suelen tardarse dos o tres horas en desatarlo, pero la perseverancia lo consigue todo; bien lo sabe Vuestra Señoría y sabrá también devolveros la libertad. En cuanto al señor Nicolo puede serviros y, por lo tanto, nos lo llevamos. Muy buenas tardes, milord.

Me incliné profundamente ante mi víctima y monté a caballo. Sparrow, con su prisionero bien cogido con la mano izquierda y asiendo con la derecha la brida del caballo, iba ya delante de mí. Picamos espuelas y salimos al galope. Yo no volví la cabeza, pero oí a Lord Carnal gemir, jurar y maldecir y no tengo más remedio que declarar que aquel concierto de imprecaciones me sonaba en los oídos más agradablemente que la música más exquisita.

Echamos pie a tierra en el lindero del pinar. Atamos las monturas a dos árboles quitamos las ligaduras de las piernas al doctor Nicolo y nos internamos en el bosque. La atmósfera era allí pesada y fresca a la vez. Reinaba una obscuridad completa y no turbaba el silencio glacial el canto de un solo pájaro. Al doctor Nicolo le pusimos delante para que nos sirviese de guía. Remontamos el sinuoso curso de un río de aguas muertas, de corriente apenas sensible. El crepúsculo avanzaba y no se veía nada a diez metros de distancia. Al cabo de un cuarto de hora en marcha se detuvo el médico italiano. Sus manos, fuertemente atadas, le impedían hacer ninguna seña y nos indicó con la cabeza que mirásemos a la derecha. Nos acercamos a paso de lobo teniendo cuidado de resguardárnos con los troncos de los grandes pinos y no tardó en llegar a nuestros oídos un confuso murmullo de voces. Avanzamos unos pasos y con la moribunda claridad del día vimos, a través de un montón de ramas, tres rostros muy conocidos. La joven en cuya busca íbamos yacía, como una flor cortada, en el suelo. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir. A sus pies se hallaba su esclava negra inmóvil, impasible. Apoyado contra un tronco vimos a Diccon con las manos atadas atrás. Cuatro marineros de Lord Carnal vigilaban a los prisioneros y de vez en cuando echaban una mirada al negro río de orillas misteriosas por donde debía llegar el bote del «Santa Teresa».

Las voces que habíamos oído eran de Diccon. Mi criado contaba a sus guardianes, con el tono patético de un cómico consumado, la horrible ejecución que recordaba el pinar.

—Entonces, Sir Thomas Dale mandó encadenar el asesino a ese árbol, a ese mismo árbol a cuyo pie estáis sentado, (el marinero así interpelado) hizo una mueca y cambió de sitio). Después mandó perforar la lengua del culpable con un punzón. (En el auditorio se produjo un murmullo de espanto). En seguida se abrió una fosa a los pies del asesino, se puso en ella el cadáver de la víctima y se cubrió de tierra y de hojas secas. La sepultura se hallaba en el mismo sitio donde estáis vos.

—¡«Goddman»!—exclamó el individuo a quien Diccon miraba al expresarse de esta suerte y levantándose precipitadamente se apresuró a cambiar aquel lugar histórico por otro menos ilustre, pero más tranquilo.

—Entonces—continuó Diccon con solemnidad creciente—, entonces Sir Thomas Dale y su gente se retiraron para siempre de este bosque maldito. En aquel tiempo no reinaba, como ahora, una obscuridad eterna, pero a partir del día del suplicio el sol no volvió a atravesar el toldo de los pinos. Tinieblas opacas se extendieron por la selva... ¡Ved qué obscuro es este bosque infernal! ¿Sentís el frío que hace? Este aire es en verdad tan frío como la muerte.

Los marineros del «Santa Teresa» daban diente con diente al escuchar el relato de Diccon. ¿Por qué razón empleaba el ingenioso narrador tan terrorífico lenguaje? Debía de tener algún plan y no tardé en verlo. Poco a poco, mientras hablaba, se había ido desatando las ligaduras. Ya tenía libre la mano derecha.

Esto pasó hace diez años—prosiguió—. Desde entonces no ha puesto nadie los pies en esta selva. Este lugar maldito está en poder de los espíritus. Estos lugares son visitados por dos fantasmas que todas las noches vienen a reunirse en una especie de aquelarre infernal: el asesino y el asesinado. El ruido de sus quejas y de sus querellas llega a veces hasta las cercanas granjas llenando de terror los corazones mejor templados... ¡Dios nos ayude! ¿No veis abajo una forma luminosa?

No había tal «forma luminosa» en el pinar, pero los hombres de Lord Carnal, sabía y gradualmente preparados por Diccon, declararon, juntamente unos con otros que veían perfectamente un fantasma misterioso.

De pronto sonó un grito terrible y quejoso en el bosque:

—¡Al de mí! ¡Sir Thomas Dale! ¡Ay de mí!

La voz parecía lejana, sepulcral y como ahogada por sollozos. Si los espectros hablan, éste era el tono en que deben hablar. Declaro sinceramente que, por espacio de un momento, me quede sorprendido, si no espantado. Pero no tardé en comprender que se trataba de una estratagema y que Diccon había encontrado un aliado en la persona de Jeremías Sparrow. Mi compañero abría a medias la boca y por efecto de no se qué habilidad su voz parecía venir de los cuatro costados de la selva.

—¡Ay de mí! ¡Este punzón que me horada la lengua! ¡Ay de mí!

Los cuatro bandidos, aterrorizados se habían puesto de rodillas y uno de ellos aullaba como una fiera. Diccon, aguerrido por la vida de aventuras que había llevado siempre, sólo manifestaba una gran sorpresa y se dedicaba a concluir de desatarse, sin que lo advirtiesen sus aterrorizados guardianes.

(Continuará en el próximo número.)

Las Cenizas de la Familia ROMANOFF, Asesinada en Siberia, están en Francia

LAS escenas terribles de la Casa Ipatieff, donde fué asesinada por las turbas rojas la familia imperial de Rusia, cobran nuevo vigor ahora con el relato de las vicisitudes de sus restos mortales, que al parecer están en Francia. Un escritor francés, León de Poncins, después de declarar que su relato es un fragmento trunco del diario o anotaciones relativas a este asunto, que hiciera uno de los interventores en el traslado de las cenizas de la familia Romanoff, ofrece el fragmento que ha llegado a su poder. Pese a no estar completo, aún constituye un documento apasionante. Y por ello lo traducimos especialmente para el DIARIO, en la seguridad de que—no importa el tiempo transcurrido—su interés vibrante y los datos nuevos aportados, son dignos de darse a la publicidad.

POR LEON DE PONCINS

El Zarevitch, heredero del imperio, también asesinado en la casa Ipatieff junto con toda la familia imperial.

Un entierro macabro y una nueva carnicería

LOS cadáveres fueron registrados y despojados de todas sus alhajas. Se envolvieron los cuerpos de las víctimas en algunas sábadas y se les transportó así en un camión que fué recubierto con el paño gris que usaban los soldados. Conducido por Yourovsky y sus tchekistas, el auto ganó el bosque vecino, llegando al lugar llamado «Los cuatro hermanos» cerca del pueblo de Koptiaki. Un cordón de centinelas cerró todos los caminos. Los cuerpos fueron despedazados a golpes de hacha, rociados de ácido sulfúrico y de gasolina y quemados luego Sus restos mezclados con cenizas fueron enterrados a gran profundidad en un pozo de mina abandonado y recubiertos de tierra.

Al día siguiente Sverdloff fué el primero en anunciar a los miembros del comité ejecutivo de Moscu la suerte de la familia imperial. Acababa de recibir el siguiente telegrama cifrado: «Moscú-Kremlin a Gorbounof, secretario del Consejo de los Comisarios del Pueblo: Haced saber a Sverdloff que toda la familia ha corrido la misma suerte que el jefe de ella. Oficialmente, habrá perecido durante la evacuación.» Por otra parte Severdloff no sobrevivió mucho a la familia imperial. Un grupo de obreros le dió muerte en el curso de una huelga.

La noche siguiente del día en que se recibió en Moscú el anterior telegrama, los príncipes de la familia imperial fueron igualmente asesinados en Alapaievsk, por orden recibida de Ekaterimburgo, que a su vez obedecía instrucciones de Moscú. El Gran Duque Sergio Mikhailovitch, los príncipes Juan, Constantino, e Igor Constantinovich, el príncipe Wladimir Poby, la Gran Duquesa Elisabeth Feodorovna, los sirvientes Th. Remige y V. Jacolevna fueron muertos y arrojados al fondo de un pozo, habiéndolos rematado a fuerza de granadas.

El Gran Duque Miguel, hermano del Zar fué muerto en Perm, en circunstancias que permanecen todavía en el misterio. Seis meses más tarde, el 29 de enero de 1919, los últimos supervivientes de la familia imperial perecieron también en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, en Petrogrado. Eran los Grandes Duques Pedro Alexandrovitch, Dmitri Constantinovitch, Ilkolas Mikhailovitch y George Mikhailovitch. Todos los miembros de la familia imperial que se encontraban en Rusia habían sido así hechos desaparecer. Los servidores que les habían permanecido fieles lo fueron igualmente: la condesa Hendrikova fué fusilada en Perm y el marinero Nagorny, que había cargado en sus brazos al zarevich, cuando niño, fué ejecutado en Ekaterimburgo.

La ciudad se llama hoy Sverdlovak, pero nadie puede borrar de su memoria que allí se ha perpetrado uno de los mayores crímenes de la historia universal, del cual subsiste aún un reflejo sangriento en el horizonte de Ekaterimburgo.

Una encuesta laboriosa

Ante el avance del ejército de Koltchak, los bolsheviques, una vez consumado su atentado, evacuaron Ekaterimburgo el 19 y 20 de julio. El 25, Ekaterimburgo fué ocupada por el ejército de Siberia y los checos. Se puso una guardia en la casa Ipatief, y la pieza del crimen fué sellada.

Desde que se tuvo la certeza de que la familia imperial había sido asesinada, se ordenó una encuesta oficial. Había entonces, en Siberia, bajo los auspicios de los Aliados, un Gobierno provisional compuesto en gran parte de socialistas revolucionarios cuya sede estaba en Omsk. El Ministro de Justicia era un abogado llamado Starynkevitch, que había sido enviado a Siberia en tiempos del Zar. Dicho funcionario puso toda clase de dificultades para impedir las investigaciones, y confió la encuesta a una persona poco calificada para llevarla a cabo. Así, durante varios meses, no se hizo casi nada. Al fin, el almirante Koltchak, después de haber tomado posesión del Poder, hizo venir al juez de instrucción Nicolás Sokoloff, que le había sido señalado como un hombre notable. Sokoloff hizo un recorrido de más de mil kilómetros, parte de los cuales hizo a pie, para llegar a Ekaterimburgo, donde Starynkevitch intentó hacerlo asesinar. En su encuesta fué sostenido por Koltchak y ayudado por M. Gilliard, antiguo preceptor del zarevitch y por Robert Wilton, corresponsal del «Times». Gracias a la laboriosa tarea desarrollada en esta encuesta, los restos de la familia imperial fueron descubiertos, lo mismo que todas las circunstancias del crimen

Un expediente indiscutible y abrumador

fué reunido y publicado más tarde en París.

El juez Sokoloff examinó las balas o rastros de balas de que se hallaban llenos los muros de la casa del crimen. Las diferentes clases de armas que habían servido a los asesinos, fueron también identificadas.

Pequeños trozos del piso y de las paredes manchados de sangre, fueron extraídos y sometidos a diferentes análisis químico-microcópicos. Fueron analizados primero, según el método Gaisk; enseguida se les hizo objeto de un examen serológico, según el método Uhlenhut, y por último se procedió a un examen espectroscópico y a otros diversos análisis químicos, los cuales probaron todos de una manera concordante la presencia de sangre, y de sangre humana.

La casa Ipatieff y muchas otras de Ekaterimburgo fueron minuciosamente registradas y se encontraron así numerosos objetos que habían pertenecido a la familia imperial, entre otros, varios iconos, libros de oraciones anotados por la propia mano del Zar y de la Zarina, el diario del heredero Alexis, etc.

Un objeto que era probablemente más caro a la emperatriz, el icono de la Santa Virgen de Fedoro, se halló. Fué encontrado en la casa Ipatieff, aunque sin las piedras preciosas, que le habían sido arrancadas. Más de quinientos objetos personales fueron así encontrados, identificados y entregados para el expediente del proceso.

El haliazgo de los trágicos despojos

La siguiente fase fué la búsqueda de los restos de la familia imperial. Era necesario que el juez de instrucción encontrase los cuerpos o pudiese al menos probar concluyentemente lo que había pasado con ellos, si no, habría siempre duda sobre los resultados de la investigación. Encontrar en un desierto bosque siberiano las cenizas de unos cuerpos destruídos e incinerados era empresa de romanos. Se sabía que cinco camiones habían sido requisicionados, que dos de ellos habían transportado gasolina y que uno había vuelto manchado de lodo y de sangre. Los campesinos de Koptiaki habían asistido desde lejos al paso del cortejo de la Cheka, pero esas eran a lo sumo, indicaciones no pruebas.

Centenares de testigos fueron interrogados, todos los indicios posibles minuciosamente examinados, el bosque sistemáticamente registrado; poco a poco el círculo de las pesquisas se fué reduciendo, se encontraron sobre el terreno algunas reliquias pertenecientes a las víctimas, y al fin un día, fué descubierto en el fondo de un pozo de mina abandonado, el cuerpo del perro Jaumy que había perecido con sus dueños. El misterio de la desaparición de los cadáveres estaba esclarecido.

Un dedo cortado por un instrumento tajante, un pedazo de piel humana y algunos restos de huesos habían escapado a la destrucción, lo mismo que unas cuantas alhajas que las grandes duquesas habían cosido en sus vestidos y que fueron encontradas en las cenizas mezcladas con la tierra. Al mismo tiempo, numerosos testigos eran interrogados, entre ellos muchos de los hombres que habían servido de guardias en la casa Ipatieff. Dos de los guardias rojos que habían asistido personalmente al asesinato, fueron detenidos e hicieron declaraciones idénticas. Pero el golpe maestro de Nicolás Sokoloff consistió en encontrar los textos de los telegramas (fesenta y cinco en total) que se habían cruzado entre Moscú y Ekaterimburgo, referentes al asesinato del zar, telegramas cuyas fotografías se han publicado.

La traducción de los documento y el salvamento de los expedientes

«Entre esos telegramas, escribe Sokoloff había un despacho cifrado enviado a Moscú el 17 de julio a las nueve de la noche, y firmado Bieloborodoff. Este telegrama atrajo inmediatamente mi atención, primero, porque es el único del 17 de julio de 1918, y después porque contiene la petición de que el exto sea confirmado al recibo del telegrama. Dicha confirmación fué hecha. El original indica que el texto fué exactamente a la 1h.20 en la noche del 18 de julio. Era evidente a simple vista que Bieloborodoff daba una particular importancia a este telegrama. El mismo había escrito en máquina el texto, lo había firmado de su puño y letra y no lo había hecho registrar en el libro de expediciones. Se necesitó mucho tiempo y mucho trabajo para llegar a descifrarlo. El 24 de febrero de 1919, lo entregué a un especialista del Estado Mayor general, y el 28, a un especialista del Ministerio de Relaciones Exteriores. Los resultados fueron lamentables. En agosto de 1919, me dirigí al general Jovin, comandante en jefe de las tropas aliadas, rogándole que intentara descifrarlo. A mi llegada a Europa, tuve la buena suerte de encontrar un ruso que conocía desde hacía mucho tiempo como particularmente competente para estas cuestiones. Había estado durante muchos años antes de la Revolución, en el servicio de cifra del

El Zar de todas las rusias, con dos de sus hijas y dos soldados pertenecientes de su guardia cosaca, durante una revista pasada a sus tropas, al final de la guerra europea.

M.E.C.D. 2016

Los Conquistadores

por LOVRIEN GREGORY y GLENN CHAFFIN

¡GRITA NO, O TE HAGO TRAGAR TIERRA! ¿TE DAS POR VENCIDO?

¡NO, NO! ¡ME DOY POR VENCIDO!

IBA EL PEQUEÑO FRANK HIGGINS CORRIENDO HACIA EL EMBARCADERO DONDE LO ESPERABAN LOS EXPEDICIONARIOS, PORQUE EL BUQUE ZARPARÍA DENTRO DE UNOS MINUTOS, CUANDO UN MOZALBETE SE LE ATRAVESÓ Y LE ECHÓ UNA ZANCADILLA QUE LO HIZO RODAR AL SUELO. RIÑÓ CON ÉL Y LUEGO PROSIGUIÓ SU CARRERA.

¡ESPEREN, ESPEREN! ¡DÉJENME SUBIR!

¡FRANK, NOS TENÍAS PREOCUPADAS! ¿DÓNDE ESTABAS?

¡UN MUCHACHO ME HIZO CAER Y TUVE QUE REÑIR CON ÉL!

¡VAMOS A VER EL BUQUE!

¡ES BUENO PARA JUGAR AL ESCONDER!

¡SEGURAMENTE NO TE ATREVERÍAS SUBIR A AQUÍ!

¡SUSANA, VOY A SALTAR!

¡TEN CUIDADO, FRANK!

¡EN ESE LUGAR APARECIÓ UN HOMBRE SIN CABEZA, MONTADO EN UN CABALLO!

¡CAPITÁN, MI AMIGO ABNER NO TIENE SUFICIENTES FONDOS! ¿PODRÍA TRABAJAR PARA PAGAR SU PASAJE?

¡SI ES FUERTE, PUEDO EMPLEARLO!

DESPUÉS

ESTE TRABAJO ES MUY FUERTE, PERO TENGO QUE AHORRAR EL ÚLTIMO CENTAVO!

FRANK, FÍJATE EN ESE INDIVIDUO QUE ESTÁ AHÍ. ¡ES "MISSISSIPPI," UN JUGADOR PROFESIONAL!

MATÓ A CUATRO HOMBRES QUE LO ACUSABAN DE HABER HECHO TRAMPAS JUGANDO BARAJA. ¡ES PELIGROSO!

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

ESA NOCHE

¡CARAY, HANK ESTÁ JUGANDO CON "MISSISSIPPI" EL TRAMPOSO! ¡CORRE RIESGO DE PERDER EL DINERO Y LA VIDA! ¡ALGO HAY QUE HACER!

CONTINUARÁ

MARAVILLAS DEL MUNDO

por WILLIAM FERGUSON

EL RATÓN CANGURO

ESTOS ANIMALES SON, INDISCUTIBLEMENTE, ROEDORES, PERO A PESAR DE SU NOMBRE NO PUEDEN CLASIFICARSE COMO RATONES NI COMO CANGUROS. LOS LLAMAN RATONES CANGUROS PORQUE TIENEN MUY LARGAS LAS PATAS DE ATRÁS

HABITAN EN EL SUROESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS Y PUEDEN VIVIR TODA SU VIDA SIN NECESIDAD DE TOMAR UN SORBO DE AGUA.

POR LA NOCHE SALEN DE SUS CUEVAS PARA BUSCAR ALIMENTOS. SALTAN SILENCIOSAMENTE EN LA OSCURIDAD Y SE LLENAN LA BOCA DE SEMILLAS QUE TRANSPORTAN A SUS VIVIENDAS.

LOS RATONES CANGUROS NO TIENEN PARIENTES CERCANOS EN LA ESCALA ZOOLÓGICA, PERO ES CURIOSO OBSERVAR QUE EL GERBO DEL AFRICA ES CASI EXACTAMENTE IGUAL POR TODOS CONCEPTOS.

LO MISMO QUE EL CANGURO AUSTRALIANO, EL RATÓN CANGURO USA EL RABO PARA CONSERVAR EL EQUILIBRIO CUANDO SE MUEVE, Y PARA APOYARSE CUANDO ESTÁ QUIETO.

PECOSO Y SUS AMIGOS

LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS QUE NO SE RECIBIERON MÁS MENSAJES DEL AVIÓN.

¡CUIDADO! ¡NO PODEMOS VOLAR SOBRE ESA MONTAÑA!

¡DILE A LOS PASAJEROS QUE DEBEN SALTAR EN LOS PARACAÍDAS!

¡NO HAGA PREGUNTAS! ¡ABRA ESA PUERTA Y SALTE!

¿?

¡SEÑOR VALDÉS! ¡SEÑOR VALDÉS! ¿NO SE HA HECHO DAÑO?

¡ESTOY BIEN, McGOOSEY! LOS PILOTOS SE HAN SALVADO. ¡ESTAMOS AQUÍ!

¿QUÉ LUGAR ES ÉSTE?

ESTAMOS A UNA DISTANCIA DE APROXIMADAMENTE 8 KILÓMETROS DE LA ALDEA DE VILLAFLOR.

¡NO LO SÉ! ME ESTABA GUIANDO POR EL RADIO-PILOTO CUANDO APARECIÓ LA MONTAÑA...

¿NO PODÍA VOLAR SOBRE ELLA?

¿QUÉ SUCEDIÓ?

EL HIELO ACUMULADO EN LAS ALAS HACÍA MUCHO PESO Y NO ME QUISE ARRIESGAR SOBRE LA CORDILLERA.

ESTO ME PARECE MUY EXTRAÑO. ¡SIEMPRE QUE NOS GUIAMOS POR EL RADIO, VOLAMOS A 80 KILÓMETROS AL OESTE DE ESTA RUTA!

¡OIGO UN RUIDO! ¡VIENE UN AVIÓN A SOCORRERNOS!

¡NOS HA VISTO!

¡EL PILOTO DE ESE AVIÓN ESTÁ LOCO! ¡ES IMPOSIBLE ATTERRIZAR AQUÍ!

¡PUES VA A ATERRIZAR!

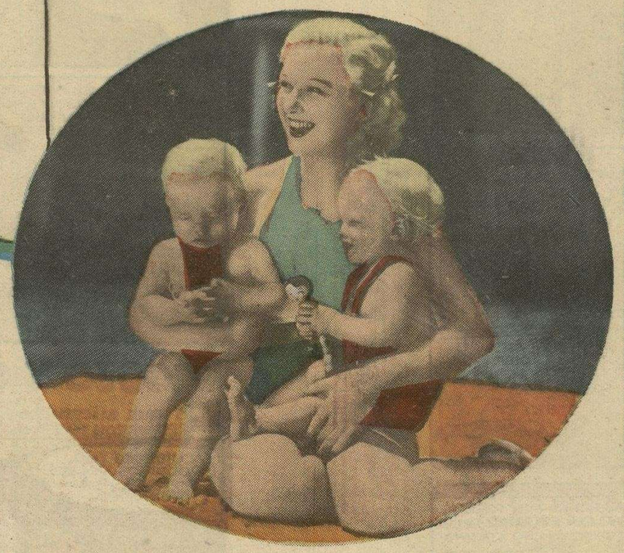
Editors Press Service Inc 220 E. 42nd St., New York

M.E.C.D. 2016

La Madre de BING CROSBY Niega las Ficciones Sobre Su Hijo

La madre de Bing Crosby es una dama de su casa, que ha sabido levantar la familia a un alto nivel.

A Bing Crosby lo tienen clasificado en Hollywood como un holgazán incorregible que canta de oído y que no sabe vestir con propiedad. En esta entrevista, la madre del célebre cantante aclara la verdad y desacredita las ficciones que se han tejido acerca de la vida del simpático artista.



La esposa de Crosby y los mellizos.

El matrimonio de Crosby es un ejemplo de juventud y dicha.

Por Ludovico Sierra

Hollywood.

A JUZGAR por lo que se dice en esta ciudad de murmuradores, Bing Crosby, el célebre cantante de música popular, es el individuo más perezoso del mundo. Crosby se ríe de la clasificación y está de acuerdo con todo lo que a este respecto se diga de él.

La madre de este simpático muchacho, sin embargo, rechaza lo que considera una calumnia genial de sus admiradores, y afirma categóricamente que su hijo puede serlo todo, excepto un haragán. Lo que sí puede asegurarse, según nos informa la señora, es que los triunfos de Bing se deben al trabajo intenso y a la perseverancia, y no a la mera suerte como suponen los que desconocen la verdadera situación.

Además: no es cierto que Crosby jamás haya tenido experiencia teatral ni que sea un lego en cuestiones musicales; ni que prefiera usar indumentaria chillona para llamar la atención. Acaso al joven idolizado por las mujeres norteamericanas le convenga que se propaguen estas ficciones acerca de su personalidad, pero si fuéramos a investigar los hechos llegaríamos a la conclusión de que estas historietas no pasan de ser sino leyendas tejidas alrededor de un artista que cuenta con millones de admiradoras que constantemente se preocupan por saber hasta los más insignificantes detalles de su vida.

"Cuando tenía 3 años de edad—relata la madre—nos fuimos a vivir a la ciudad de Spokane, y allí sus amiguitos infantiles empezaron a llamarle Bingo, porque era un chico muy fuerte y enérgico. Pronto, el Bingo se convirtió en Bing, y así se fué popularizando este apodo, que acabó por eclipsar su verdadero nombre, Harry Lillis, que es el mismo de su padre. Yo siempre lo llamo Harry y así firma él las cartas que me escribe, pero de vez en cuando cometo la indiscreción de decirle Bing."

CROSBY se asemeja mucho a su mamá, especialmente en la mirada clara y serena de sus profundos ojos azules, en la prominencia de la nariz y en el cutis. A pesar de los años que cuenta, que ya le han encanecido el cabello, la señora Crosby camina muy derecha y con porte militar. Cuando accedió a que le tomáramos una fotografía, por primera vez en la vida para fines de publicidad, confesó el deseo de que la reproducción saliera buena y no muy fiel al original.

"Harry—nos dijo—nunca 'posa' para que le tomen fotografías, y el estudio tiene la mar de contratiempos con este motivo. Me han informado que es el único artista que se pone de pie enseguida que entra por la puerta de la sección fotográfica y le dice a los operarios: ¡ea, tiren la plancha en seguida!—sin hacer aspavientos de ninguna clase."

En cuanto a sus ropas, es tan abandonado como cualquier muchacho sin pretensiones. En Hollywood prevalece la opinión de que la indumentaria típica de Bing Crosby consiste de un sweater amarillo, una gorra a cuadros, una chaquetilla de tela escocesa a cuadros también y unos pantalones color carmelita de boca ancha. Se dice que una vez le dijo a su valet (él no tiene valet) que le trajera su traje oscuro, el de los pantalones azules y el chaleco gris...

Tales conjeturas, desde luego, pertenecen más bien al género de las bromas que a la realidad. Crosby no aspira a vestir tan elegante como la generalidad de los galanes jóvenes del cine por la sencilla razón de que así puede defenderse mejor de sus miles de admiradores. Mientras viste así, nadie lo reconoce, aunque se han dado casos en que alguien le ha gritado: "¡Hola Bing!"—y eso ha bastado para que se forme un remolino de fanáticos — principalmente mujeres — en su derredor.

"Tampoco se viste especialmente para los programas de radio, pues está tan ocupado que apenas le queda tiempo para peinarse. Toda la tarde la dedica a ensayar sus números. Terminado el ensayo se dirige directamente a la estación difusora, y después que ha terminado la trasmisión vuelve a casa a cenar. Los que creen ingenuamente que es perezoso sírvanse tomar nota de que se levanta a las siete de la mañana y por lo común se retira a dormir a las nueve de la noche, excepto cuando hay desafíos de boxeo, a los cuales asiste con regularidad. Otro punto: Harry camina más a prisa que la mayoría de las personas, y esto no es una característica de gente perezosa."

Las horas de ocio que le permite su trabajo, las pasa casi siempre en una extensa finca y rancho que posee en la sección Del Mar. Allí se dedica a la crianza de caballos de carrera, de los cuales unos doce tomarán parte en los concursos del hipódromo de Santa Ana este año. Parte del tiempo juega al golf en el Lakeside Country Club, del cual es el campeón actualmente. Juega tennis y nada con bastante habilidad.

Al mudarse la familia de Spokane a Hollywood, la señora madre de Bing recogió unas cuantas medallas que él se había ganado en la escuela siendo un niño de 12 o 14 años. A él le encantó tenerlas a la mano para mostrárselas a su condiscípulo Dick Arlen y alabarse de sus proezas. Según la mamá de Crosby, estos dos son los embusteros más grandes del mundo. Cuando se juntan y empiezan a jactarse de las cosas que hacían de muchachos, los que alcanzan a oírlos desesperan, porque para realizar tantas aventuras necesitarían 150 años cada uno trabajando sin descansar.

SIETE son en total los hermanos Crosby. Lawrence y H. L. Crosby forman, con el segundo hermano, Everett, la corporación llamada Bing Crosby, Inc., Ltda. que se encarga de administrar y dirigir todos los negocios del artista. Hay otros dos hermanos, Ted y Bob, y dos hermanas, Catherine y Mary Rose.

A pesar de la cómoda residencia que la familia ocupa en las inmediaciones del Lago Toluca, la madre de Bing todavía recuerda con cariño el sótano de la casa de cuatro habitaciones que poseían en la ciudad de Spokane. "Aquella sí que era una casa—dice—y el sótano era su sala principal, porque yo nunca sabía cuántas personas los muchachos iban a traer a comer como invitados."

Mamá Crsby es una dama de costumbres antiguas, que siempre se preocupó por saber a dónde iban sus hijos por la noche. Muchas veces les daba permiso para que se quedaran a dormir en el hogar de otros amigos, si las madres de éstos eran de confianza y tan cuidadosas como ella, porque en aquellos tiempos se usaba eso de "pasar unos días" en la casa de las familias íntimas y de corresponder a dicha hospitalidad en la misma forma invitando a los amigos a hacer lo propio.

"Eso de que Bing no sabe música ni puede leer una partitura, no es cierto,—apunta la señora disgustada. Cuando los muchachos estaban niños acostumbrábamos reunirnos en la sala los domingos por la noche para cantar canciones con acompañamiento de piano. Teníamos otros instrumentos musicales. Harry estudió dos años con excelentes maestros y cantó varios conciertos, revelando aptitudes desde que usaba pantalones cortos. Entonces decidimos que no continuara cantando, para que no perdiera las facultades. Se dedicó a tocar los timbales, y luego, al organizar su banda de música en el colegio, era el que cantaba como solista. De ahí lo contrataron para que cantara en el teatro más importante de la ciudad formando parte de un cuarteto. En los bosquejos que presentaban en escena siempre le tocaba hacer los papeles cómicos, en los que quedaba bien y era muy aplaudido por el público.

"El resto de la historia—continúa la autora de sus días—es de todos conocida. Se dedicó a cantar en los cabarets acompañado al piano por un amigo, llamado Al Rinker, hasta que el mago de la batuta, Paul Whitman, los oyó y se los llevó a trabajar con su conjunto musical. Poco después se unió a ellos Harry Barris, y durante tres años Whiteman hizo recorridos triunfales por todos los Estados Unidos con su famoso Trío Rítmico. Finalmente filmaron la cinta El Rey del Jazz. De ahí en adelante, Bing organizó su propia orquesta y empezó a hacerse de un nombre grabando discos fonográficos y en los programas de radio."

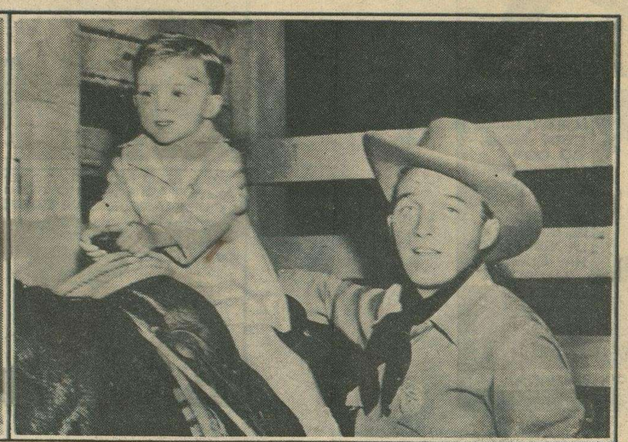
RECIENTEMENTE, Crosby sostuvo una polémica con los jefes de la Paramount, que insistían en titular su próxima película El Doctor del Ritmo. Creía que estaban tratando de hacer mofa de él por el honor que le confiriera la Universidad de Gonzaga otorgándole el título de Doctor en Filosofía y Música.

"Estaba hondamente agradecido por este homenaje de la Universidad—nos cuenta la madre—y casi lloró de alegría cuando se llevó a cabo la ceremonia. También le dieron una manta de fútbol que recibió entusiasmado, pues era la primera vez que le hacían un obsequio de esta clase a un estudiante que no había formado parte del equipo."

Durante las fiestas de la ciudad de Spokane, el muchacho echó la casa por la ventana, gastándose 5,000 dólares de su bolsillo para llevar allí a un grupo de artistas escogidos y divertir al pueblo en masa. Las entradas a los espectáculos produjeron una ganancia de 20,000 dólares que le fueron entregados como donativo a la Universidad.

De modo que este artista no carece de sentido práctico, pero tampoco ha olvidado ciertos ideales que de niño le enseñara su fiel y generosa madre.

Bing, a los 12 meses de edad.



En la época en que trabajaba con Paul Whiteman, y acompañado de Gary Evans, su hijo mayor.

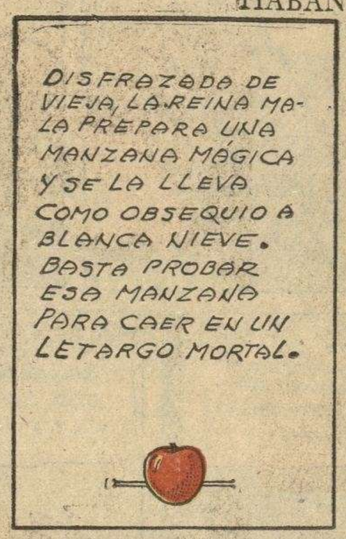
M.E.C.D. 2016

MINISTERIO DE ESTADO
SERVICIO NACIONAL DE PRENSA
HEMEROTECA

DIARIO DE LA MARINA

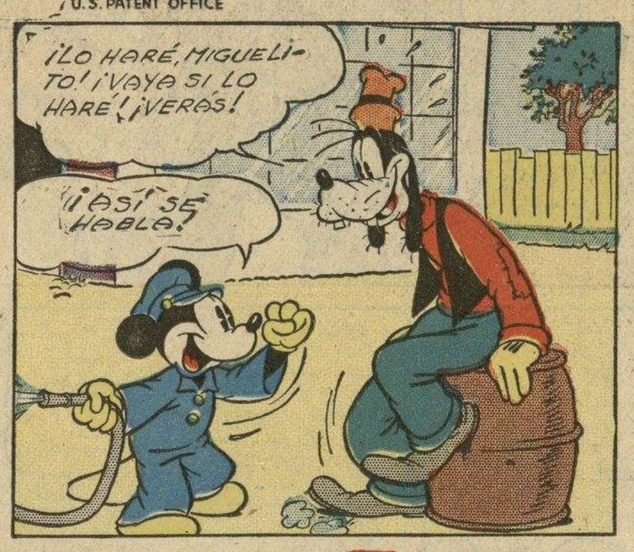
HABANA, DOMINGO 27 DE MARZO DE 1938

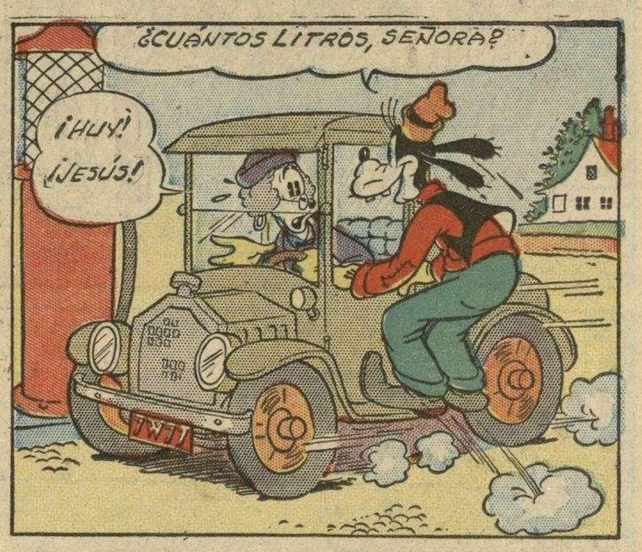
BLANCA NIEVE

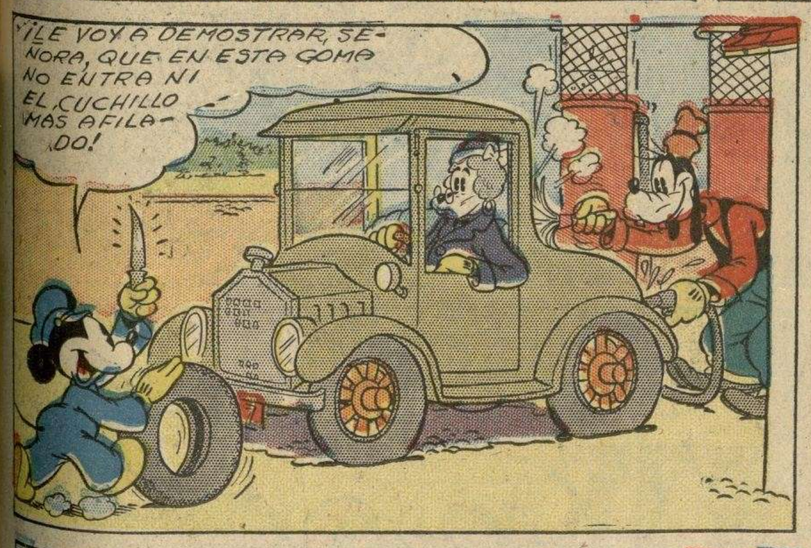


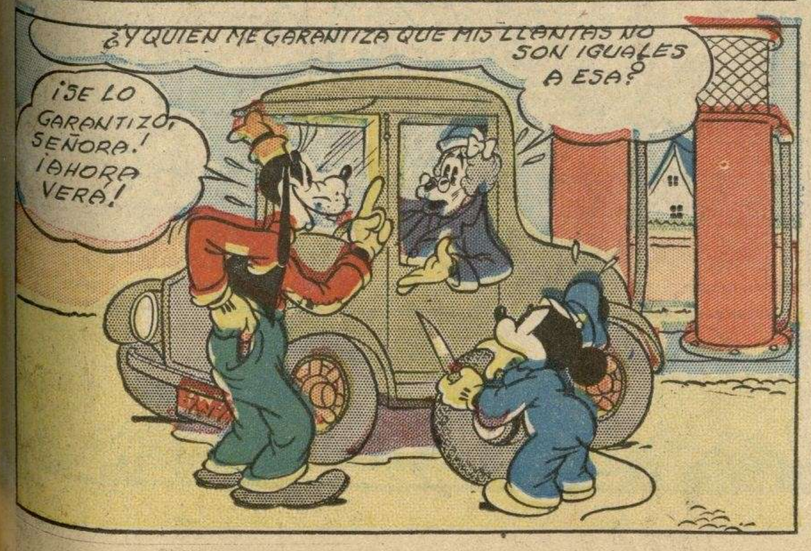
EL RATON MIGUELITO

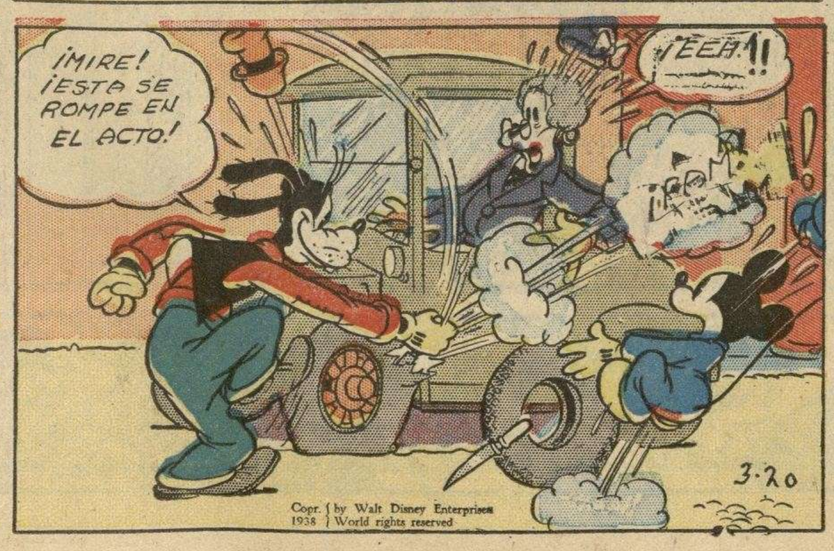
REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

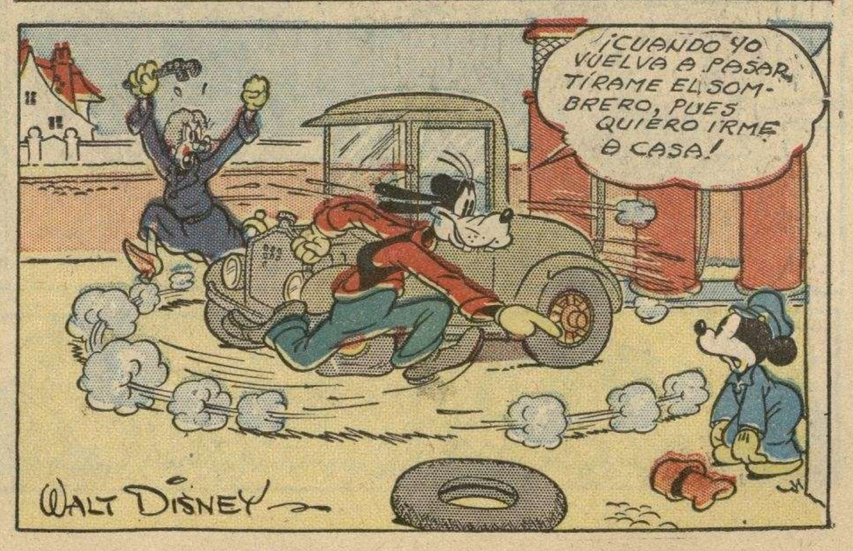












M.E.C.D. 2016

WONG-LO

POR

BRANDON WALSH

Registered U. S. Patent Office

CREYENDO QUE PESA UNA MALDICIÓN SOBRE EL ORO ROBADO POR UNOS CORSARIOS QUE SIGLOS ATRÁS NAUFRAGARON EN LA ISLA, EL JEFE INDÍGENA HACE QUE SUS GUERREROS LO ECHEN DENTRO DE UN CRÁTER SIN FONDO, PERO DEJA QUE WONG LO Y SUS AMIGOS SE GUARDEN LAS PEPITAS QUE HABÍAN ENCONTRADO EN EL LECHO DE UN RIACHUELO.

¡ME VUELVO LOCO PENSANDO EN LA INSENSATEZ DE ESOS IDIOTAS, QUE HAN TIRADO UNA FORTUNA POR UNA CREENCIA SUPERSTICIOSA!

¡LOS IDIOTAS FUIMOS NOSOTROS! ¡CUANTOS CAMARADAS MUERTOS!

¡Y LOS SOBREVIVIENTES MORIREMOS EN LA HORCA!

¡NUESTRA ÚNICA ESPERANZA ES ESCAPARNOS DE ESTA ISLA ANTES DE QUE LLEGUE ALGÚN BUQUE!

¡CARAMBA! ¡TODO EL FONDO DE ESTE RIACHUELO ESTÁ CUBIERTO DE PEPITAS DE ORO!

¡ESTÁ ESCLITO: EL OLO TIENE PLECIO; PELO EL HONOL NO!

¡SI LLEGA A RUMORARSE POR EL MUNDO QUE HAY ORO EN ESTA ISLA, VENDRÁ UN EJAMBRE DE AVENTUREROS Y NUESTRO AMIGO, EL JEFE, SERÁ EXTERMINADO CON TODOS LOS DE SU TRIBU.

¡EL PECHO LE UN SABIO ES UN CEMENTELIO LE SECLETOS!

¡EL JEFE SALVÓ NUESTRAS VIDAS! ¡NO LO TRAICIONAREMOS JAMÁS!

¡GUARDAREMOS PARA SIEMPRE ESTE SECRETO!

¡ALGO DEBE HABER SUCEDIDO! ¡LOS INDÍGENAS ESTÁN NERVIOSOS!

¡SUENA LA TROMPA DE SEÑALES!

¡SIN LULA LA HONOLABLE TLOMPA ANUNCIA LA LLEGALA LE UN BUQUE MELCANTE!

¡ESTA ES LA HOLA LE NUESTLO TLIUNFO, LIGHA LE SEL CELEBLALA CON MÚSICA LE MIL BATINTINES LE PLATA!

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

By Brandon Walsh

¡SEPA USTED, SEÑOR QUE LA FIRMA DE ABOGADOS DE GONZÁLEZ Y MENENDEZ, LLEVA MÁS DE CIEN AÑOS DE EXISTENCIA!

¡JAMÁS SE HA DUDADO DE NUESTRA HONRADEZ!

NO ES MI ÁNIMO PONER EN DUDA LA HONRADEZ DE USTEDES; PERO DESDE HACE VARIOS AÑOS SU FIRMA HA PAGADO UNA CRECIDA MENSUALIDAD A LA SEÑORA DE MALGENIO POR LA MANUTENCIÓN DE UNA HUÉRFANA POR LA CUAL ME INTERESO.

NOS NEGAMOS A RECHAZAR O AFIRMAR SU ASEVERACIÓN. NUESTRO PRIMER DEBER ES PROTEGER A NUESTROS CLIENTES.

Y MI DEBER ES AVERIGUAR LA HISTORIA DE MI CLIENTE, LA HUERFANITA.

POSEE USTED UN DOCUMENTO EN QUE LA SEÑORA DE MALGENIO CONFIESA HABERLA MALTRATADO Y DEFRAUDADO DURANTE VARIOS AÑOS. TENGO DERECHO A DEMANDARLOS A USTEDES, LO QUE DARÍA LUGAR AL ESCÁNDALO Y A LA PUBLICIDAD.

¡ALTO! ¡NOSOTROS NO HEMOS PROCEDIDO DE MALA FÉ Y NO PODEMOS PERMITIR QUE SE NOS HAGA FIGURAR COMO CÓMPLICES DE UN CRIMEN!

¡LE DIREMOS TODO LO QUE SABEMOS DE LA NIÑA!

¡OH, GRACIAS! ¡IRÉ DE MIL AMORES A SU FIESTA SI MIS PADRES ME LO PERMITEN! ¡ELLOS SON MUY ESTRICTOS!

¡PRESUMIDA! ¡QUIERE DECIR QUE NOS CONSIDERA INFERIORES A ELLA!

¡ASÍ SE LAS GASTA PORQUE SU PADRE ES EL MÁS RICO DEL PUEBLO!

Copr 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

¡YO LE TENGO LASTIMA! ¡SI QUIERE IR A UNA FIESTA, SUS PADRES NO LA DEJAN!

PAPÁ DICE QUE AL PADRE DE ELLA SE LE HA SUBIDO A LA CABEZA EL HEREDAR TANTO DINERO Y QUE SE CREE UNA MARAVILLA.

TAL VEZ LO SEA Y TAL VEZ NO. HAY MUCHAS PERSONAS QUE SE CREEN MARAVILLOSAS CUANDO NO SON MÁS QUE AFORTUNADAS.

M.E.C.D. 2016

MODESTO RIZOS

Registered U. S. Patent Office

¡SOY YO DEZA.. MODESTO... ¿ESTÁ USTED MALHERIDO?

¡NO SE OCUPE DE MI! ¡CAPTURE AL CRIMINAL QUE ESTÁ ABAJO! ¡D-DESPUÉS LLAME AL JEFE!

¡SÍ, AUN ESTÁ AQUÍ, LO CAPTURARÉ, DEZA!

¡HOLA! ¡AQUÍ HAY UNA LUZ ENCENDIDA!

HE BUSCADO POR TODAS PARTES; PERO NO HAY NADIE EN EL SÓTANO. VOY A SUBIR....

AHORA DEBO DAR AVISO A LA POLICÍA.

¡AH! ¡UNA PUERTA ABIERTA! ¡A VER SI LOS DE ADENTRO ME DEJAN USAR SU TELÉFONO!

HUM... PERO, VEO UN TELÉFONO Y LO VOY A USAR.

¡CENTRAL! ¡COMUNÍQUEME CON LA JEFATURA DE POLICÍA! ¡PRONTO! ¡QUIERO...!

¡CUELGUE EL RECEPTOR INMEDIATAMENTE Y NO SE MUEVA!

CON LA RAPIDEZ DEL RAYO, MODESTO ARRANCA UN CUADRO DE LA PARED Y LO ARROJA

SH-55 21D

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

SÍ, CENTRAL, SOY EL SARGENTO DE GUARDIA DE LA JEFATURA DE POLICÍA.

ALGUIEN INTENTÓ LLAMARLO HACE UN MOMENTO DESDE LA CALLE DE LA MARINA 216, CASA DE VECINDAD. PARECÍA SER URGENTE.

ENTRE TANTO, MODESTO Y SU AGRESOR LUCHAN DESESPERADAMENTE POR EL REVOLVER.

~CONTINUARÁ~

LYMAN YOUNG 3-20

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

By Lyman Young

AGUILUCHO DIVISA A UNA BANDA DE INDÍGENAS QUE VAN EN SON DE GUERRA Y CORRE A ALCANZAR A SU AMIGO PEPE.

EN CUANTO ALCANCE A PEPE, CORREREMOS HASTA LA CABAÑA DEL CAZADOR DEVLIN PARA ADVERTIRLO.

¡ALTO!

¡AH! VEO UNOS GUERREROS CON UN PRISIONERO!

¡Y EL PRISIONERO ES... PEPE!

¡DEJEN CONMIGO AL GUERRERO BLANCO Y VÁYANSE! ¡ASÍ LO ORDENO!

¡TE LO ENTREGAMOS, PODEROSO JEFE!

¡ATIZA! ¡EL JEFE CONDUCE A PEPE HACIA ACÁ! ¡TENDRÉ QUE DARME PRISA!

¿A DONDE ME LLEVAS?

¡PRONTO LO SABRÁS!

¡PEPE!

¡PEPE, CORRE A MI CABALLO Y VE VOLANDO A ADVERTIR A DEVLIN! ¡YO ME HARÉ CARGO DEL SALVAJE!

¡NO SE MOLESTEN, MUCHACHOS! ¡YO SOY DEVLIN!

¿USTED?

¿CÓMO ES QUE ANDA DISFRAZADO DE JEFE INDÍGENA?

¡YA SE LO EXPLICARÉ! ¡AHORA TENEMOS QUE ESCAPARNOS, PORQUE PRONTO DESCUBRIRÁN LA SUPERCHERÍA!

¿Y ME SALVÓ EL CABALLO TAMBIÉN?

3-20 LYMAN YOUNG

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

YA LO VERÁN. AL VOLVER DE MIS TRAMPAS VÍ QUE LOS SALVAJES TRAÍAN PRISIONERO A PEPE. SORPRENDÍ AL JEFE, QUE PASÓ CERCA DE MI ESCONDITE, ME PUSE SUS ATAVÍOS, ME TEÑÍ CON JUGO DE ACHAUGA Y LUEGO.....

¡Y LUEGO TUVE EL VALOR DE MEZCLARME CON LOS GUERREROS Y ENGAÑARLOS PARA QUE ENTREGARAN A USTED! ¡MAGNÍFICO!

DESPUÉS

CONTINUARÁ

M.E.C.D. 2016

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO CÓMICO

Copr 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

Copr 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

M.E.C.D. 2016